

**Universidad Andina Simón Bolívar**

**Sede Ecuador**

**Área de Historia**

Maestría de Investigación en Historia

**“Gente poco rebelde”**

**Agencia obrera e irrupción del trabajo femenino en las empresas floristas en la Sabana de Bogotá, 1965 – 1976**

Edwin Herrera Avellaneda

Tutor: Guillermo Bustos Lozano

Quito, 2022

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional

|   |  |   |
|---|--|---|
|  | Reconocimiento de créditos de la obra<br>No comercial<br>Sin obras derivadas |  |
|---|--|---|

Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia



### **Cláusula de cesión de derecho de publicación de tesis**

Yo, Edwin Herrera Avellaneda, autor de la tesis titulada “Gente poco rebelde”: Agencia obrera e irrupción del trabajo femenino en las empresas floristas en la Sabana de Bogotá, 1965 – 1976” mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de magíster en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.

2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.

3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

29 de marzo de 2022

Firma: EDWIN HERRERA AVELLANEDA.



## **Resumen**

Esta tesis versa sobre la experiencia de dominación de las obreras y obreros floristas de la sabana de Bogotá entre 1965 y 1976. Bajo un enfoque de género, se plantea que operó un marco de normas y expectativas que impidió el establecimiento de un sindicalismo de tipo confrontacional al mismo tiempo que posibilitó una capacidad de acción en los trabajadores de la región. Bajo un contexto de inserción de la mujer en el mercado laboral asalariado, estas intentaron renegociar las relaciones de género a partir del disfrute de su salario y otras estrategias desarrolladas tiempo atrás. Por su parte los hombres continuaron buscando el favor de los patrones a pesar de la modernización de las nuevas empresas de flores y la proletarización que esta traía. Así pues, la agencia social de los obreros floristas obedeció al mantenimiento del orden social y no a la revelación contra este, camino muy diferente al transitado por otros sectores populares en Colombia en la segunda mitad del siglo XX.

Palabras clave: Sindicatos, agencia, obreros florista, sentido de dominación, clase y género.



A mis padres,  
quienes durante toda la vida trabajaron como obreros floristas.  
A los obreros floristas,  
que alguna vez pensaron que no eran personajes de la historia.



## **Agradecimientos**

En la elaboración de esta tesis he contado con el atento apoyo del profesor Guillermo Bustos. Agradezco a él por su tiempo y las correcciones que me dio, aunque en algunas ocasiones nuestros puntos de vista fueron diferentes. También a los funcionarios de la Biblioteca Nacional de Colombia, de la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, de Acción Cultural Popular y a Doña María Gonzáles y Don Alfonso López, que me brindaron su ayuda con la obtención de las fuentes, me indicaron el camino para llegar a ellas o aceptaron gustosos el contar una parte de su vida, casi cincuenta años después de los hechos. De la misma manera, agradezco a la Universidad Andina Simón Bolívar y su área de Historia por permitirme estudiar un posgrado y apoyarme con una beca para la realización de este trabajo. Finalmente, a Galaxis Borja y a Mauricio Archila Neira, que hicieron de sus comentarios finales valiosas contribuciones al mejoramiento de este trabajo. A todos ellos les debo parte de esta tesis y son colaboradores en que esta llegara a buen puerto, en circunstancias sanitarias especiales y bajo un tiempo reducido. No obstante, la responsabilidad de los desaciertos y enfoques de este trabajo son solo míos.



## Tabla de contenidos

|  |    |
|--|----|
| Introducción.....  | 13 |
| Primer capítulo. Aquí no somos así: sobre la incompatibilidad del sindicalismo en las y los obreros floristas entre 1965 y 1976.....                             | 33 |
| 1. De las hacienda a las empresas de flores.....   | 33 |
| 2. Cantidad de sindicatos floristas: ¿una iniciativa obrera?.....  | 38 |
| 3. El buen trabajador y la buena mujer: consolidación subjetiva del marco de normas y expectativas.....  | 47 |
| 4. Visiones y oposiciones al sindicalismo confrontacional.....   | 56 |
| Segundo capítulo. Una agencia alternativa a la lucha institucional: visiones y estrategias para el mejoramiento de la vida dentro de un sentido tradicional..... | 63 |
| 1. Se nos murió el santo. Aceptación del credo, cuestión al cura y personificación de demandas reformistas.....  | 63 |
| 2. No se trabajaba solo por dinero. Hacia la interpretación del favor como necesidad.....  | 70 |
| 3. Una renegociación femenina: de señoritas y madres a trabajadoras.....   | 78 |
| 4. Moñona: identidad popular y lucha desde lo simbólico.....   | 87 |
| Conclusiones.....  | 95 |
| Fuentes y Bibliografía .....   | 99 |



## Introducción

Esta tesis se propone recuperar las experiencias, el sentido de dominación y la agencia social de los y las obreras floristas en la Sabana de Bogotá entre 1965 y 1976. Se plantea que estas obedecieron a un marco de normas y expectativas<sup>1</sup> desarrollado históricamente que a la par que impidió el establecimiento de un sindicalismo confrontacional, posibilitó una acción obrera tendiente hacia un reformismo. Las y los obreros con este marco desarrollaron formas de ganar bienestar material y renegociar la dominación que experimentaban al mismo tiempo que negaron el establecimiento pleno de una lucha institucional. Así, a pesar del creciente clima de protestas, huelgas y paros que expresaron la inconformidad de los sectores populares durante los años sesenta y setenta en Colombia en contra del estado y de las élites, los trabajadores floristas durante este periodo no participaron de estas formas de negociación y demandas, pero mostraron otras formas menos visibles de mejorar sus condiciones de vida. Con el ingreso de la mujer al mundo laboral asalariado, estas empezaron a cuestionar la dominación de género, aunque de manera lenta pues estaban sujetas a un marco de sentido tradicional.

Dos preguntas marcan los hilos argumentativos de esta tesis. La primera, explora por qué las y los obreros floristas no vieron al sindicalismo confrontacional como válido en la búsqueda del mejoramiento de su nivel de vida y cuál fue su agencia alterna a esta institución. A la par que se desarrolla esta inquietud, la segunda pregunta se cuestiona sobre las diferencias de género y cómo las mujeres tuvieron un sentido de dominación diferente al de los hombres en el contexto en que ellas ingresaron al mundo laboral asalariado de las empresas de flores. Esto incidió en las expectativas que ellas tenían sobre sus superiores y sobre qué caminos continuaron su agencia tratando de renegociar la dominación con sus compañeros de hogar. En un segundo plano, pero fundamental para la explicación, se aborda qué esperaban las y los obreros de las autoridades en la vida laboral y espiritual, y como este sentido incidió en la relación entre la dominación de clase y género. Finalmente, se plantea el problema de si estos obreros pertenecían a una sociedad corporativa y de qué manera establecían diferencias con los dominadores de clase en una perspectiva simbólica identitaria.

---

<sup>1</sup> Edward Palmer Thompson, *Agenda para una historia radical*, trad. Elena Grau (Barcelona: Crítica, 2000), 11.

Este trabajo tuvo como principal móvil la búsqueda de una agencia obrera florista en un contexto académico social que la desconocía. Como quedó expuesto en los agradecimientos, mi vinculación con el tema de investigación no fue accidental. Mi padre y mi madre han trabajado en las empresas de flores la mayor parte de su vida laboral desde los años noventa. Además, mis experiencias se han desarrollado bajo estos contextos desde niño: asistí al jardín infantil en la empresa en que mi madre trabajaba, y en la actualidad he laborado en algunas empresas de flores como operario en tiempos de emergencia económica. La relación pues entre tema de estudio e historiador es en este caso esencial, y sirve como elemento que consolida muchas de las ideas aquí expresadas. Es posible que esta relación nuble una visión *independiente* -si existiese- de los hechos y procesos acá estudiados, pues *no siempre quién está en la primera fila del cine ve mejor la película*.<sup>2</sup> No obstante, se procuró una lectura reflexiva del material empírico al que se pudo acceder y la distancia temporal entre las experiencias familiares y el objeto estudiado fue motivo de una constante preocupación en la que se evitó el anacronismo.

Desde 1965 en Colombia, específicamente en la Sabana de Bogotá, la exportación de flores frescas de corte se convirtió en un renglón importante de recepción de divisas y generación de empleo. Su producción empezó justo cuando académicos norteamericanos vieron el potencial de las tierras planas que bordeaban la capital, su riqueza ecológica y la posibilidad de mano de obra por asalariar. A pesar de que el mercado norteamericano había sido autosuficiente hasta la década de los sesenta, existían intereses en continuar la producción en países con mano de obra más barata y que pudiesen tener flores frescas en un tiempo relativamente corto en las principales ciudades de los Estados Unidos. Así, David Cheever planteó en su tesis de licenciatura que la región cercana a la capital colombiana tenía las características principales para una producción continua de flores frescas de corte: agua en abundancia, tierra de fácil acceso, una jornada de sol de doce horas y la cercanía relativa al aeropuerto El Dorado.<sup>3</sup>

Aunque muchos trabajadores floristas han laborado en las empresas de flores desde que Edgar Wells exportó el primer lote desde Bogotá hacia Estados Unidos en 1965, en la búsqueda de su comprensión podemos establecer tres momentos. El primero

---

<sup>2</sup> Ernest Labrousse, «1848; 1830; 1789: tres fechas en la historia de la Francia Moderna», en *Fluctuaciones económicas e Historia Social* (Madrid: Tecnos, 1973), 464.

<sup>3</sup> Hernán Gonzáles, «David Cheever, “el mago de los claveles”», *El colombiano*, 28 de febrero de 2011, [https://www.elcolombiano.com/historico/david\\_cheever\\_el\\_mago\\_de\\_los\\_claveles-MGEC\\_124080](https://www.elcolombiano.com/historico/david_cheever_el_mago_de_los_claveles-MGEC_124080).

estaría marcado por el incipiente despegue de las exportaciones y la movilidad de mano de obra entre 1965 y 1976.<sup>4</sup> Durante este periodo, los trabajadores floristas pasaron de un sistema productivo enfocado en la hacienda, a uno moderno que empezó a utilizar la mano de obra en mayor cantidad e intensidad en los cultivos de flores. A su vez, este ciclo marcó la transición entre la relación campesina de trabajo por jornal y oficios domésticos a una donde la característica principal sería el establecimiento de salarios por semanas, quincenas o meses. Culturalmente, estos trabajadores mantuvieron una concepción liberal sobre la venta de mano de obra, practicaron la violencia familiar basada en prejuicios de género -de hombre a mujer- y no vieron como posibilidad la lucha en sindicatos para mejorar su nivel de vida. Por estos trabajadores se interesa este estudio.

El segundo momento se desarrollaría entre 1977 y 1996. Durante este periodo la producción florista se consolidaría en la Sabana de Bogotá y la exportación empezaría a fijarse como un renglón alternativo al café y otros productos con mayor recorrido histórico en el país. Al basarse en la super utilización de mano de obra, las experiencias floristas de dominación fueron mucho más marcadas y se dio una lucha contestataria que superó al periodo anterior. Como consecuencia, los trabajadores no solo disputaron el control de los sindicatos -anteriormente manejados por patrones-, sino que intentaron posicionar el abuso laboral en ámbitos internacionales incluso con los mismos comerciantes de flores en Europa y los Estados Unidos. Un documental<sup>5</sup> y varios estudios sobre el uso de pesticidas y la inserción de la mujer en el mercado laboral posicionaron este momento en la agenda nacional y en instituciones multilaterales como la OIT.<sup>6</sup>

Bajo las demandas producidas en los años ochenta y parte de los noventa, el mercado internacional observó con mucho descrédito los abusos tanto laborales como ecológicos en la producción de flores en la Sabana de Bogotá. Así, desde 1996 Asocolflores -Asociación colombiana de exportadores de flores- creó un programa que intentó *lavar la cara* a la producción de flores de corte para la exportación. Con miras a recuperar el mercado, el programa de buenas prácticas Florverde puso mayor atención al uso de insumos y supuso una *superación* de los problemas laborales desarrollados en los

---

<sup>4</sup> Andrea González Cárdenas, «Intercambio de información en las cadenas de suministro internacionales. El caso de la cadena de suministro de flor fresca cortada colombiana para la exportación», COMERCIO INTERNACIONAL (Santiago de Chile: CEPAL, 2013).

<sup>5</sup> Marta Rodríguez y Jorge Silva, *Amor, mujeres y flores.*, Documental, (1989).

<sup>6</sup> Alicia Eugenia Silva, «De mujer campesina a obrera florista», en *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: la realidad colombiana*, ed. Magdalena León, vol. 1 (Bogotá: ACEP, 1982), 28-42.

ochenta abriéndole la puerta a la tercerización laboral y a la continuación de problemas relacionados con la división del trabajo basado en género.<sup>7</sup> Desde 1996 podemos situar otro momento para estudiar a los trabajadores tercerizados y sus experiencias bajo la nueva relación posfordista.

Es posible establecer muchos periodos como cesuras en el análisis de los trabajadores floristas desde que la producción comenzó en los años sesenta, sin embargo, el primero entre 1965 y 1976 reviste de gran interés historiográfico al ser un objeto en transición y posibilitar una agencia social alterna al clima confrontacional de la época. No existiendo estudios históricos sobre los trabajadores de las flores, se hace necesario uno que intente rescatarlos en sí mismos y bajo sus propias posibilidades de realidad desde el momento mismo en que la producción empezó. Muchas veces, en su agenda investigativa los historiadores proyectamos ideas de lo que debieron ser los actores sociales, sin comprender mucho su capacidad de acción y negociación desde una realidad que experimentaban.<sup>8</sup> Lejos de cualquier interpretación teleológica sobre lo que debieron ser los obreros floristas, esta investigación se justifica como una ventana de posibilidad a otros sujetos históricos que no recorrieron la lucha confrontativa para alcanzar un mayor bienestar en la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

Pero no debe verse este estudio como un análisis de un sector de obreros conservadores. Si bien no recurrieron a la lucha abierta en contra de sus patrones o no demandaron mejores condiciones al estado colombiano, su alineación ideológica no puede tacharse de manera simplista como productos del Partido Conservador. Conocían las discusiones políticas presentes durante el Frente Nacional, pero experimentaron de primera mano que tanto un sector político como el otro -Liberal y Conservador- manejaban el estado para sus intereses, y estos eran diferentes a los del *pueblo*. Así, si no utilizaron las demandas por la justicia social en contra de las instituciones en Bogotá o con sus empleadores, tampoco intentaron una militancia abierta dentro de los partidos tradicionales que defendían el statu quo y un sector de la iglesia católica. La política como el juego de intereses era algo que conocían pues sus mismos patrones la practicaban. Al contrario, si querían mejorar su nivel de vida no era canalizando sus demandas en partidos

---

<sup>7</sup> Karina Camacho Reyes y Manuel Reina, «La Globalización contrariada. Trabajo, territorio y dominación en la floricultura de la sabana de Bogotá», *Revista Colombiana de Sociología* 27 (2006): 127-49.

<sup>8</sup> Mauricio Archila Neira, *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia (1958-1990)* (Bogotá: CINEP / ICANH, 2018).

o movimientos sociales, sino bajo iniciativas individuales que apelaban a la costumbre y a las normas de reciprocidad. Tendieron así a las normas tradicionales en vez de la militancia política de derecha, a pesar de que afirmaran con sus acciones la estructura de dominación que los sujetaba. Si bien fueron anticomunistas, las razones para ello no fueron ideológicas sino más bien funcionales. Rechazaron el comunismo no porque el dirigente político o el discurso de la guerra fría se los sugiriera, sino porque la lucha por una sociedad sin clases no se ajustaba a su sentido tradicional de ver la vida y las relaciones sociales.

A pesar de que el capitalismo como modo de producción se hubiese instalado con anterioridad, a mediados del siglo XX en la Sabana de Bogotá se dio un proceso de modernización tanto técnica como en sus relaciones sociales. Entre la década de los cuarenta y setenta del siglo XX las haciendas y fincas productoras de flores del occidente de Bogotá no sólo empezaron a usar maquinaria e insumos agrícolas para el aumento de la producción, sino que comenzaron a pagar salarios por trabajo empezando a superar las relaciones precapitalistas existentes en las décadas anteriores. En contraste con el proceso de modernización material, el sentido de vida de las y los campesinos y posteriores obreros no se transformó rápidamente. De la mano del paternalismo heredado del periodo en el que la hacienda era predominante, siguieron expectantes de los favores que debían recibir del dueño de la finca por su buen trabajo y nunca miraron hacia arriba en búsqueda de una confrontación. A su vez, las mujeres continuaron aceptando la dominación de género -si bien en agencia activa- aunque la nueva relación salarial en su proceso de inserción en el mundo laboral remunerado les dio la posibilidad de una renegociación abierta. Finalmente, los hombres continuaron vendiendo su trabajo al mejor postor bajo una norma consuetudinaria que les hacía sentir este era importante y que debían ofrecerlo a quién más beneficios les trajera.

Estos trabajadores fueron mestizos, aunque culturalmente se afirmaban como blancos. Durante el siglo XIX los pocos resguardos indígenas muisca existentes desde la colonia se fueron desintegrando a favor de una liberalización de la mano de obra y una disputa ganada por los hacendados en obtener sus tierras. Para el siglo XX, la identidad muisca se había desvanecido como construcción individual y colectiva y tan solo quedaban presentes algunas prácticas culinarias y medicinales. A pesar de ello, las y los campesinos y trabajadores nunca las vieron como suyas y el otro indígena aparecía esporádicamente apelando a supersticiones o hechos inexplicables ocurridos en la

cotidianidad. Así, el yo blanco era la principal identidad en la región para la década de estudio, a pesar del mestizaje histórico. Su función de diferenciación no solo fue con el pasado indígena, sino en la búsqueda de un alejamiento de otras identidades regionales que eran inferiores por no ser *buenos trabajadores*.

Al establecerse las empresas de flores dividieron el trabajo por prejuicios de género. La idea de que el mantenimiento de las flores cultivadas debía realizarse por las mujeres por ser una labor delicada también se implantó en las producciones de otras latitudes, pero fue en la Sabana de Bogotá en que esta adquirió una dimensión particular al insertar la mano de obra femenina dentro del trabajo asalariado y empezar a disputar con esta la dominación masculina. A su vez, los trabajadores floristas se dedicaron durante este primer momento a construir los invernaderos necesarios para el cultivo, además de encargarse de las labores de fumigación, riego y transporte de basuras y cajas con flor para los camiones que debían llevarlas al aeropuerto. Bajo la idea de que los hombres hacían el trabajo pesado y las mujeres el repetitivo y manual operaron las primeras empresas.

La producción requirió una utilización de mano de obra mayor a la requerida en las plantaciones de maíz, cebada o trigo anteriores a la década del sesenta del siglo XX. Para que una empresa funcionase necesitaba un área de cultivo y otra de preparación de las flores para el embalaje denominada zona de poscosecha. Entre quienes construían el invernadero y las que se dedicaban a la labor de siembra y mantenimiento del cultivo podían contarse unas veinte personas, mientras que en las labores de preparado de los ramos y embalaje podían contarse otras tantas. Fuera del trabajo administrativo e ingenieros -gerente, jefes de logística y mercadeo etc.- las empresas por pequeñas que fuesen ocupaban cerca de cincuenta empleados. Por la cantidad de exportaciones de la principal empresa de la época Floramérica S.A, podemos inferir que no menos de doscientos trabajadores laboraron allí, aunque este número pudo ser mucho mayor. Si estimamos en una media de 120 operarios agrícolas -hombres y mujeres- la cantidad de personas que laboraban al mismo tiempo dentro de una empresa y éste número lo multiplicamos por las aproximadamente treinta empresas que empezaron su funcionamiento entre 1965 y 1976, podríamos hablar de cerca de 4.000 empleados en diferentes fincas en la Sabana de Bogotá, aunque esta aproximación funciona más como un mínimo. Toda estimación cuantitativa es aproximada y aunque estos números difieran mucho de los generados en los ochenta donde una empresa podía sobrepasar los 700

trabajadores -y en la actualidad donde una sola tiene nueve mil-, son importantes en la medida en que la labor dentro de las empresas de flores empezó siendo un renglón importante para emplearse en la región durante sus primeros once años de funcionamiento.

En la historiografía colombiana las y los obreros floristas no han figurado como objetos relevantes para su estudio. Como ya vimos, desde que la producción de flores de corte empezó, cada vez más obreros y obreras se han empleado en estas empresas hasta convertirse en la actualidad en un renglón muy importante dentro de las exportaciones. Aunque el periodo comprendido entre 1965 y 1976 fuese de despegue de la producción, funcionó como el lugar de bisagra entre el ocaso del sistema de relaciones precapitalistas de la hacienda, hacia las basadas en los salarios. No es lugar aquí para analizar el por qué muchos investigadores no han estudiado dicho fenómeno, aunque parte de sus motivaciones sean la poca visibilidad contestataria que tuvieron las y los obreros floristas y el *muro* que las empresas de flores levantaron -y siguen levantando- en contra de que sus excesos no fuesen contados.<sup>9</sup> Sin embargo, este panorama no se repite en las otras ciencias sociales. Desde la Antropología y la Sociología los estudios sobre la inserción de la mujer florista en el mundo laboral y la aparente pasividad de los campesinos en la Sabana de Bogotá sí que han merecido algunas páginas en la búsqueda de su comprensión.

Entre 1980 y 1982 se produjeron algunos análisis desde organismos internacionales -OIT o CEPAL- que trataban de caracterizar las condiciones laborales de la floricultura en Colombia. Diana Medrano, en un informe presentado ante la Organización Internacional del Trabajo en 1980, concluía que a las mujeres floristas se les imponía una doble dominación al estar trabajando en los cultivos y desarrollar las tareas domésticas. Medrano apuntaba que debido a la cultura campesina, a las obreras floristas les era muy difícil denunciar ese estado de doble jornada.<sup>10</sup> Su estudio ofrece una buena cantidad de datos y pone de relieve algunos problemas que veremos en el capítulo dos: la necesidad de una racionalización del capitalismo desde arriba (a través de jardines para niños) y las experiencias de identidad popular que se van a ir consolidando durante esta primera generación de obreras y obreros floristas. La misma autora, dos años después

---

<sup>9</sup> Greta Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares: trabajo y género en Colombia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2008).

<sup>10</sup> Diana Medrano, «EL CASO DE LAS OBRERAS DE LOS CULTIVOS DE FLORES DE LOS MUNICIPIOS DE CHÍA, CAJICÁ Y TABIO EN LA SABANA DE BOGOTÁ» (Bogotá: Organización Internacional del Trabajo (OIT), 1980).

produciría un nuevo artículo desarrollando las ideas del informe anterior. Desde una crítica a la idea de Engels sobre emancipación de la mujer por medio del trabajo, sostenía que la doble jornada fue una característica de la incorporación de estas al mundo laboral y no supuso un fin de la dominación masculina. Tanto en un estudio como en el otro, su denuncia de la continuidad y sobreexplotación del trabajo femenino describen con certeza lo que ocurría durante la transición entre el primer momento (1965 - 1976) y el segundo momento (1977-1996) de los trabajadores floristas.

Bajo una línea de género similar y dentro del mismo libro que publicó el artículo de Medrano, Alicia Eugenia Silva desarrolló de mejor manera el problema de la transición de la mujer campesina hasta convertirse en obrera florista. Para Silva, las estructuras parcelarias existentes antes de la llegada de las empresas de flores determinaron muchas de las funciones que debían cumplir las obreras aun cuando ya entraban a un régimen social diferente al de la hacienda; la cultura campesina imprimía sobre ellas algunas obligaciones de vieja data sobrepasando las transformaciones ocurridas después del proceso de proletarización. Aunque este estudio es muy importante pues apunta al campo cultural campesino, se queda corto en su definición y trata de suplirla con el apego a teorías que a veces van más allá de lo demostrado empíricamente.<sup>11</sup>

La mejor caracterización de las obreras floristas en este periodo de transición entre el primer momento y el segundo está en el informe presentado en 1982 por Gloria Rojas de Vargas.<sup>12</sup> En éste, Rojas utilizaba a las encuestas a grandes grupos de trabajadoras y trabajadores para llegar a conclusiones generales. Después de dividir los grupos poblacionales dependiendo el tamaño de su empresa (pequeña, mediana y grande), su género y edad, llegó a la conclusión de que entre más grande fuese la empresa mayor posibilidad tenían sus obreros de sindicalizarse y por esta vía alcanzar mayor bienestar. No obstante, dejó abierta la pregunta sobre la creación de jardines y pone en duda si fueron ganados o no por las trabajadoras sindicalizadas, pues estos fueron creados años atrás a que las empresas pudiesen tener sindicatos de gran tamaño. Más allá de este contraste, en cuanto a la caracterización de las trabajadoras es el estudio con datos empíricos más rico al que hemos tenido acceso y los utilizaremos como insumo en el primer capítulo.

---

<sup>11</sup> Silva, «De mujer campesina a obrera florista».

<sup>12</sup> Gloria Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la Sabana de Bogotá» (BOGOTÁ: OEA - COLCIM, 1982).

Interesada por la agencia femenina, Greta Friedemann-Sánchez estudió en la década de los noventa cómo las obreras floristas experimentaban la dominación masculina y su posibilidad de renegociación dentro de la estructura familiar. Las empresas de flores funcionaron como dinamizadoras este proceso. Primero, porque fueron los lugares en los que se posibilitaron las redes de comunicación entre las obreras: al contarse acerca de la violencia que sufrían entendieron que sus casos no eran individuales, y que debían exigir un trato más justo. Y segundo, porque gracias al régimen salarial podían exigir nuevos tratos con los hombres debido a su posibilidad de negociación dentro de la economía doméstica. Curiosamente, las estrategias para la renegociación de género evidenciadas por Friedemann-Sánchez estuvieron siempre en la vida cotidiana y no bajo formas institucionales. En vez de exigir un trato más digno por medio de sindicatos o un movimiento social, lo hicieron cada una bajo su propio contexto: podían escaparse del hogar dejando a los hombres el cuidado de los hijos -y el de él mismo- para que ellos entendieran el trabajo que suponían las labores domésticas, o simplemente llevar una vida con una pareja sentimental, pero sin convivir juntos por las presiones que eso suponía.<sup>13</sup>

Además de ser un estudio valioso porque trata de rescatar la agencia lejos de los cauces institucionales o directamente confrontativos, el trabajo de Friedemann-Sánchez es fundamental pues entiende a las trabajadoras floristas desde su contexto y sentidos forjados en diferentes tiempos. Así, establece que para la década de los noventa hay tres tipos de trabajadores: raizales que han vivido por más de dos generaciones en la región, antiguos que se establecieron hace veinte años por mucho y migrantes que provenían de otras regiones desde hacía cinco años aproximadamente. Cada uno de estos grupos generacionales tenía una forma de ver la vida de manera distinta, e incluso su capacidad de acción cambiaba. Mientras que para los raizales era mucho más difícil romper con las normas culturales del deber ser subjetivo, para las antiguas y migrantes la posibilidad de irse de la casa en la que sufrían abusos por parte de los hombres con quienes la habitaban era una estrategia que mostraba su agencia. Indudablemente, Friedemann-Sánchez trató con las diferencias de sentido y de normas y expectativas -sin denominarlas así- dentro de las y los obreros floristas, y aunque no se haya enfocado en su primer momento -1965 a 1976- evidenció que entre las obreras que tenía mayor edad y las más jóvenes existían diferencias que iban más allá de una simple generalización sobre las generaciones.

---

<sup>13</sup> Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 208-10.

Nos hallamos entonces ante un objeto de estudio alterno tanto desde la mirada sobre el deber ser de los sujetos como desde su accionar mismo. Orlando Fals Borda ya había notado la singularidad de los campesinos de la Sabana de Bogotá en un estudio de caso en la vereda Saucío del municipio de Chocontá (al norte de la capital). Bajo una mirada estructural funcionalista se preguntaba por la aparente docilidad de los campesinos de la región y argumentaba que esta se debía a factores históricos que desde la época colonial fueron convirtiendo a sus pobladores -primero indígenas y luego campesinos- en sujetos dóciles y sumisos. Para Fals Borda, esto debía cambiar gracias a la modernidad que iba llegando a mediados del siglo XX en formas de caminos pavimentados, el paso del ferrocarril y sobre todo, la construcción de una hidroeléctrica en la región. Una vez establecida esta modernidad material, era cuestión de tiempo para que los campesinos empezaran a elevar su nivel de vida civilizándose y entrando a exigir sus demandas dentro de los cauces institucionales.

Más allá de las críticas que se le han hecho al estructural-funcionalismo sobre la teleología implícita que supone, el trabajo de Fals Borda esboza una discusión interesante. A los ojos de las ciencias sociales contemporáneas es muy difícil plantear que un grupo poblacional era sumiso o que no era lo suficientemente maduro como para exigir derechos. Sin embargo, al preguntarse por las características culturales que tenían los campesinos en la periferia de Bogotá a mediados del siglo XX y su relativa particularidad con los de otras regiones, estableció un nicho investigativo que pocos decidieron continuar. Aunque el trabajo de Friedemann-Sánchez intentó explorar algunos de los tópicos planteados por el mismo Fals Borda pero en los años noventa -como la agencia de las mujeres-, se hace necesario preguntarse qué pasó con el proceso de modernización en la región después de los años cincuenta y cómo ésta incidió en el sentido que tenían de vida. Entre 1965 y 1976 muchos campesinos se articularon a una nueva forma de relación por medio de salario con los mismos patrones de antaño en las empresas de flores, y continuaron observando el mundo bajo un sentido tradicional: exigiendo normas hacia arriba y de manera horizontal, y esperando que cada sujeto dentro de la sociedad actuara acorde a este marco. A pesar de que existieron nuevas vías con asfalto -el tren llevaba casi cincuenta años de funcionamiento en algunos municipios del occidente de Bogotá-, se electrificó la región y nuevas empresas formales incomodaron y le quitaron el puesto al régimen de relaciones precapitalistas, los sujetos continuaron esperando favores de sus patrones y manteniendo las relaciones de género poco cuestionadas.

Esta tesis utiliza como aparato conceptual el *marco de normas y expectativas* mencionado por Edward Palmer Thompson en *Costumbres en Común*<sup>14</sup> aunque con un enfoque de género. Éste concepto buscaba interpretar la manera en las que los sectores populares en la Inglaterra del siglo XVIII comprendían su mundo, sus deberes y los que las élites tenían para con ellos. Así, a falta de un divorcio dentro de la iglesia anglicana, los artesanos consentían con sus esposas la venta de éstas como salida a una vida matrimonial que no querían. A su vez, exigían el uso de la tierra con base en derechos consuetudinarios y apelaban tradicionalmente a normas generadas con anterioridad bajo una estructura social que estaba cambiando tanto en términos materiales como culturales.

En la historiografía mundial pocos conceptos han sido tan utilizados como el de *Economía moral*. En un principio, éste servía como unos lentes que interpretaban una realidad que se salía de los moldes clásicos funcionalistas o que designaban comportamientos como parte del *folclore*. Al intentar explicar cómo los sectores populares ingleses en el siglo XVIII reaccionaron al establecimiento de los nuevos precios del trigo y el pan basados en el nuevo credo liberal de la economía de mercado, Thompson mostró que contrario a lo que muchos pensaban, los sectores populares tenían una profunda conciencia de lo que ocurría y decidían apelar a las viejas costumbres de precios fijados por las autoridades reales. De esta manera posibilitó que muchos investigadores se refugiaron en el concepto para tratar de interpretar formas de conciencia política basadas en la tradición y en la costumbre.

Años más tarde Thompson reconocería que su concepto había ido más allá de lo que él había interpretado, y por ello trató de aclarar hacia qué se refería. Para él, la economía moral no servía como los lentes que definían toda conciencia política que apelaba a la tradición: era un concepto situado históricamente y que definía un momento exclusivo en la Inglaterra en transición hacia el establecimiento del capitalismo. La economía moral era tal porque era una contraposición a la economía de libre mercado que pretendían imponer las nuevas élites y la misma corona inglesa. Así, aunque señalaba que el concepto había transitado más allá de su obra, también concluía que había sido construido bajo una realidad particular sincrónica y espacial.<sup>15</sup> Esto no quiere decir que no pueda ser aplicado a otras realidades más allá de la que intentó explicar.

---

<sup>14</sup> Edward Palmer Thompson, *Costumbres en común*, trad. Jordi Beltrán Ferrer (Barcelona: Crítica, 2000).

<sup>15</sup> *Ibíd.*, 294-394.

Si estuviéramos ante un objeto de estudio distinto, unas protestas populares que querían devolver el establecimiento del jornal o motines que querían destruir las empresas de flores por ejemplo, podríamos utilizarlo. Existiría una conciencia política que apelaría a los usos consuetudinarios para intentar conservar unas relaciones que beneficiaban a una gran mayoría popular. Sin embargo, este no es el caso. Las y los obreros floristas no estuvieron en contra del establecimiento de las empresas de flores, y tampoco rechazaron el nuevo régimen salarial que éstas traían. Con una profunda conciencia política de lo que ocurría a su alrededor, continuaron esperando los favores de sus patrones más allá del mero pago de salarios e intentaron -los hombres- continuar con la dominación de género a pesar de que sus esposas también estuviesen trabajando y el argumento de que ella era inferior por dedicarse a labores no monetizables se empezaba a distorsionarse. Estamos pues frente a unos sujetos que apelaron a usos tradicionales no en contra de una nueva forma de entender la economía, sino en la búsqueda de preservación de unos intereses de género, de construcción de identidad y de relaciones de reciprocidad. El término economía moral no es, por tanto, aplicable a los obreros floristas entre 1965 y 1976.

Consciente de los límites de su propio concepto, en el estudio introductorio de *Costumbres en Común* Thompson señalaba que cada una de estas manifestaciones culturales tradicionales constituían un marco de normas y expectativas. Con éste, trató de englobar comportamientos, actitudes, deberes tanto verticales como horizontales y todo un sentido político del mundo dentro de la Inglaterra del siglo XVIII. En nuestro caso, a pesar de que intentamos explorar una transición entre unas relaciones precapitalistas hacia unas más modernas, los deberes presentes como normas de reciprocidad y las relaciones de género -además de otros tipos de comportamientos y sentidos del otro- operaron y pueden definirse como un marco en el que los obreros comprendían sus deberes y exigían comportamientos hacia los otros tanto semejantes como superiores.

Además, este concepto es funcional cuando el objeto de estudio observa tanto las condiciones materiales de producción como los sentidos culturales en los que los sujetos experimentaban. No era posible entender a los trabajadores floristas sin conocer el por qué se trasladó la producción de flores desde los Estados Unidos a la Sabana de Bogotá, y cómo se intentaba maximizar la producción evitando toda posibilidad de confrontación legal. Empero, el objeto material no determinó la posibilidad de acción y sentido que las y los obreros tenían. Esta relación entre ser social y conciencia social ocupó gran parte del trabajo del mismo Thompson, y cansado del debate entre el determinismo estructural

y el relativismo cultural, ante la pregunta si era o no marxista a mediados de los ochenta concluía que:

Me siento más cómodo con el término «materialismo histórico». Y también con la opinión de que las ideas y los valores, están situados en un contexto material y las necesidades materiales están situadas en un contexto de normas y expectativas; y de que uno da vueltas a este multilateral objeto social de investigación. Desde una perspectiva es un modo de producción, desde otra un modo de vida.<sup>16</sup>

En la actualidad, se ha intentado definir vagamente a la Historia Social como la encargada de estudiar a las estructuras sociales y posibilidades materiales de una época, mientras que desde la Historia Cultural se explora el sentido que los sujetos o las sociedades tienen de un tema determinado y las transformaciones de este dentro del lenguaje. Desde su nacimiento, en la Historia Social se trazon debates acerca de la relación entre estructura económica y subjetividad no determinada. Intentando ver las dos caras de la moneda, esta investigación opta por un aparato conceptual que a la par que intente ver la agencia social y el sentido de dominación en unos sujetos particulares, también los sitúe dentro de un contexto material del que dependían pero que no establecía determinismos en su posibilidad de pensamiento o acción.

Pero delimitar cómo operó un sentido en una comunidad o grupo social bajo un contexto material dado no significa explicarlo en términos procesuales genéticos. En esta investigación hemos hecho una apuesta por exponer la agencia de obreras y obreros floristas bajo un marco determinado, pero en ningún momento nos proponemos argumentar cómo se desarrolló este marco en la larga duración. Aunque Fals Borda trató de encaminar su interpretación sobre el ethos dórico de Saucío en esa dirección, un examen sobre la formación de sentido regional en la Sabana de Bogotá todavía está por realizarse y serían necesarias otras armas teóricas en su búsqueda. En suma, esta no es una sociogénesis del sentido de los trabajadores en la región, sino un examen de cómo un marco de normas y expectativas operó en los obreros y obreras floristas sobre la concepción que estos tenían de las relaciones de dominación.

Pero el uso exclusivo de este concepto no es suficiente para acercarnos a la comprensión de la experiencia de las y los obreros floristas durante el periodo estudiado. El sentido tradicional que operó en los trabajadores funcionó bajo una relación de género que lo diferenció. Al mismo tiempo que las mujeres definieron una lucha en contra de sus

---

<sup>16</sup> Thompson, *Agenda para una historia radical*, 11.

compañeros de hogar por encima de una confrontación clasista, los hombres vieron a los patrones como las posibles fuentes de favor en la búsqueda de un mejoramiento de vida. Así, es necesaria la incorporación de un enfoque que permita estudiar la diferencia entre las dos construcciones sociales y aclarar de qué manera se relacionaron entre sí.

Es imposible abordar la agencia femenina de las obreras floristas sin comprender cuál era su relación de subordinación con los hombres. En ese sentido, esta tesis se suma a la postura de Joan Scott que plantea la relación de género como una visión que entiende de otra manera la historia, y no como un mero agregado al pasado de los hombres.<sup>17</sup> Dicha relación es una categoría analítica que da sentido a la historiografía misma, no como una suma a la narrativa de lo que hicieron los dominadores, sino como una perspectiva que entiende su relación como constitutiva de un sentido general pero diferenciado. Las obreras floristas no estaban en una esfera independiente de los obreros: fue en la relación con éstos que sus luchas adquirieron un sentido de renegociación y no de confrontación clasista. Así, la pregunta sobre la agencia femenina no se hace solo en virtud de conocer históricamente cuál era la capacidad de las mujeres en incidir sobre sus vidas y tratar de mejorarla, sino cómo se relacionaron dentro de una estructura que las oprimía y se experimentaba en sujetos de carne y hueso con sus propias normas de dominación. En suma, para comprender mejor el marco de normas y expectativas operante en las y los obreros floristas se debe entender cuál era la relación de género existente entre ellos.<sup>18</sup> Por esta relación, además se ha optado por incluir en la escritura los artículos *las* y *los* repetidamente, para poner siempre en manifiesto sus diferencias más que su homogeneidad.

Como en el periodo estudiado las y los obreros tuvieron una gran movilidad entre los trabajos en las empresas de flores, era normal que también trabajaran en las haciendas de la región. No existió pues entre 1965 y 1976 obreros urbanos en términos generales, sino que iban y venían entre el trabajo asalariado de las empresas y las relaciones precapitalistas de las haciendas. Por ello, aunque este estudio se dirija hacia las y los obreros floristas, esto no significa que no se analice el mundo campesino en el que se desarrollaba la labor y con el que compartían momentos y prácticas. Así, en algunos

---

<sup>17</sup> Joan W. Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *The American Historical Review* 91, n.º 5 (diciembre de 1986): 1053, doi:10.2307/1864376.

<sup>18</sup> Sin embargo, no optamos por ninguna de las tres salidas metodológicas que Scott plantea en su texto, por considerarlas poco pertinentes al objeto de estudio y a la argumentación misma.

pasajes se tratará de manera indistinta a campesinos y obreros, porque en la evidencia empírica estas fronteras no estaban determinadas.

Aunque la hacienda y las empresas de flores fueron las dos actividades que utilizaron la mayor parte de mano de obra, en la región también existían otros renglones económicos en los que pocos habitantes podían laborar. Además de pequeñas industrias que producían para el mercado local elementos de primera necesidad -como jabones, ladrillos o cristalería-, los pobladores también podían trabajar en la construcción o en minería. Estas actividades eran muy localizadas -como los mineros de sal de Zipaquirá o los constructores de la represa del Sisga en Chocontá- y en algunas ocasiones desarrollaron disputas contestatarias a diferencia de las y los obreros aquí estudiados. Evidentemente, estos oficios y luchas de otros obreros -con diferentes experiencias de clase- eran conocidos en la región, pero sus experiencias de dominación no se hicieron generalizadas. Funcionaron como una otredad dentro los oficios y las relaciones sociales existentes de la hacienda y las nuevas empresas de flores como veremos en los dos testimonios de trabajadores de la época.

Además de los informes presentados a la Cepal y a la OIT mencionados anteriormente, como fuentes esta tesis utiliza: la Base de datos sobre sindicatos realizada por el Ministerio del Trabajo, la correspondencia de campesinos y líderes de Escuelas Radiofónicas dirigidas a Radio Sutatenza o a Acción Cultural Popular, y entrevistas a extrabajadores floristas que laboraron en las empresas de flores entre la década de los sesenta y setenta.

Durante los años en los que ha operado el Ministerio de Trabajo -con sus diferentes nombres o asociaciones- el estado colombiano ha recibido y ha elaborado documentación relativa a conflictos laborales en muchas dimensiones productivas en el ámbito nacional. Evidentemente, al ser el órgano rector los sindicatos solicitaban su conformación a través de éste, y las demandas que no se pudiesen solucionar bajo arreglos con los patrones de manera sencilla, llegaban como pliego de peticiones y tribunales de arbitramento a este Ministerio. Es una beta poco explorada dentro de los estudios históricos sobre conflictos laborales, pues poca de su documentación ha pasado a manos de instituciones que buscan su preservación y consulta -Archivo General de la Nación- y actualmente la mayor parte de los archivos generados por sindicatos permanecen en custodia de un tercero -privado- que nada ha hecho en la posibilidad de sacarlos a consulta

pública. En este estudio hacemos uso de su base de datos sobre Sindicatos, sin embargo, es posible que algunas de las asociaciones de base creadas durante la época no estén presentes o simplemente no se hayan incluido dentro del conteo que hicieron para la realización de la matriz. Todo dato es aproximativo y en ninguna medida una fiel representación de la realidad; al ser la única fuente que tenemos sobre la totalidad de sindicatos debemos trabajar sobre ella, aunque en un futuro ésta pueda cambiar.<sup>19</sup>

Teniendo en cuenta los altos niveles de analfabetismo presentes en la sociedad rural colombiana, desde 1947 el sacerdote José Joaquín Salcedo Marín se propuso crear una emisora que llevase la educación y el desarrollo a los campesinos con un enfoque católico lejos de pensamientos más radicales como el comunismo y el anarquismo. Así nació Radio Sutatenza, una emisora que a la par que tenía programas culturales sobre cómo mejorar las labores agropecuarias, también trataba de alfabetizar a los campesinos con clases en vivo y el manejo de cartillas que eran entregadas previamente. Acción Cultural Popular años después se convertiría en la institución que abanderaba dicha labor civilizatoria del campesino y aglutinaba a las Escuelas Radiofónicas, y a los líderes de éstas que supervisaban cómo funcionaban cada una de estas aulas improvisadas en cambuches, habitaciones o al aire libre en la ruralidad colombiana. Al solo necesitar un radio, muchos campesinos empezaron a vincularse con el proyecto primero como estudiantes y después, en los años sesenta como líderes y lideresas. Tanto unos como otros se relacionaron con Radio Sutatenza y ACPO bajo correspondencia en la que contaban sus problemáticas diarias, cómo la emisora les había ayudado con sus labores domésticas, entrando a concursos de coplas -estrofas sencillas con rimas pareadas o alternas- en los que podían ganar un radio transistor o simplemente compartir sus experiencias educativas.

Con el compromiso de ACPO de remitir los archivos de la correspondencia, además de grabaciones sonoras, documentación pedagógica y semanarios, este acervo documental fue remitido a la Biblioteca Luis Ángel Arango en Bogotá. Sin quererlo, las experiencias cotidianas plasmadas allí por parte de los campesinos y líderes de las

---

<sup>19</sup> La diferencia entre los datos que podemos recolectar con cada una de las personerías jurídicas dadas a organizaciones y la Base de Datos del Ministerio de Trabajo es muy dicente. En un trabajo anterior, exploré esta diferencia y aunque no había muchos cambios, existían contradicciones que hacían poner en duda la recolección de información por parte de la institución. Ver: Edwin Herrera, «Todo está cambiando. Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional» (Universidad Nacional de Colombia, 2019).

Escuelas Radiofónicas constituyeron la principal fuente en la que empíricamente en la actualidad los historiadores podemos examinar la cultura popular y el sentido que tenían de su vida y sus relaciones sociales en la segunda mitad del siglo XX. Algunos investigadores han demandado más atención a este acervo documental en la búsqueda de la comprensión de la capacidad de acción de los sujetos rurales, especialmente la mujer campesina.<sup>20</sup> Sin lugar a dudas, constituye una ventana de acceso al otro histórico y la consulta de las cartas recibidas tanto por ACPO como por Radio Sutatenza fueron fundamentales en la comprensión de cómo los campesinos de la Sabana de Bogotá veían sus relaciones interpersonales y con las élites.

No obstante, su sentido debe enmarcarse en la posibilidad misma que daba la institución clerical. Al ser una correspondencia que se basaba fundamentalmente en diferentes relaciones dentro de la vida religiosa -laica o no-, esta tendía a maximizar el peso del catolicismo en los campesinos de la época. Difícilmente encontraremos en esta fuente alusiones a una vida más allá de la cultura católica. Sin embargo, no podemos asumir su valor heurístico como total, pues era evidente que su comunicación hacía parte de un ideal más que de una realidad empírica. En el mismo compendio de cartas desde y hacia ACPO podremos encontrar a dirigentes de las Escuelas Radiofónicas comentando su buen trabajo, y personas quejándose de las fiestas en las que estos se enfrascaban pero que no describen en su comunicación con Joaquín Salcedo: (...) Alguien me dio buenas noticias de un cursillo en Chocontá y que lo apreciaron mucho, pero otro “alguien” también me informó de un descuido suyo en asuntos de bebida (...).<sup>21</sup> Así, es evidente que aunque intenten mostrar toda una vida virtuosa, la correspondencia debe verse dentro de un complejo entramado en que su valor de verdad siempre entra en contradicción con otros aspectos de la vida misma.

Además de estas dos fuentes, al ser un objeto de estudio relativamente reciente se podía recurrir a la memoria oral como parte de la investigación. Lastimosamente, el periodo de investigación y acercamiento a las fuentes coincidió con dos picos de la Pandemia de Covid 19 en Colombia. Por tanto, el acceso a personas mayores -además de su poca disposición a hablar- fueron límites para el desarrollo de esta fuente, que se proyectaba mayor. Con suerte, se logró que dos extrabajadores floristas accedieran a

---

<sup>20</sup> Mary Roldán, «Acción Cultural Popular, Responsible procreation, and the roots of social activism in rural Colombia.», *Latin American Research Review* 49 (2014): 27-44.

<sup>21</sup> Carta de Joaquín Salcedo a Antidio Ordoñez, 4 de noviembre de 1963. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

contar parte de su vida y las experiencias dentro de las empresas de flores durante los años sesenta y setenta. Doña María Gonzáles, nuestra primera entrevistada, había nacido en el municipio de Bojacá en 1939 y había trabajado en Flores Juanambú entre 1973 y 1979. A su vez, Don Alfonso López había nacido en el municipio de Tena en 1945 y había desarrollado su vida entera como trabajador agrícola en las diferentes haciendas del occidente de Bogotá, con un paso por Flores la Conchita entre 1968 y 1972 donde trabajó debido a la cercanía que él tenía con el dueño de la empresa.

Como otros estudiosos de la memoria y la historia oral han señalado, una de las precauciones que debemos tener con ésta es que siempre está teñida de unos intereses en el presente.<sup>22</sup> Cuando se rememora, siempre existen intereses, ideas o sentidos - conscientes o no- que hacen que el recuerdo no se reproduzca tal como fue. Pero no se trata de exprimir al entrevistado en la búsqueda de la pureza del recuerdo, al contrario, se procura que éste de una versión lo más libre de los hechos y que dentro de la crítica que toda fuente debe tener, el historiador relacione los recuerdos primarios con las experiencias más recientes y así poder acceder a un testimonio que evidencie a su vez los problemas de la memoria en un presente. En nuestro caso, a pesar de que insistimos en que Doña María nos contara acerca de su relación con la Iglesia Católica en los años sesenta y setenta, esto no fue posible debido a su nueva identidad como Testigo de Jehová. Don Alfonso también pasó por un proceso similar pues, aunque conocíamos de su pasado algo marcado por la dominación de género y el consumo de alcohol, éste no lo mencionó tratando de mantener una imagen positiva frente a un entrevistador que había conocido sólo unas semanas atrás.

Sin duda, toda fuente debe criticarse en virtud del examen del pasado. A diferencia del documento escrito que puede mantener cierta reserva sobre su valor de verdad a través del tiempo -no así quién lo guarda y para qué lo hace-, en el caso de la memoria debemos observar con mayor detenimiento como las experiencias posteriores afectaron el testimonio y de qué manera éste funcionó dentro de un sentido valorativo que el sujeto entrevistado le dio. Con un examen riguroso hecho sobre los recuentos del pasado en función de su sentido y no de su veracidad empírica, examinamos la memoria de dos ex trabajadores de las flores para complementar algunas lagunas existentes dentro de la

---

<sup>22</sup> Daniel James, «Escuchar en medio del frío. La práctica de la historia oral en una comunidad de la industria de la carne Argentina», en *Doña María: historia de vida, memoria e identidad política.*, trad. Horacio Pons (Buenos Aires: Manantial, 2004), 123-59.

demás fuentes o tratar de entender el porqué de algunos comportamientos de las y los obreros floristas, aunque siempre se relacionó con la función de los sentidos rememorados en virtud del presente que interrogaba.

Como menciona Renan Silva, las fuentes deben pasar necesariamente por un proceso de *transformación* con el objetivo de incorporarlas dentro del argumento del historiador.<sup>23</sup> De esta manera, pierden su valor dentro de un contexto determinado para servir como insumo dentro del análisis histórico. En nuestro caso, procuramos alejarnos de una mirada positivista sobre las virtudes católicas presentes en la correspondencia de ACPO, cuestionamos siempre el peso del sentido de presente dentro de la memoria de los dos entrevistados y relacionamos entre sí todas las fuentes para intentar ofrecer un argumento que respondiera a las preguntas formuladas.

En el primer capítulo se aborda por qué el sindicalismo no logró posicionarse como una alternativa de mejoramiento de vida para las y los obreros. Bajo este marco de normas y expectativas, el que los sujetos trataran de crear sindicatos para exigir dinero o un trato más justo no fue una posibilidad. Además de que el sindicalismo se veía como extraño, de otras regiones que eran *más revoltosas*, tampoco significaba nada para los obreros pues ellos debían procurarse el favor del patrón además del sueldo. Para las obreras los sindicatos tampoco eran una posibilidad, pues no cuestionaban su principal experiencia de dominación que lejos de ser de clase, era de género.

El segundo capítulo explora la agencia alternativa que tuvieron las y los obreros. Tras un recuento de las posibilidades de demandas que tenían basados en un reformismo católico y la personificación de estas en Raúl Zambrano Camader, se plantea que si bien no constituyeron sindicatos -o pelearon con el patrón los que él había creado-, existieron otras formas de mejorar su nivel de vida. El favor del patrón significaba para los hombres la posibilidad de ejercer poder y demandar dentro de las localidades mejoramientos de vivienda o posicionamientos dentro de empleos mejores. Para las mujeres floristas, la asociación con las señoras de élite les significaba no sólo una *ampliación del mundo* sino que una posibilidad para renegociar su posición de dominadas dentro del hogar con instrumentos como el establecimiento de jardines infantiles. Finalmente, si bien no existió una confrontación directa entre capital y trabajo, desde lo simbólico sí que se disputaron

---

<sup>23</sup> Renan Silva, «La servidumbre de las fuentes», en *Balance y desafíos de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI: homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, ed. Jaime Jaramillo Uribe et al. (Bogotá: Uniandes, Departamento de Historia / Cesó, 2003), 27-46.

y se crearon las identidades apelando a la construcción de un nosotros popular - masculino- que era diferente las élites y que debía preservarse en función del mantenimiento del sentido.

## Primer capítulo.

### Aquí no somos así: Sobre la incompatibilidad del sindicalismo clásico en las y los obreros floristas entre 1965 y 1976

¿Por qué ustedes no se crearon sindicatos en Flores Juanambú?

Jummm, no sé. Éramos pendejos.<sup>24</sup>

Desde el establecimiento de las empresas de flores, las y los trabajadores floristas no vieron como válido la creación de sindicatos para mejorar su nivel de vida o demandar hacia el estado o a sus patronos. En este capítulo se analizará de qué manera la institución de la hacienda prefiguró algunos comportamientos y actitudes que las y los obreros tuvieron en las nuevas empresas. Además, se estudiará cuantos sindicatos se crearon durante este periodo y cómo el marco de normas y expectativas desarrollado en la diacronía, funcionó como un negador de la lucha institucional en boga entre los años sesenta y setenta basándose en las personificaciones de la buena mujer y el buen trabajador, y a veces llegando a los extremos de una caracterización del sindicato como el sinónimo del mal.

#### 1. De la hacienda a las empresas de flores

En Colombia, la disputa por la tenencia de la tierra ha sido uno de los elementos más recurrentes dentro de las demandas de los campesinos, colonos y arrendatarios. Con una frontera agraria abierta desde mediados del siglo XIX gracias a la disposición del estado por cultivar las tierras *incultas*, el interés por hacerse con terrenos baldíos hizo que campesinos y *empresarios* intentaran la titulación. Como todo el proceso costaba dinero y se hacía desde Bogotá, fueron los terratenientes ausentistas los que se hicieron con el control de muchas tierras, aprovechando a la vez el poco conocimiento que el estado tenía sobre el suelo y la escasa capacidad de acción que éste tenía en las regiones. Sólo hasta la década del veinte del siglo XX, el estado empezó a desarrollar leyes que beneficiaban al colono en la búsqueda de la titulación de la tierra en contra de los grandes terratenientes. Sin embargo, los esfuerzos y avances de esta época retrocedieron en la década posterior con la ley 100 de 1936.<sup>25</sup>

<sup>24</sup> Entrevista a María Gonzáles, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>25</sup> Catherine Carlisle LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*, trad. Hernando Valencia G (Universidad Nacional de Colombia, 1988), <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53401>.

Este vacío legal que acompañó a los conflictos agrarios durante la primera mitad del siglo XX -incluso después- se enmarcó en regiones con la posibilidad de apertura de una frontera agraria. Así, la costa caribe, el magdalena medio o los llanos orientales fueron el escenario de conflicto entre quienes decían poseer la tierra legalmente y quienes la habían trabajado durante años esperando su titulación por parte de un estado que desconocía las dimensiones del problema. Sólo en el caso de la colonización antioqueña se dio un proceso de tenencia de la tierra por familias de campesinos que la cultivaron y fue este el epicentro de la producción cafetera que despegaría en las primeras décadas del siglo XX. Alternó a estos dos procesos, las tierras altas del altiplano cundiboyacense se escaparon de dicho conflicto al mantener una seguridad jurídica sobre su propiedad desde tiempos coloniales o al ser el primer botín que dio el naciente estado a los combatientes en las guerras de Independencia. Al contrario de lo sucedido en las zonas de colonización, en el terreno plano que bordea a Bogotá no ocurrieron grandes conflictos por la titulación de baldíos pues no existía una frontera de colonización abierta, la titulación estaba sustentada desde la colonia o fue concedida por el recién creado estado colombiano.

Es posible que durante el siglo XIX hubiesen concurrido algunas problemáticas sobre la tenencia de la tierra en la Sabana de Bogotá. En una lucha por acabar lo que quedaba de los resguardos coloniales, en las últimas dos décadas decimonónicas las haciendas se hicieron con el control de parte las tierras comunales a favor de sus extensos territorios en complicidad con un estado que buscaba liberar la mano de obra presente en dicha institución de viejo régimen.<sup>26</sup> Sin embargo, el mestizaje ya había dado el primer paso en la extinción de la identidad muisca y la apropiación de tierras por parte de hacendados sólo fue el puntillazo final del proceso. Para mediados del siglo XX no existían resguardos en la Sabana de Bogotá, y la forma de vinculación de los campesinos con la tierra era a través de arrendamiento, trabajo por jornal o en menor grado la aparcería.

A diferencia de lo que pasaba en otras latitudes, en la Sabana de Bogotá no existía una fuerte identidad étnica que ayudara a tender lazos de solidaridad entre los

---

<sup>26</sup> Al igual que en otras latitudes, intelectuales decimonónicos demandaban la liberalización de la tierra al mismo tiempo que planteaban la idea de una proto-patria americana en las comunidades indígenas. Ver: Óscar Guarín Martínez, «De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX», en *Muisca: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*, ed. Ana María Gómez Londoño, 1. ed, Colección Colonia (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005), 228-46.

subordinados de la hacienda.<sup>27</sup> Como el mismo Fals Borda documentó, los campesinos eran profundamente liberales en su concepción del trabajo: trataban de buscar el jornal a quien pagara más, quien les sirviera como punto de apoyo en las diligencias administrativas o simplemente donde existiera el trabajo, incluso llegando a competir por convertirse en aparcerero de algún hacendado.<sup>28</sup> Así, se concluye que para mediados del siglo XX no existían grupos sujetos a una misma hacienda sino mano de obra libre y algunos cuidadores y mayordomos que servían como capataces de las fincas productoras. Lejos de lo acontecido en otros países andinos, no había una sujeción de la mano de obra por parte del hacendado: transitaba de una finca a otra bajo trabajos estacionarios, aunque algunos privilegiados quedaban al cuidado de la producción o como sirvientes de la familia principal de la hacienda.

Las tierras del occidente y norte cercanas a Bogotá fueron objeto de interés por parte de las élites colombianas. Su importancia no solo estaba dada por su cercanía a la capital, sino porque eran tierras fértiles que necesitaban poco trabajo -eran planas- y se prestaban para cultivos de grandes extensiones y ganadería a gran escala que podía suplir la demanda de productos básicos -trigo, cebada, maíz, leche- de la capital. Los beneficios que traía tanto la cercanía como la capacidad productora hicieron que fuesen tierras altamente valoradas. Por ello las élites colombianas durante el siglo XIX y parte del XX empezaron a establecerse en la Sabana de Bogotá -migrando desde otras regiones- en la búsqueda de sus beneficios y explotación.

El caso de la familia German de Ribon es representativo. Con una ascendencia que se remonta hasta los albores del proceso independentista en Mompox, los German de Ribon se establecieron a finales del siglo XIX en una extensa finca a treinta kilómetros al occidente de la capital. En ella cultivaban papa, trigo o cebada que era llevada al creciente mercado bogotano de la primera mitad del siglo XX. Su posesión no solo concedía estatus dentro de las élites capitalinas, sino que posibilitaba un flujo constante de dinero que los hacía mantener una comunicación y viajes hacia el exterior, especialmente a Francia, país del que eran oriundos los German de Ribon. Es claro que este caso no es único. Muchos de los hacendados y terratenientes de la región tenían un contacto directo con algún país europeo, se involucraban en la política nacional y basaban su ejercicio de poder tanto en

---

<sup>27</sup> En el caso ecuatoriano ver por ejemplo: Andrés Guerrero, *La semántica de la dominación: el concertaje de indios*. (Quito: Libri Mundi, 1991).

<sup>28</sup> Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*. (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2017).

la producción agraria como en la política nacional. Utilizaban el estado como el lugar del mantenimiento de su jerarquía. Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo o Alfonso López Michelsen fueron algunos de los terratenientes de la región o pertenecían a estas familias de hacendados, además de algunos extranjeros.

Estos dueños de haciendas no solamente figuraban como productores de bienes para el mercado bogotano, eran representantes políticos y transaban en el ejecutivo nacional o local favores para sus iguales de clase o sus campesinos apoderados. Desde las alcaldías -representantes del ejecutivo local- consejos municipales o simplemente como representantes de altas familias incidían sobre los proyectos a realizar, cómo debían llevarse a cabo y quienes debían ser los beneficiados. Como veremos en el segundo capítulo, el establecimiento del jardín infantil en el municipio de Bojacá en 1974 fue una iniciativa de Laura Chiessa de German de Ribón, que junto a su esposo entonces concejal, propusieron un espacio en el que se cuidara a los niños de las mujeres que laboraban en las empresas de flores de la región, entre ellas la suya, con dineros públicos.

Con el crecimiento acelerado de mediados de siglo en Bogotá producto de la migración de la Violencia en el sector rural después del nueve de abril de 1948, estas haciendas experimentaron una demanda por el aumento de la producción. Una de las interesadas en que la cantidad de cebada y trigo aumentara era Bavaria, una compañía cervecera fundada a comienzos de siglo por Leo Kopp -un alemán- que sustentaba la fabricación de sus bebidas en los cultivos de la sabana. Así, empezó un proceso de modernización técnica y de relaciones sociales en el que las haciendas involucraron mayor uso de mano de obra y máquinas para la recolección y almacenaje de los cereales. Todo ello, continuando el modelo de producción para el mercado de la capital.

Así, las haciendas empezaron a importar maquinaria desde el exterior y a contratar cada vez más obreros en la búsqueda de maximizar la producción de papa o granos para la cervecería. Evidentemente, el cambio fue radical: se pasó de un arado tirado por bueyes a el manejo del tractor, y de una cosecha a mano a la máquina recolectora de trigo o cebada. Aunque la transición fue muy rápida durante los años cincuenta, esto no amenazó a los trabajadores que hasta ese momento cumplían las labores tradicionales en la hacienda. Al utilizarse la nueva maquinaria, los campesinos pasaron de tirar los bueyes a manejar el tractor del arado o a manipular la *combinada*. A su vez, dentro del proceso se requerían más manos para trabajos nuevos: instalación de grandes silos, manejo de tubería

para riego y otros fueron oficios que demandaron cada vez un mercado laboral mayor. Una vez establecido el proceso de modernización, otro cambio importante llegó para las haciendas: el negocio de la exportación de flores parecía prometedor y lo tenían todo para desarrollarlo.

Don Miguel de German Ribon parece ser el fiel testigo de este proceso de transición. Una vez llegado de Francia a comienzos de los años cincuenta donde estudió Ciencias Políticas, decidió darle un enfoque diferente a la hacienda familiar incluyendo dentro de ésta la producción de rosas para las élites capitalinas.<sup>29</sup> De esta manera, dividió la hacienda en dos y una parte la dedicó a cultivos alternativos -flores y hortalizas- y la otra continuó con la producción de papa, trigo, cebada o maíz.<sup>30</sup> Años después conocería la tesis de David Cheever sobre las facilidades del establecimiento de la producción de flores de corte para exportación al mercado norteamericano, y establecería en 1967 la empresa Flores La Conchita S.A en la búsqueda de tal fin.

Otros hacendados siguieron el mismo camino. La producción de flores de corte, a pesar de ser ideada desde los Estados Unidos por académicos ansiosos de abaratar los costes de producción, fue desarrollada con capital nacional generado entre las familias más acaudaladas de la región y con una conexión internacional importante. Así, utilizaron los conocimientos traídos por David Cheever -que había hecho su tesis en el pregrado sobre las facilidades de implantar el cultivo en la Sabana de Bogotá en los años cincuenta- y la iniciativa de Edgar Wells en el propósito del mantenimiento de su poder basado en la producción de la tierra. No obstante, la transformación fue paulatina. Don Alonso López, que había trabajado para los German de Ribon cuando niño, recuerda que cuando volvió del ejército en 1968 la hacienda conservaba una parte para la producción de cultivos tradicionales y la otra parte se había llenado de invernaderos con las rosas y delphinium que Miguel de German Ribon llevaba a Chapinero o exportaba hacia los Estados Unidos.<sup>31</sup> Las empresas pues no se dedicaron de manera exclusiva a la producción de flores, sino que mantuvieron zonas dedicadas a los cultivos tradicionales que aseguraban el flujo de capital para un negocio que, para la década del sesenta, todavía

---

<sup>29</sup> «Falleció el pionero de la floricultura en Colombia», *El Tiempo*, 16 de septiembre de 2012.

<sup>30</sup> Entrevista a Alfonso López. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>31</sup> *Ibíd.*

aparecía como prometedor, pero que no daba un flujo de caja suficiente para su desarrollo a gran escala.<sup>32</sup>

Bajo una tierra con títulos de propiedad claros, capital local surgido en la producción de cultivos tradicionales, una élite que se ocupaba de la producción agrícola y ganadera a la par que desarrollaba sus intereses en la administración local y un proceso de modernización técnica impulsado por el aumento poblacional de Bogotá a mediados de siglo, la institución de la hacienda transitó hacia un modelo diferente: la empresa de flores. Entre 1965 y 1976 coexistieron las dos en tránsito y se disputaron una a una mano de obra reducida que migraba rápidamente entre un empleo y otro. Además, el cambio representaba unas prácticas que poco se habían dado en la región: que los hacendados empezaran a pagar sueldos estacionales, alejándose del modelo de pago por jornal practicado en las décadas anteriores, y que se acogieran a la legislación laboral en la búsqueda de ser más atractivos para los compradores norteamericanos.

## **2. Cantidad de sindicatos floristas: ¿una iniciativa obrera?**

El código laboral operante en 1965 era el que se había desarrollado en 1959 durante el segundo año del Frente Nacional. Éste, se había dado en el marco de una paz entre las élites y una concordancia sobre la función que debía tener el estado en la búsqueda de la preservación de sus intereses económicos.<sup>33</sup> El nuevo código le abría paso a los Tribunales de Arbitramento que procuraban la solución de los conflictos laborales entre empleados y patronos por medio de una mediación del Ministerio de Trabajo, previo al establecimiento de una huelga. A su vez, planteaba la ilegalidad de los paros y el despido de los trabajadores por parte de los empleadores que persistieran en la actividad huelguística a pesar del anuncio de ilegalidad por parte del Ministerio. En suma, el Código Laboral de 1959 daba la posibilidad a los grandes empresarios de tener mayores medios de frenar las luchas confrontacionales y continuar la producción gracias a su tendencia a beneficiar al empresariado más que a los trabajadores.

Además del Código Laboral, durante el Frente Nacional se dieron los debates para que se incluyera dentro del pago mensual al obrero por su labor, una parte que se iba a

---

<sup>32</sup> La única empresa que se dedicó totalmente a la producción de flores para exportación fue Floramérica S.A, fundada por el norteamericano Edgar Wells en 1967. El resto continuaron con un modelo de producción mixto aunque rápidamente se dedicaron de manera exclusiva a la exportación de flores debido a los grandes flujos de capital que representaban.

<sup>33</sup> Victor Manuel Moncayo y Fernando Rojas, *Luchas obreras y política laboral en Colombia* (Bogotá: La Carreta, 1978).

dedicar exclusivamente a la atención en salud y un aporte a la pensión. Debido a las constantes crisis del Instituto de Seguro Social (ISS) y la Caja Nacional de Previsión Social (CAJANAL) fundadas en la década del cuarenta, se planteó que por facilidades para los empresarios, el pago de estos dos montos se sumara al salario que devengaban por la labor. De esta manera, el salario integral surgió como un mecanismo que intentaba dar una seguridad social a los trabajadores a pesar de las constantes crisis que las dos instituciones tenían para cumplir con su fin misional. Evidentemente, como plantean Moncayo y Rojas, este salario debe verse como una herramienta que los grandes empresarios utilizaron en función de liquidar la competencia que no podía pagarlo.<sup>34</sup> Lo recibían los obreros floristas mensualmente, aunque en ocasiones se dividían entre semanas o quincenas.

A su vez, el Código de 1959 continuaba con la consolidación de la estructura sindical en Colombia. Para crear una organización de base, 25 trabajadores o más debían estar de acuerdo en formar un sindicato y exigir a demás trabajadores una cuota por afiliación. Tenían dos tipos de clasificación: por clase y tipo. La clase clasificaba a los sindicatos según el origen de los trabajadores que lo conformaban: *Empresa* si los veinticinco trabajadores -o más- pertenecía a la misma empresa; *Industria* si no eran de la misma empresa pero laboraban en la misma línea productiva; *Gremio* si los trabajadores desempeñaban un oficio en particular independiente de la empresa en que laboraban -o eran desempleados-; y finalmente existía la clase *Oficios Varios* si no existía una relación directa entre las labores realizadas y las empresas en que laboraban eran diferentes. Además, los sindicatos podían dividirse en tres grados: *Primer grado* cuando los individuos crean organizaciones de Empresa, Gremio, Oficios Varios o Industria; *Segundo grado* cuando es una federación que contiene varias organizaciones de base; y finalmente *Tercer Grado* cuando agrupa a las organizaciones de segundo grado y se hacen llamar confederaciones. En los sesenta teníamos dos confederaciones relativamente fuertes: la Unión de Trabajadores Colombianos (UTC) y la Confederación de Trabajadores Colombianos (CTC). En 1974 se le daría personería jurídica a la Confederación Sindical de Trabajadores Colombianos (CSTC) con una evidente filiación comunista, alejándose de las otras dos que tenían la misma línea que los gobiernos del Frente Nacional.

---

<sup>34</sup> *Ibíd*, 270.

Entre 1965 y 1977 operaron doce sindicatos de trabajadores floristas. Todos estos sindicatos fueron de primer grado y no presenciamos la creación de federaciones. De los doce sindicatos nueve eran de clase *Empresa*, dos *Gremial* y uno de *Industria*. Estos datos ratifican lo disperso que se dio la producción durante la época, pues eran varias empresas las que desarrollaban sus labores en la búsqueda de la exportación de flores hacia los Estados Unidos. A su vez, confirma la relativa flexibilidad con la que los funcionarios del Ministerio de Trabajo manejaban las categorías, pues a pesar de que fuesen obreros de una misma empresa se crearon los sindicatos alrededor de la clase *Gremio*. De la asociación de base *Sindicato nacional de trabajadores de los cultivos de flores frutas y hortalizas de Colombia* no obtuvimos fuentes que nos hablaran de su formación, pero pareció ser el único intento de crear una organización que recogía a muchos obreros floristas independiente de su empresa de labor.

La mayor cantidad de sindicatos floristas entraron en una lucha confrontacional la década de los ochenta como lo muestran estudios sociológicos surgidos en ese momento.<sup>35</sup> No obstante, estos sindicatos fueron creados durante la primera generación o antes, como es el caso del sindicato de Flores La Conchita. Con el establecimiento de muchas empresas nuevas de flores de corte y la transformación de algunas fincas tradicionales en la Sabana de Bogotá, rápidamente los sindicatos fueron obteniendo su personería jurídica. Si observamos la tabla 1, encontraremos que la mayoría de ellos tenían domicilio en la ciudad de Bogotá, dato algo prescindible porque las empresas estaban matriculadas en la capital a pesar de que los cultivos estuviesen a algunos kilómetros de allí. Por ejemplo, la empresa Floramérica S.A se matriculó en la ciudad de Bogotá aunque su lugar de producción fuese en el municipio de Mosquera (Cundinamarca), a veinticinco kilómetros del centro de la capital.

---

<sup>35</sup> Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la Sabana de Bogotá».

**Tabla n°1**  
**Sindicatos floristas entre 1965 y 1976**

| Fecha de creación de la empresa* | Fecha de obtención de personería jurídica del sindicato | Nombre del sindicato   | Clase de sindicato | Localidad    |
|----------------------------------|---|--|--------------------|--------------|
| 1969                             | 18/05/1955  | SINDICATO DE TRABAJADORES FLORES LA CONCHITA GERMAN-RIBON Y CIA S. EN C.                     | EMPRESA            | BOJACA       |
| 1969                             | 21/10/1970  | SINDICATO DE TRABAJADORES DE FLORAMERICA SA  | EMPRESA            | BOGOTA, D.C. |
| 1977 <sup>36</sup>               | 16/12/1971  | SINDICATO DE TRABAJADORES DE LA EMPRESA FLORES COLOMBIANAS CI LTDA                           | EMPRESA            | BOGOTA, D.C. |
| 1972                             | 3/04/1974   | SINDICATO DE TRABAJADORES DE LA EMPRESA ROYAL CARNATIONS LTDA                                | EMPRESA            | CHIA         |
| Sin datos                        | 3/04/1974   | SINDICATO NACIONAL DE TRABAJADORES DE LOS CULTIVOS DE FLORES FRUTAS Y HORTALIZAS DE COLOMBIA | INDUSTRIA          | BOGOTA, D.C. |
| 1972                             | 31/05/1974  | SINDICATO DE TRABAJADORES DE FLORES DE EXPORTACION S A FLOREX                                | EMPRESA            | MADRID       |
| 1971                             | 17/06/1974  | SINDICATO DE TRABAJADORES DE FLORES DE LOS ANDES LTDA  | EMPRESA            | BOGOTA, D.C. |
| Sin datos                        | 19/07/1974  | SINDICATO DE TRABAJADORES DE FLORES DE LA SABANA ORTEGA SALAZAR Y VALENZUELA Y CIA           | EMPRESA            | BOGOTA, D.C. |
| 1972                             | 18/09/1974  | SINDICATO DE TRABAJADORES DE FLORES DEL RIO S A  | GREMIO             | BOGOTA, D.C. |
| 1973                             | 7/04/1975   | SINDICATO DE TRABAJADORES DE FLORES TEQUENDAMA COLOMBIA                                      | EMPRESA            | BOGOTA, D.C. |
| Sin datos                        | 1/09/1975   | SINDICATO DE TRABAJADORES DE FLORES ESMERALDA SA   | GREMIO             | ABEJORRAL    |

<sup>36</sup> Como se afirmó, desde el momento de conformación de una organización de base hasta la obtención de su personería jurídica podría transcurrir un año o más. Por ello, a pesar de que este sindicato lo hubiera aceptado el Ministerio de Trabajo en 1977, su conformación es anterior y corresponde con el periodo estudiado.

|      |            |  |         |             |
|------|------------|--|---------|-------------|
| 1972 | 10/02/1977 | SINDICATO DE TRABAJADORES DE CLAVELES COLOMBIANOS LTDA | EMPRESA | BOGOTA, D.C |
|------|------------|--|---------|-------------|

**Fuente:** Base TOTAL de Sindicatos. Ministerio de Trabajo de Colombia.

**Elaboración:** Propia.

\* Datos consultados en la web

Relacionando la fecha de creación de las empresas y de creación de sindicatos es evidente que pasaba muy poco tiempo entre ambas. En la mayoría de casos, las empresas fueron matriculadas años después del comienzo de la producción y su primera exportación. El caso de Floramérica S.A lo demuestra, pues a pesar de que su producción empezase en 1965, solamente hasta 1969 fue matriculada y un año después su sindicato tuvo personería jurídica; situaciones similares se repiten con Royal Carnations LTDA, Flores de los Andes LTDA y Flores del Río S.A. Flores La Conchita parece diferir un poco, aunque esto se debe a que la empresa era anterior y estaba enfocada en la producción de hortalizas y flores para el mercado bogotano durante los años cincuenta como vimos.

Si miramos con detenimiento los documentos de las personerías jurídicas encontraremos que los estatutos de los sindicatos se establecían con meses -incluso años- de anticipación a la legalización de la organización de base, es decir, entre que se creaba un sindicato y éste obtenía su reconocimiento legal pasaban por lo menos nueve meses.<sup>37</sup> Así, se deduce que entre la conformación legal de la empresa y la creación del sindicato pasó muy poco tiempo, incluso pudieron darse a la par. ¿Significa esto que el poder de organización de las y los obreros fue tan grande para rivalizar con la misma creación formal de la empresa? Al parecer no.

A pesar de que la mayoría de las empresas fuesen propiedad de hacendados establecidos en la región desde décadas atrás, éstos sabían cómo era la producción de flores y la cantidad de mano de obra que debía utilizarse en la búsqueda de beneficios económicos. Como ya se afirmó, algunos estudiosos norteamericanos vieron el potencial de cultivo en la Sabana de Bogotá y sus interpretaciones fueron bastante conocidas por los hacendados de la región. Era claro entonces que conocían las condiciones del negocio y las consecuencias que la superutilización de la mano de obra tenía. En 1968 la huelga de la National Floral Workers Organization había hecho perder mucho dinero y activos a

---

<sup>37</sup> Herrera, «Todo está cambiando. Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional».

las empresas situadas en la costa oeste y en el centro de los Estados Unidos, había desafiado fuertemente al principal productor de flores Ray Kitayama y había generado lazos con otros sectores como el movimiento estudiantil.<sup>38</sup> El conocimiento de estas circunstancias hacía que todas las empresas constituidas después de esta actividad huelguística trataran de cooptar la formación de sindicatos y dirigirlos como prevención hacia sus intereses. Si a esto le sumamos la poca mano de obra y su movilidad presentes en la región durante los primeros quince años de la producción como documenta el informe de Vargas de Rojas,<sup>39</sup> el cuadro estaría completo.

Don Alfonso López no recuerda que existiese un sindicato cuando trabajó en los años cincuenta en la hacienda de Miguel German de Ribon, ni cuando volvió de prestar el servicio militar en 1968 y trabajó en flores La Conchita hasta 1972. Aunque la memoria sea siempre una fuente que se debe examinar en su valor de verdad con otras fuentes según el sentido operante que el entrevistado tenga, que no recuerde ni siquiera haber pagado la cuota de afiliación parece muy dicente. Es poco probable que fuese un dato inventado por el Ministerio en su base de datos, pues el objetivo de esta es establecer el número de organizaciones de base que pueden relacionarse y pedir tribunales ante el estado. Así, nos hallamos ante una organización de papel creada para evitar el cese de actividades en las empresas; práctica algo común para el empresariado colombiano que intentaba con esto neutralizar cualquier movimiento huelguístico controlándolo desde el momento mismo de su creación.

A los dueños de las empresas les interesaba controlar los sindicatos que se pudieran crear en ella. Bajo el Código Sustantivo del Trabajo dado en 1947 y ratificado en los posteriores, toda actividad que parara la producción en una empresa determinada debía ser asumida por la mayoría de obreros afiliados al sindicato después de someterse a una votación. En la misma empresa no podían existir al mismo tiempo dos sindicatos, y si desde la matrícula de la empresa misma el patrón se aseguraba el control del único sindicato creándolo, tenía controlados las huelgas y paros que lo pudiesen hacer perder activos, pues la velocidad a la que debía cortarse la flor y ponerse en el aeropuerto para ser llevada a los Estados Unidos no podía exceder las cuarenta y ocho horas y con un día de huelga su capital se veía amenazado. Este fenómeno de crear sindicatos manejados por

---

<sup>38</sup> Priscila Falcon, «Only Strong Women Stayed: Women Workers and the National Floral Workers Strike, 1968-1969», *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Gender on the Borderlands, 24 (2003): 140-54.

<sup>39</sup> Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la Sabana de Bogotá».

el patrón no fue exclusivo del sector floricultor. Como estudió Luz Gabriela Arango, en el caso de la industria textil del Valle del Aburrá los dueños de las empresas también intentaron hacerse con el control del sindicato, cooptándolo y creando -con miembros de la iglesia católica- nuevas organizaciones de base con personas que ellos pudiesen manejar a su manera.<sup>40</sup>

En la historiografía colombiana la tesis que ha tenido mayor fuerza sobre el sindicalismo ha sido la de la debilidad por esquirolaje, defendida desde los sesenta por Miguel Urrutia.<sup>41</sup> Él argumenta que, debido a la gran cantidad de mano de obra presente en Colombia, cuando un sindicato intentaba renegociar el salario y se iba a huelga, otros trabajadores eran llamados a cumplir la misma función que los rebeldes y rápidamente la empresa volvía a funcionar con un personal distinto. Para Urrutia, debido a la poca especialización que requería el mercado laboral en los diferentes sectores, los trabajadores eran fácilmente reemplazables en el caso de que algunos de ellos decidieran parar la producción. Desde esta perspectiva económica, el sindicato sólo existió en Colombia durante el siglo XX para la negociación de salarios, y como eran débiles debido al esquirolaje, debieron disputar sus intereses en espacios más allá de los meramente laborales y por ello se insertaron al mundo de la política entre los años treinta y setenta.

Los estudios sobre el mercado laboral colombiano en términos cuantitativos todavía están en deuda, sin embargo, deben sectorizarse para entender el comportamiento de las relaciones sociales en unas regiones particulares. Mientras que en algunas ciudades el crecimiento demográfico en la segunda mitad del siglo XX puede fortalecer el argumento de Urrutia, en otras regiones sucede al contrario, como Fals Borda documentó en 1951.<sup>42</sup> Evidentemente, los ciclos de urbanización, movilización y desplazamiento -forzado o no- impactaron el mercado laboral dependiendo de su contexto, pero hacer la abstracción de ello y formularlo como ley general es un despropósito. Debido a la escasa mano de obra que disponían las empresas de flores, su rápida movilización entre ellas, las haciendas y otros sectores, éstas debieron asegurar que las y los obreros mantuvieran cierta regularidad sin huelgas para que el negocio fuese productivo. Evidentemente, el

---

<sup>40</sup> Luz Gabriela Arango, *Mujer, religión e industria: Fabricato, 1923-1982*, Colección Clío de historia colombiana 2 (Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia : Universidad Externado de Colombia, 1991), 153-58.

<sup>41</sup> Miguel Urrutia, *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2016).

<sup>42</sup> Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*.

sindicalismo en la rama de producción de flores de corte no fue débil por el esquirolaje que se podía presentar, sino por la cooptación que hicieron sus patrones y la poca capacidad de acción que veían en dicha organización las y los trabajadores floristas.

Como vimos, la cantidad de sindicatos creados durante los primeros años de actividad de las empresas de flores es bastante diciente, aunque éste fenómeno no fue producto de una iniciativa de los trabajadores sino de sus empleadores. Comparándolos con el total de sindicatos creados en Colombia para la época, el contraste es aún mayor. Este primer momento de trabajadores floristas coincide con el tercer periodo del sindicalismo en Colombia (1964 - 1976)<sup>43</sup> en el que se dieron unas posturas mucho más contestatarias en el marco de unas experiencias de dominación que superaron la bipolaridad en la política y demandaron transformaciones mucho más estructurales como la necesidad de una reforma agraria o el cambio mismo de modelo económico. Evidentemente, estas necesidades se plantearon con anterioridad en el sector popular colombiano, pero bajo un clima de un fuerte voluntarismo político estas tendieron hacia su exigencia tanto por la vía contestataria institucional como los espacios extrainstitucionales. Después de las promesas hechas en la formación del Frente Nacional, con las esperanzas rotas de unos cambios que no surtían ningún efecto práctico, otras posibilidades de cambiar la realidad aparecieron dentro del repertorio de lucha de los trabajadores colombianos.<sup>44</sup> No obstante, en cuanto a su número los sindicatos floristas parecen ser pocos en contra de los creados en otras ramas de actividad.

Dentro de la cantidad de sindicatos de la agricultura los floristas ocuparon una mínima porción. Si observamos el porcentaje de este dentro del global de agricultura, nos encontraremos que difícilmente constituyeron un renglón importante, salvo el año de 1974 en el que además la cantidad de sindicatos agrícolas creados descendieron con respecto a la década anterior. Evidentemente, la creación estos sindicatos por rama de actividad dependió en gran medida de la cantidad de demandas por tierra y la posibilidad de que el INCORA reconociera a los sujetos que hacían presión desde asociaciones de tipo Gremial.<sup>45</sup>

---

<sup>43</sup> Edwin Herrera, «100 años de sindicalismo en Colombia: una aproximación cuantitativa» (ponencia, XX Congreso Colombiano de Historia, Cartagena de Indias: Inédito, 2022), 15.

<sup>44</sup> Herrera, «Todo está cambiando. Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional».

<sup>45</sup> *Ibíd.*

Tabla n°2

**Cantidad de sindicatos floristas de primera generación creados vs el total de sindicatos agrícolas**

| AÑO  | CANTIDAD DE SINDICATOS CREADOS | CANTIDAD DE SINDICATOS AGRÍCOLAS | CANTIDAD DE SINDICATOS FLORISTAS | PORCENTAJE SINDICATOS FLORISTAS VS AGRICULTURA |
|------|--------------------------------|----------------------------------|----------------------------------|--|
| 1955 | 190                            | 31                               | 1                                | 3,2  |
| 1970 | 121                            | 24                               | 1                                | 4,1  |
| 1971 | 136                            | 17                               | 1                                | 5,8  |
| 1974 | 169                            | 18                               | 6                                | 33,3   |
| 1975 | 248                            | 26                               | 2                                | 7,6  |
| 1977 | 115                            | 6                                | 1                                | 16,6   |

**Fuente:** Base TOTAL de Sindicatos. Ministerio de Trabajo de Colombia.

**Elaboración:** Propia.

Más allá del balance dentro de su mismo renglón de actividad, si comparamos la cantidad de sindicatos floristas con otras ramas como la industria manufacturera o el sector público las diferencias son aún más abismales. Aunque esta relación sea algo injusta al comparar toda una actividad con una agro-industria en formación, si entablamos el cotejo con la industria textil, los transportadores de Bogotá u obreros de actividades más pesadas, la conclusión se hace más fuerte: el sindicalismo florista tuvo una baja cantidad de asociaciones durante sus primeros años de formación.

En suma, el sindicalismo florista durante su primera generación fue débil. Esto debido a los intereses de los empleadores por cooptar la actividad sindical en la búsqueda del mantenimiento del ciclo productivo y su capital. Además, se puede observar que la creación de sindicatos contrastó con el momento histórico colombiano y los demás sectores productivos. Pero la respuesta a la inquietud sobre la debilidad del sindicalismo sobrepasa las construcciones cuantitativas que los historiadores podamos hacer y las razones que nos muestra el mantenimiento mismo del capital, pues ¿por qué las y los trabajadores no le arrebataron el control del sindicato a los empleadores durante este periodo? ¿por qué no denunciaron abiertamente la explotación laboral que traían las nuevas empresas de flores si el uso de la mano de obra constituía la mayor ganancia del empleador?, la respuesta a estas inquietudes debe afrontarse observando el sentido que las y los trabajadores tenían de la vida con sus iguales y las relaciones que mantenían con

sus patrones y qué esperaban de ellos; hay que observar cuál era su marco de normas y expectativas.

### **3. El buen trabajador y la buena mujer: consolidación subjetiva del marco normas y expectativas.**

En 1961, tras años de investigación en la vereda Saucío (municipio de Chocontá) en la Sabana de Bogotá, Fals Borda concluía que:

(...) el ethos dórico de Saucío parece ser, en alto grado, el resultado de experiencias traumáticas sufridas por esa comunidad durante los periodos históricos de la conquista, la colonia y la república. Estos fenómenos culturales, causados principalmente por la élite, han proporcionado un impulso negativo tal, que la situación social y mental de los saucitas se ha empobrecido. En términos generales, el temor al otro mundo, la reserva y la hipocresía fueron grandemente acentuados, el primero por los españoles y los otros dos por los propios indígenas, durante el periodo inmediatamente posterior a la conquista. La resignación, la docilidad y el fatalismo fueron el resultado natural de las inflexibles condiciones creadas en la época colonial. Finalmente, en el periodo republicano se estimuló el individualismo mediante el caos y la guerra civil, así como el fanatismo político por la explotación más completa de la docilidad. El *Weltanschauung* de estos campesinos parece ser el resultado de una acumulación lenta y continuada de esas ocho pautas y actitudes. En una palabra, el grupo saucita ha desarrollado un ethos de pasividad: aquella cualidad de moverse solamente cuando se es objeto de una fuerza externa, o de recibir y soportar con poca o ninguna reacción.<sup>46</sup>

Aunque este escrito fue muy criticado debido a su poca comprensión de la agencia campesina, su rígido estructural-funcionalismo y a la luz de los posteriores trabajos del sociólogo, Fals Borda sembró una inquietud que pocos investigadores han continuado. En la actualidad, su concepto de ethos dórico es muy problemático, difícil de manejar y no lo compartimos. Sin embargo, es claro que en la Sabana de Bogotá los trabajadores y los campesinos no tuvieron una postura contestataria como en otras regiones, ni en la década de los cuarenta y cincuenta, ni en los sesenta y setenta cuando se establecieron las primeras empresas de flores.

Para encontrar la aparente *docilidad* de las y los campesinos de la Sabana no es necesario irnos hasta la colonia y el siglo XIX; un estudio sobre ello quizá corresponda a la sociología histórica y a un análisis desde la sociogénesis. Es claro que durante el siglo XX se cultivaron unas condiciones culturales que los sujetos aprendieron y desarrollaron en relación con los otros; estas funcionaron como una barrera que impedía la lucha contestataria por considerarla ajena a las buenas costumbres, incluso a veces relacionándola con *el demonio*. A pesar de que la institución de la hacienda y de la iglesia fueron constitutivas de este sentido de mundo y marco de normas y expectativas, la

---

<sup>46</sup> Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos.*, 261.

cultura campesina y sus participantes siempre estuvieron cuestionando a los líderes de estas instituciones aun cuando representaban el orden y la moral; aunque le hacían caso al cura de la iglesia y al patrón, lo hacían por los favores recibidos y por la capacidad social de presionar el actuar de los sujetos.

Como hemos señalado, la tenencia de la tierra en la Sabana de Bogotá no tuvo grandes cuestionamientos durante la época republicana -salvo las disputas entre la hacienda y los pocos resguardos que quedaron- ni en el siglo XX. El régimen de la hacienda fue bastante duradero, y ésta empezó su disolución por la fragmentación de las herencias y la compra de pequeñas parcelas por parte de aparceros. Así, para 1950 había una pequeña clase de terratenientes que buscaba el control del mercado de la capital de trigo, maíz cebada y papa, y una clase de microfundistas que laboraban en estas grandes plantaciones y que producían en pequeñas cantidades especias para el propio consumo y el del mercado local. Como el mismo Fals Borda documentó, los campesinos utilizaban la mano de obra familiar en el mantenimiento de la huerta en la que producían ajos y otros aliños, mientras que las grandes haciendas buscaban la maximización de ganancias con la tecnificación agrícola y ganadera.

Esta ausencia de conflictos por la tierra generó un campesinado distinto al de otras zonas del país. Al no existir duda jurídica sobre la posesión y una frontera agrícola cerrada, el único camino que le quedó a los campesinos fue la compra de los terrenos que arrendaban o de los que eran aparceros. Gracias a la producción constante en las haciendas y la división presentada por herencias en la primera mitad del siglo XX, los hacendados demandaban gran mano de obra y se disputaban a los trabajadores entre sí utilizando diferentes formas de capital para la búsqueda de su mantenimiento.<sup>47</sup> Con el continuo trabajo por jornal, el ahorro, la pequeña producción familiar de las parcelas y los préstamos de los bancos -en menor medida, pues se desconfiaba mucho de ellos-, los campesinos pudieron adquirir el terreno en el que vivían y *algunos metros más* en la década de los cincuenta y sesenta.<sup>48</sup>

---

<sup>47</sup> Para los años setenta, este era un fenómeno común. Si bien no es evidenciable que se pagasen mejores salarios, la necesidad de mano de obra por parte de los hacendados fue común incluso empezando los años ochenta. Ver: Laura Umaña, «Análisis de la dinámica de cambio de la vereda de Canelón, Cajicá» (Tesis de licenciatura, Universidad de los Andes, 1981).

<sup>48</sup> Carta de Daniel Cifuentes a Ramón Sabogal, 30 de Julio de 1959. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

Así, la asociatividad en la búsqueda de la adquisición de tierras no fue una característica de la región, generando un campesinado poco rebelde que quería un mejoramiento de su nivel social a través de las reformas técnicas, la educación y la compra de pequeñas parcelas. Al existir una demanda constante de mano de obra de las haciendas y una posibilidad abierta de ser propietario con esfuerzos propios, los campesinos hicieron parte de un mercado laboral que les hacía sentir que su trabajo era valioso, y que podían venderlo al mejor postor. Para las nuevas empresas de flores esto fue un problema, pues los hombres que buscaban trabajo no duraban mucho en él: la idea de una movilización social era continua y al proletarizarse sentían que no estaban cumpliendo su cometido. Así, transitaban rápidamente entre una empresa y otra tratando de asegurar buenos tratos con sus jefes y posibilidades de ascenso en los otros negocios que estos mantenían. Les interesaba más cuidar el ganado o ser el mayordomo de la hacienda que el trabajo pesado que tenían que desempeñar en la creación de los invernaderos y en la puesta en marcha de los cultivos,<sup>49</sup> pues los primeros les aseguraban la posibilidad de ser propietarios algún día.

Dentro de esta ausencia de conflictos por la tierra y un mercado laboral bastante dinámico por la movilidad de la mano de obra, el paternalismo se convirtió en parte de lo que sustentó el marco de normas y expectativas campesino en la Sabana de Bogotá. La educación, la salud y otros derechos básicos no se exigieron al estado, sino que se transaron con los superiores en la búsqueda de una salida hacia la modernidad, idea que traía el desarrollismo y que era difundida por Radio Sutatenza.<sup>50</sup> Si ellos podían educarse para *salir adelante*, la tarea debían asumirla ellos mismos sin ninguna necesidad de apelar al estado. Durante la época, Radio Sutatenza y otras instituciones tanto nacionales como internacionales procuraron la educación campesina, y ellos la consintieron solicitando a ACPO el material para el estudio.<sup>51</sup> Esto evidentemente forjó una idea de movilidad social que no dependía de las instituciones estatales, sino de los favores que se ganaban con los superiores, el esfuerzo propio y otras instituciones no estatales. El paternalismo cumplía las funciones que eran del estado:

---

<sup>49</sup> Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 217.

<sup>50</sup> “Un señor estaba peleando desde hacía mucho para que le pusieran el agua en su casa. Cansado de eso, le habló a Don Miguel para que el mediara en la alcaldía. Al otro día le pusieron el agua al señor en la vereda. Entrevista a Alfonso López, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>51</sup> Carta de Alexander Fisher y Orlando López Orozco al padre Ramón Sabogal. 2 de diciembre de 1962. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

(...) La feligresía de Zipacón se encuentra de condolencia a causa de la ausencia de nuestro párroco ... actualmente en la parroquia ... dejó en marcha, dos acueductos, varias juntas veredales o de acción comunal. la escuela nocturna, la cual la estaba dirigiendo el líder de acción cultural popular, material para el arreglo del templo, campos de basket ball, y tantas otras realizaciones de interés general.(sic)<sup>52</sup>

Con las empresas de flores, el paternalismo aumentó más al no existir una relación de dominación directa con el patrón sino con los intermediarios; mientras que los supervisores regañaban por no cortar de buena manera la flor y dejarla llena de botones -pequeñas flores que se deben quitar para que quede una sola flor principal-, el patrón se veía en las reuniones generales y sólo cuando los trabajadores iban a pedirle algo, o quejarse de los abusos de un igual o un supervisor. Este alejamiento del hacendado que se convirtió en el dueño de la empresa de exportación, generó un trato aún con más condescendencia por parte de los trabajadores y llegó a tratársele casi que como un salvador que les daba trabajo; los otros que exigían el corte de la flor y la disciplina laboral no eran buenos pues eran unos *levantados* que buscaban los favores del patrón siendo iguales que ellos.<sup>53</sup>

Bajo estas condiciones, los obreros y campesinos crearon una idea del buen trabajador sustentada en la capacidad individual de cumplir con el trabajo en poco tiempo y sin discutir las órdenes de los superiores. Si se era un buen trabajador, era más posible que su trabajo fuese conocido por el patrón y éste lo tuviese en cuenta para ayudas en espacios extralaborales. Como uno de los objetivos era el ser propietario, si el obrero o campesino quería comprar una pequeña parcela y no tenía el dinero suficiente podía pedírselo prestado al dueño de la empresa o el cultivo. O en otras circunstancias, si no pensaba prestar el servicio militar obligatorio podía acceder a las redes de influencia que sus superiores mantenían para que la libreta -documento dado cuando se prestaba el servicio militar o cuando se era apto para éste- le fuese concedida sin *irse pal monte*. El trabajar duro, acatar lo que se exigía y servir al patrón era una norma que se sustentaba en la posibilidad de guardar los intereses subjetivos que tenían los hombres de la sabana de Bogotá entre la década del cincuenta y setenta del siglo XX.

El ser buen trabajador era una norma que no era expectante del dinero recibido. A pesar de las circunstancias difíciles del trabajo, y de las duras condiciones climáticas que

---

<sup>52</sup> Carta firmada por Anibal, líder de las Escuelas Radiofónicas en Zipacón, dirigida al director de El Campesino. 3 de julio de 1964. . Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

<sup>53</sup> Entrevista a María Gonzáles, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

debían afrontar las y los obreros, la labor soportada no era simplemente para recibir un salario. Además de este, lo que se buscaba era el favor de las élites para así mejorar su nivel de vida. En el pensamiento del campesino y obrero no solamente existía el recibir una remuneración por su trabajo, sino la posibilidad de tener un soporte dentro de las relaciones con el estado y con sus semejantes. Como veremos en el capítulo dos, muchas veces se transitaba entre empresas y haciendas por el simple hecho de buscar un mejor patrón que cumpliera con las expectativas de ser prestante, lejos de que la empresa pagara salarios integrales y en la hacienda les volvieran a pagar por jornales.

Este paternalismo, el liberalismo de venta de mano de obra profundamente interiorizado y la ausencia de luchas históricas en torno a la tierra no favorecieron que los hombres intentaran crear sindicatos para sacar un mayor beneficio económico, o simplemente para competir los abusos en la explotación de mano de obra, que como hemos visto estuvieron presentes desde la implantación misma del negocio. No obstante, el sentido que poseían los hombres sobre cómo debía ser la vida y las relaciones con los otros era diferente al de las mujeres. Estas, aunque reproducían algunos patrones del marco, también se sometían a este y eran depositarias de una doble dominación.

En el caso femenino, la dominación desde arriba no era experimentada con patrones hombres sino dentro de las labores domésticas como empleadas del servicio o simplemente bajo las actividades de socialización que pretendían las mujeres de la élite Sabanera. Como se documenta, existían grupos de mujeres comandados por las esposas de hacendados -en algunas ocasiones extranjeras- que trataban de llevar la *cultura* y las buenas costumbres ciudadanas a las campesinas, pues el objetivo era sacarlas de un su *estado de miseria*.<sup>54</sup> Más allá de la filantropía, lo que demuestran estas iniciativas es que eran las propias mujeres hacendadas las que conocían el diario vivir de las campesinas. Al tratarlas de llevarlas a conocer la ciudad o de paseo, no solamente mostraban la forma en la que se desenvolvía la vida *civilizada*, sino que a su vez les daban otra cara distinta a la de la dominación masculina. A pesar de que las campesinas trabajasen en la casa del patrón ayudando con los oficios diarios, la experiencia de dominación les llegaba a partir de la socialización con las esposas de estos. Esta relación estuvo muy alejada de crear conflictos clasistas durante este periodo; al contrario, supuso una ventana que utilizarían

---

<sup>54</sup> Carta de Carlos Huertas a José Ramón Sabogal, 22 de septiembre de 1964. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

las mujeres en su lucha contra la dominación masculina.<sup>55</sup> Después de 1976, con la llegada de nuevas obreras de otras regiones y el crecimiento de los conflictos laborales, la experiencia de dominación clasista sería denunciada por las mismas obreras en contra de una élite que ya empezaba a perder su legitimidad paternalista.<sup>56</sup>

Y es que las relaciones de género entre las mujeres y los hombres campesinos eran poco o nada cuestionadas antes del establecimiento de las empresas de flores y durante los primeros años de su funcionamiento. Al existir una relativa demanda de mano de obra continua, los hombres tenían la labor de ser el productor en el hogar, mientras que la mujer debía quedarse en casa, cuidar de los hijos hasta que estos entraran en edad laboral -generalmente en la infancia- y trabajar en las demandas del marido hasta que alguno de los dos faltara. Aunque pareciera una continuación del contrato matrimonial católico, las y los sujetos campesinos tenían la posibilidad de criticar lo que se decía en la misa o simplemente hacer caso omiso de lo que el jefe parroquial señala, como sostienen distintas fuentes.<sup>57</sup> Evidentemente, no había una sumisión total a las disposiciones de las autoridades eclesiales, aunque culturalmente aprendían su oficio dentro de esta familia nuclear y trataban de cultivarla en las nuevas generaciones.

La violencia física hacía parte de la cotidianidad en las relaciones familiares. Como documenta Friedemann-Sánchez, esta era una práctica ya en desuso para los años noventa, pero que en los grupos poblacionales de mayor de edad -raizales- era común aunque ya empezaba a ser mal vista. El jefe del hogar tenía la obligación de reprender a sus hijos o pareja si estos transgredían alguna costumbre, o si simplemente entraban en discusión. Los hijos continuaban el ciclo cuando se independizaban -generalmente adolescentes- y se casaban. Otra suerte tenían las mujeres, pues desde que se casaban tenían que soportar las golpizas por parte de sus esposos. Esta práctica era aceptada socialmente a veces por las mismas esposas, incluso solicitada por las suegras o

---

<sup>55</sup> Para la segunda y tercera generación se daría un cuestionamiento muy fuerte de las relaciones de género entre las obreras floristas. Como documenta Friedemann-Sánchez, para los noventa las trabajadoras ya negociaban con los hombres y les disputaban espacios de poder, cosa que no se hubiese logrado sin la aceleración que dio la proletarización y las redes en las que se compartían experiencias. Ver: Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 193-228.

<sup>56</sup> Rodríguez y Silva, *Amor, mujeres y flores*.

<sup>57</sup> Especialmente en la correspondencia de ACPO, eran muy comunes las quejas sobre las muchas críticas que recibían los jefes de las Escuelas Radiofónicas desde el campesinado. Aunque eran católicos por convicción, la intermediación de algunos jefes de la iglesia -o laicos- era cuestionada. ¿Es posible que este fenómeno obedezca a un conocimiento por parte de los campesinos de las redes de poder en la que los jefes de la Iglesia estaban inmersos?

cuñadas.<sup>58</sup> Sin embargo, cuando era muy fuerte en algunas ocasiones se llegaba a sancionar al agresor, sin que eso constituyera un cuestionamiento al hecho. Evidentemente, la violencia ejercida por los hombres hacia las mujeres significaba una afirmación de su posición como dominador en una esfera privada.

La mujer debía ser sumisa, estar a disposición del hombre y en sus labores se encontraba la educación de sus hijos. Como señalamos atrás, esta no era demandada al estado sino que se buscaba dentro de un liberalismo feroz en el que muchas instituciones trataron de llevar distintos conocimientos a los campesinos. Responsables de la educación de la familia, intentaban instruirles lo mejor posible con el apoyo de las Escuelas Radiofónicas en pequeños cuartos que servían como habitación del matrimonio y los hijos.<sup>59</sup> A sus hijas las mujeres trataban de conseguirle puestos con sueldo o maximizar el tiempo en el que se casaban. En muchas oportunidades, las mujeres solicitaban becas en instituciones educativas clericales aduciendo pobreza y argumentando para su obtención las virtudes que sus hijas -castas, legítimas y *de casa*- tenían,<sup>60</sup> utilizando ocasionalmente miembros de la iglesia para lograr un mayor alcance en la petición.<sup>61</sup>

Es claro que estas estrategias pretendían estirar la vida soltera de las adolescentes y mujeres para que no se casaran tan jóvenes. En su mayoría, quienes estaban detrás de las intenciones eran sus madres o ellas mismas, lo que revela una profunda intención de evitar la vida matrimonial y las obligaciones que esta le traía. Evidentemente había una agencia femenina producto de la conciencia de la dominación de género; aunque no fuese abierta la lucha, siempre trataron de cambiar la forma en la que se relacionaban con los hombres y romper los ciclos de violencia familiar que habían vivido.

Con las continuas inflaciones durante el Frente Nacional y el llamado de las empresas de flores a laborar allí, la mujer poco a poco se fue integrando a esta nueva forma de producción. Con los constantes aumentos de precio en los alimentos, el jornal del hombre no alcanzaba para la canasta básica, así que se hizo necesaria la movilización de las mujeres a los nuevos cultivos de flores o a otras áreas de trabajo en la ciudad,

---

<sup>58</sup> Entrevista a María Gonzáles, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>59</sup> Carta de Emma Preciada de Contreras a Ramón Sabogal. 6 de diciembre de 1964. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

<sup>60</sup> Carta de Olga Marina Gonzáles al director de las Escuelas Radiofónicas. 23 de septiembre de 1962. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

<sup>61</sup> Certificado de Juan José Cuervo dando fe de la buena fama de Silvina Robayo. 1962. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

muchas de ellas incluso empujadas al mundo laboral debido a falta del hombre y su expectativa como dador.<sup>62</sup> No obstante, el trabajo femenino no fue muy aceptado socialmente, pues la norma de género planteaba que la mujer debía siempre mantenerse en la casa cuidando del esposo y los hijos, y los hombres reforzaron esta idea en la búsqueda de la preservación de su superioridad. Así, muchos les prohibieron a sus esposas que trabajaran en las empresas de flores,<sup>63</sup> llegando incluso a disfrazar de buena voluntad su intención de que la mujer se quedara cuidando de él. Entre 1966 y 1976 esto generó una mano de obra femenina estacionaria, que trabajaba durante algunos meses y luego volvía a las labores del hogar por presión de sus esposos o de los mismos padres de familia.

En la búsqueda de la preservación de la idea de la buena mujer, en la década de los setenta se difundió la idea de la promiscuidad que tenían las obreras floristas. No es necesario evaluar cuáles fueron los sustentos de este prejuicio, sin embargo, este posiblemente se basó en que en algunas ocasiones fueron antiguas trabajadoras sexuales quienes asumieron las labores en las empresas de flores,<sup>64</sup> o se sustentó en los abusos que se cometían por parte de algunos jefes de personal que pedían favores sexuales a cambio de la permanencia en el puesto.<sup>65</sup> Sin embargo continuó siendo funcional en las décadas posteriores y su señalamiento significaba el abandono del trabajo por parte de las obreras de mayor edad.<sup>66</sup> Más allá de su valor de verdad, que aún se discute entre las mismas obreras floristas, el prejuicio de promiscuidad era funcional a los hombres que intentaban persuadir a sus esposas, hijas o sobrinas de las labores en las empresas de flores.

La razón de que lo utilizaran era el mantenimiento de su estatus de superioridad. Como siempre trataban de vender su trabajo al mejor postor y moverse entre una labor y otra, el que fuese la mujer la que daba una seguridad económica en el hogar era difícil de aceptar, y se llegaba a castigar con violencia física el que las mujeres trabajasen, aun cuando era el hombre el que manejaba el dinero del hogar y decidía qué hacer con éste. No obstante, las mujeres también contribuyeron al mantenimiento del prejuicio, siendo

---

<sup>62</sup> Entrevista a María Gonzáles, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>63</sup> *Ibíd.*

<sup>64</sup> Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la Sabana de Bogotá».

<sup>65</sup> Entrevista a Alfonso López, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>66</sup> Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*, 225-26.

señaladas de *putas* por sus suegras, demás miembros de su familia o incluso de sus mismas madres.<sup>67</sup>

Además del prejuicio, quienes siguieron trabajando por necesidad o compromisos con el patrón tuvieron que desarrollar una doble jornada, obviamente no remunerada. Como sostienen la mayoría de los estudios de los ochenta (Alicia Eugenia Silva, Diana Medrano, Rojas de Vargas etc.) mientras que el tiempo después de la jornada laboral era utilizado por las obreras para las labores domésticas, el cuidado de los hijos y el mantenimiento del mismo esposo, los hombres salían a las tiendas que vendían cerveza, a descansar o a realizar otros trabajos que les permitieran mejores ingresos en su marcada *resistencia a la proletarización*.<sup>68</sup> Difícilmente los oficios del hogar eran divididos, pues siempre se esperaba que estos lo asumieran las mujeres a pesar de que fuesen ellas la que aportaba con la mayoría de dinero en el hogar. En la mayoría de las ocasiones, el salario de la mujer era administrado por el hombre. Por ello, muchos estudios de la época plantearon que lejos de liberar a la mujer, la proletarización aumentó su dominación al desarrollar una labor en la empresa y otra en la casa sin el manejo del dinero que ganaban en la primera.<sup>69</sup>

Así, la primera dominación a la que estaban sujetas las mujeres floristas era la que experimentaban de sus propios esposos, padres o hermanos. La norma de la *buena mujer* como un sujeto dócil y que siempre hacía lo que el jefe del hogar disponía se imprimía sobre ellas y creaba una expectativa sobre la cuál ellas miraban a sus iguales incorporándose dentro de su sentido de mundo en una relación dicotómica entre lo que debía ser y no ser. Su trato con las mujeres de la élite ayudó a confirmar que el principal yugo que mantenían era el que tenían con el hombre que compartían la casa; mientras que aquellas les *mostraban el mundo*, sus compañeros las trataban mal e intentaban quitarle la autonomía salarial que iban ganando con el ingreso a las empresas de flores al mismo tiempo que las golpeaban. Evidentemente experimentaron la dominación de clase y sabían que pertenecían a un sector social diferente pues se les exigía rendimientos en sus

---

<sup>67</sup> *Ibíd.*

<sup>68</sup> En una mirada sobre los primeros obreros de las principales ciudades de Colombia, Mauricio Archila encontró comportamientos similares de sujetos que además de recibir su salario como proletarios, intentaban diversificar sus ingresos con otras tareas. Ver: Mauricio Archila Neira, *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945* (Bogotá: Grupo de estudios regionales comparados Venezuela y Colombia, ULA : Oficina de planificación del sector universitario del Consejo nacional de Universidades, OPSU, 1991), 101-4.

<sup>69</sup> Silva, «De mujer campesina a obrera florista».

lugares de trabajo y se les miraba con aires de superioridad.<sup>70</sup> Sin embargo, el camino prioritario era cuestionar la relación de género y el por qué ellas debían mantener el hogar y cuidar de su esposo cuando era ella la que aportaba en dinero en la familia. Entre 1965 y 1976, intentaron debatir la dominación de género continuando en sus empleos y tratando de no ser tachadas con prejuicios en la búsqueda de una autonomía salarial. Después de 1976, junto con la crítica a la dominación de género vendría el cuestionamiento a la clase social, pero bajo circunstancias distintas.

Queda abierta la pregunta si la erosión del sentido de vida tradicional de las y los obreros floristas se dio por la irrupción de las transformaciones de los setenta bajo el medio de la radio. Doña María González recuerda escuchar a Nino Bravo y a Cecilia y sus canciones más famosas *Un beso y una flor* y *Un ramito de violetas* respectivamente. Lo más probable es que las mujeres se significaran bajo estas historias después de 1976, cuando con la llegada de obreras de otras regiones y relativa libertad que éstas traían se reinterpretó la dominación de género y de clase en términos mucho más radicales. No obstante, como hemos afirmado, la radio hacía parte fundamental de su sentido de vida aunque siempre debían contrastarla con la realidad que vivían. Si bien las radionovelas o los noticieros les hablaban de los cambios de la década de los sesenta -revolución sexual, autonomía femenina, etc- la realidad en que vivían les hacía parecer esto como extraño, pues la norma era la tradición y la transformación de ésta no fue inmediata.

Así, con un paternalismo profundo, una idea liberal de la movilidad de la mano de obra, una ausencia de asociatividad obrera en torno a las luchas de la tierra y unas relaciones de género poco discutidas, el sindicalismo de tipo confrontacional no encontró un terreno fértil para echar raíces. Aunque se conociera la legislación laboral y existieran algunos sindicatos con personerías jurídicas cooptados por los empleadores, no se utilizaron como medidas de presión para mejorar su nivel de vida o denunciar la explotación que estaban sufriendo. Los hombres transaban mejoras a su vida a través de negociaciones directas con el patrón o en la búsqueda del mejor salario entre las haciendas o las empresas de flores. A su vez, las mujeres también experimentaban la dominación de clase, pero la más fuerte era la que mantenían en los hogares incluso a veces reforzada con la violencia. Así, este marco de normas y expectativas prefiguró de manera horizontal las exigencias entre los subordinados en la Sabana de Bogotá, pero a su vez posibilitó

---

<sup>70</sup> Entrevista a Doña María González, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021

otro tipo de agencia dentro de este y bajo unas expectativas de lo que debían hacer los patronos para el mantenimiento del orden.

#### **4. Visiones y oposiciones al sindicalismo confrontacional**

Desde el establecimiento del Frente Nacional, quedó muy claro que la violencia bipartidista le daba paso a una confrontación entre clases mediada por la defensa del capital desde el estado. Aunque en un principio el pacto trató de suponer una superación de los problemas estructurales de la sociedad colombiana y algunos sectores vieron en este la posibilidad de bienestar, la realidad fue muy diferente.

La idea de una reforma agraria por la vía institucional dio esperanzas a muchos campesinos que esperaban la titulación de tierras por las cuales habían luchado durante años en contra de terratenientes. Como vimos, este fue un fenómeno que se dio en la mayor parte del territorio colombiano que había tenido una frontera agrícola abierta y su disputa se dio por los títulos fraudulentos que ofrecían los terratenientes.<sup>71</sup> Desde el estado se creó el INCORA (Instituto Colombiano para la Reforma Agraria) en 1961 para tratar de dar celeridad a una claridad sobre los títulos rurales y, en menor medida, el reparto de tierras de los grandes poseedores. La asociatividad campesina -fuerte desde los años treinta- que había tratado de recuperar institucionalmente terrenos colonizados por campesinos, vio en las promesas de esta Reforma una posibilidad para alcanzar el sueño de ser propietarios de las tierras trabajadas por ellos durante generaciones. Así, la cantidad de sindicatos de tipo agrario y gremial fueron avanzando desde el establecimiento del pacto hasta 1962, año en el que la Reforma Agraria empezó a cuestionarse a pesar de la posibilidad de creación desde el mismo estado de la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos), que se daría en 1967.<sup>72</sup> Más allá de que los procesos no avanzaran con la rapidez necesaria, lo que terminó cuestionando la Reforma fue la violencia con la cual se reprimieron las manifestaciones u ocupaciones de campesinos a las grandes haciendas en la década del sesenta.

El movimiento obrero urbano y los estudiantes que habían contribuido a la caída de la dictadura de Rojas Pinilla también se desilusionaron rápidamente del Frente Nacional. Con el alza de transportes decretada el 1 de enero de 1959, obreros y estudiantes salieron

---

<sup>71</sup> LeGrand, *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*.

<sup>72</sup> Herrera, «Todo está cambiando. Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional».

a protestar contra la medida. Después de algunos días de agitación, desde estos sectores movilizadas se creó el MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil y Campesino) como una punta de lanza de la vanguardia proletaria del país, aunque su visión ideológica difería mucho de la izquierda clásica al desarrollar un voluntarismo propio de los grupos contestatarios luego de la Revolución Cubana en 1959.<sup>73</sup> El MOEC funcionaría como el delta de la nueva izquierda colombiana, pues se dividiría en los sesenta al calor de debates internos sobre la postura foquista o la revolucionaria por la vía democrática.<sup>74</sup>

El interés por la creación de sindicatos durante el Frente Nacional no fue exclusivo de los campesinos colonos y la nueva izquierda. El Partido Comunista de Colombia (PCC), la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC) y la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC) también procuraron la creación de organizaciones de base, aunque con fines completamente distintos. El PCC lo intentaba con miras a fortalecer el papel protagónico de la clase obrera en la revolución que daría paso al socialismo. Aunque durante ésta época se tomó la vía armada como opción, el PCC siempre trató de fortalecerse con el discurso obrero clásico dentro de las fábricas y en los barrios; esto lo posicionaría como una fuerza importante en el paro cívico de 1977.<sup>75</sup>

La posición de la CTC y la UTC parecían converger. Aunque la primera fuese la central pionera de los trabajadores durante la década de los treinta, para los sesenta ya no tenía la misma fuerza política de antes debido a sus posturas acomodadas al régimen y su reacción feroz al comunismo.<sup>76</sup> La UTC recogía con fuerza un sector de los trabajadores que no se representaba en los discursos liberales de la CTC, sino más bien bajo el modelo de la democracia cristiana y la negociación colectiva.<sup>77</sup> Era la central que tenía mayor fuerza, pero su postura a favor del régimen y en contra de cualquier manifestación radical hizo que gran parte de los trabajadores que experimentaban la lucha de clases en los setenta se acercaran a posturas más contestatarias. A pesar de su actitud a favor del Frente Nacional, durante el desmonte de este y debido a las constantes fluctuaciones de los alimentos y los servicios, después de 1974 tanto la CTC como la UTC desarrollaron demandas que recogían cada vez más a los sectores populares, sin que ello significara una

---

<sup>73</sup> Archila Neira, *Idas y venidas, vueltas y revueltas*, 279.

<sup>74</sup> *Ibid.*, 276.

<sup>75</sup> Ricardo Sánchez, *¡Huelga! luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009), 359-89.

<sup>76</sup> Herrera, «Todo está cambiando. Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional», 39-55.

<sup>77</sup> Urrutia, *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013*, 193-214.

vuelta hacia el radicalismo o hacia las izquierdas. Las dos centrales más la recién creada CSTC (Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia) y el PCC protagonizarían el mayor movimiento en contra del estado colombiano: el Paro Cívico del 14 de septiembre de 1977.<sup>78</sup>

La transformación de la izquierda, el surgimiento de la nueva izquierda, los movimientos foquistas y las posturas de las centrales obreras eran conocidas también por los campesinos de la Sabana de Bogotá y las y los obreros floristas. Estaban al tanto de los discursos en los que cada uno de estos grupos se articulaban y eran conscientes de la función que ocupaban dentro de cada uno de los sujetos revolucionarios o no: .... En Faca, en Madrid y Mosquera había socialismo y comunismo. Todo eso se conocía por aquí, ... hasta en Bogotá que eso sí era la mata de eso<sup>79</sup> En algunas ocasiones, se ha tratado de subestimar su agencia tratando de escudarse en el desconocimiento que ellos tenían del mundo que les rodeaba: no se le enfrentaban al patrón porque no conocían cuales eran sus derechos y posibilidades que el estado daba.<sup>80</sup> Esta postura es no tiene ningún fundamento empírico y trata de explicar un problema bajo un prejuicio sin detenerse en su explicación.

Los y las obreras floristas conocían muy bien sus derechos, la posibilidad organizativa que el estado ofrecía en sindicatos y las ideologías que sustentaban cada uno de los grupos y movimientos sociales en disputa. La respuesta de Doña María ante la pregunta por la ausencia de creación de sindicatos en Flores Juanambú en los setenta parece ser sintomática: éramos pendejos.<sup>81</sup> Aunque respetamos su rememoración de lo ocurrido hace cincuenta años, esta posición no parece coincidir con la misma fuente. Esta expresión de ninguna manera parece ser producto de la ignorancia en términos de legislación laboral, pues en su relato ella sabía cuáles eran los sindicatos que operaban en las ciudades próximas, y confirmaba la existencia de discursos radicales en los pueblos y la región, aunque nunca llegaron a masificarse. Su expresión, más que demostrar una falta de conocimiento, manifiesta una interiorización de los discursos que de ellos hacían algunas élites letradas y grupos radicales que intentaban permear su estadio cultural. Como se

---

<sup>78</sup> Arturo Alape, *Un día de septiembre. Testimonios del Paro Cívico 1977* (2 ed.: Ediciones Armadillo, 1980).

<sup>79</sup> Entrevista a Alfonso López, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021

<sup>80</sup> Rodríguez y Silva, *Amor, mujeres y flores*.

<sup>81</sup> Entrevista a María Gonzáles, realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

tratará en el segundo capítulo, más que ser pendejos el sindicalismo y los discursos de izquierda no significaban mucha posibilidad de mejorar su nivel de vida.

El discurso clasista con el que se asociaban los sindicatos tenía pocas posibilidades de permear su forma de ver el mundo. A pesar de que la presencia de la mujer fuese importante para el PCC -como lo muestran sus secciones sobre mujer proletaria en *Voz-*, y que la diferencia de género ya hubiese sido un debate con los hombres en las empresas textiles, en la Sabana de Bogotá no llegó un discurso que a la par que cuestionara la dominación clasista lo hiciese con la masculina. Como vimos, a pesar de que la experiencia de dominación de clase se diera entre las obreras floristas, el primer debate que debían dar era dentro de los hogares y en contra de los hombres con quienes vivían y pretendían mantener su relación de dominación a pesar de la inserción femenina en el mundo laboral. Al posicionarse la vanguardia proletaria bajo un universal masculino, las mujeres que estaban sujetas a la doble jornada o que entraban y salían de las empresas de flores por presión de sus maridos -o familiares- no vieron el sindicato como una posibilidad de mejorar su nivel de vida. Más que la implantación de un modelo económico más justo, lo que buscaban era la autonomía en cuanto a su salario y la renegociación de la violencia que las afectaba a ellas y a sus hijos. Su primer injusticia la vivían bajo el hogar con sus compañeros, y lejos de ello, las empresas de flores más que darles una experiencia de dominación, les era funcional en la medida en que podían juntarse con iguales y ganar el salario para mantener sus hijos.<sup>82</sup>

Aunque el discurso sindical bajo el universal masculino si tuviese algo de reproducción dentro de los hombres, en la Sabana de Bogotá tenía poca posibilidad de germinar. El conflicto entre capital y trabajo podría ofrecer una posibilidad de avance, pero exigía tiempo y una estabilidad laboral que no era practicada por los obreros floristas. Al tratar de vender su trabajo al mejor postor, cambiaban de empresa muy rápido o renunciaban a sus trabajos en la búsqueda de un mejor sueldo, a pesar de volver al jornal y que esto les representara dejar la relación salarial mensual y las prestaciones sociales que las empresas tenían. Era mucho mejor irse con el hacendado que ofrecía unos *pesos más* y podía trazar en los diferentes requerimientos que los campesinos tenían, que acomodarse en un puesto de trabajo con derecho a salud y a pensión y cumplir una vida laboral en la que sentían que su deseo de ascenso social se truncaba. Aunque el mercado

---

<sup>82</sup> Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

de favores patrón-obrero también era practicado dentro de las empresas de flores, existía una mayor posibilidad de que este no se diera debido a la cantidad de personas que laboraban en una empresa. ¿Para qué crear sindicatos y exigir mejores condiciones laborales si el trabajo lo pensaban como estacionario y si lo hacían perdían el favor del patrón?

En este sentido, los discursos incendiarios presentes en el conservadurismo de la época permearon a los campesinos de la región, especialmente en lugares de frontera. La idea de un *feroz basilisco que unía al mundo anglosajón y al eslavo* de Laureano Gómez y los discursos de su hijo que trataban de seguirlo, fueron incorporados dentro la visión de mundo que tenían, pues además de no significar mucho en términos valorativos, se asociaba a los sindicatos con la izquierda y a ésta con una decadencia moral que sólo podía salvarse apeándose al credo católico, porque ni siquiera los curas rebeldes de la Teología de la Liberación podían guardar de buena manera la fe. En algunas ocasiones, este discurso interiorizado llegó a modificar el juicio sobre la realidad que los hombres tenían: grato saludo a los superiores católicos conserbadores y a Rupert Castiblanco Les informare que no tengo paz con gustavo sarmiento ni con liobigildo abila sataná encredulo (...) mi justicia es inesorable abajo el comunismo ateo perseguidores de lo que no es de ellos.<sup>83</sup> (sic).

De esta manera empiezan las cartas del señor Rupert Castiblanco a Radio Sutatenza. En por lo menos seis comunicaciones de él hacia la emisora -cada una con seis páginas o más-, menciona constantemente los nombres de Gustavo Sarmiento y Liobigildo Ávila, al parecer vecinos que lo invitaron a reuniones políticas y con quienes tuvo altercados por algunas pertenencias. Además, en cada una de ellas los adjetivos de *perro*, *dragón* y *ladrón* se hacen presentes para designar a los otros y a su vez tacharlos de comunistas. Aunque en algunas ocasiones su lectura nos induzca a pensar que necesitaba la atención psiquiátrica, debemos verlo en la elasticidad misma del marco de normas y expectativas dentro de un territorio de frontera al occidente de la Sabana de Bogotá.

En efecto, Rupert Castiblanco firmaba desde Guayabal de Siquima, un pueblo cercano a Facatativá y a escasos 15 kilómetros de la Sabana de Bogotá. En dicha región,

---

<sup>83</sup> Carta de Rupert Castiblanco a Radio Sutatenza, 10 de septiembre de 1964. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

algunos grupos campesinos demandaban al estado mayor presencia y que los títulos de los colonos se verificaran a favor de ellos y en contra de algunos terratenientes. En plena vía que conducía a las regiones altas con el magdalena medio, los discursos radicales por parte del PCC y otros sectores de la izquierda se hacían sentir y prefiguraban muchas de las identidades asumidas por los campesinos en la búsqueda de un bienestar material y la superación de una dominación estructural. Bajo estas experiencias y su adherencia a la cultura de la Sabana en la que había desarrollado sus afectos, era normal que reaccionara como parte del partido Conservador, aunque en algunas partes sus escritos llegaron a extremos del delirio. A pesar de que estuviesen presentes los discursos Laureanistas dentro de su voz, bajo sus experiencias éstos tomaban una radicalidad absoluta como intérpretes de la realidad y como magnificadores de sus miedos.

Si bien este caso es extremo, en muchas oportunidades el sindicalismo se representó como un demonio a evitar de la mano del comunismo. Pese a que nunca fuese una realidad su establecimiento durante los años sesenta y setenta en Colombia, marcó una representación del mal en contraposición al bien del patrón y su bondad al ofrecer trabajo. Pero estas ideas sobre el sindicalismo no se hubiesen afincado si éste les hubiese proporcionado una posibilidad de mejorar su nivel de vida y discutir la dominación que enfrentaban. La imagen dicotómica sobre la izquierda y los sindicatos se asentaron porque estos no representaron sino una subversión del mundo por *mala vía*, lo que inmediatamente les hacía reaccionar en su contra desechándolo como posibilidad de acción.

En suma, el marco de normas y expectativas operado y reproducido por las y los obreros de la región no permitió el establecimiento de un sindicalismo confrontacional, a pesar de que en el país se estuviese viviendo un periodo de auge de la lucha contestataria por diferentes vías y que fuesen los patrones -antiguos hacendados- quienes crearon sindicatos de papel en la búsqueda de la anulación de todo cese de actividades. No obstante, las y los obreros sí que tuvieron maneras de tratar de cambiar la realidad en la que habían nacido y mejorar su nivel de vida, sólo que esta no transitó por la lucha institucional.

## **Segundo capítulo. Una agencia alternativa a la lucha institucional: visiones y estrategias para el mejoramiento de la vida dentro de un sentido tradicional.**

Con lo expuesto hasta aquí puede pensarse que las y los campesinos y obreros de la región no tenían demandas, que iban y venían, apoyados en el paternalismo, de la voluntad de las élites de la Sabana. Sin embargo, el cuadro es mucho más complejo. En este capítulo examinaremos en qué consistió su agencia. Primero, observaremos cuáles eran las demandas de los campesinos de la región que se negaron a transitar por los cauces institucionales. Raúl Zambrano Camader, Obispo de Facatativá entre 1962 y 1972 representó los ideales de un campesinado que evitaba el manifiesto de sus demandas por el mantenimiento de sus valores como *buena mujer* y *buen trabajador* y así no arriesgar el favor que tenían de las élites. El observar su pensamiento y la compatibilidad que este tenía con las necesidades de los campesinos de la región es fundamental para entender cuáles eran sus demandas y por qué debían buscar que alguien ajeno a ellos las representara.

Además, trataremos de comprender en qué consistía la demanda de favor de los superiores y cómo los obreros y campesinos circulaban entre las empresas de flores y las haciendas buscándola, bajo el ejemplo de don Alfonso López. A su vez, observaremos cuáles eran las tácticas que las mujeres utilizaban para luchar en contra de la dominación masculina y como desarrollaron una agencia social alternativa sin salirse por completo del marco tradicional en el que vivían.

Finalmente, exploraremos cómo a pesar de no desarrollar un discurso clasista confrontacional operaba una relación de diferencia que querían mantener los sectores populares desde lo simbólico alejándose de cualquier integración con las élites. No fue pues esta una comunidad que aceptara un corporativismo tácito, sino que se rehusó a esto con prácticas populares que desafiaban a las élites y planteaban una identidad que los alejaba de los dominantes.

### **1. Se nos mató el santo. Aceptación del credo, cuestión al cura y personificación de demandas reformistas.**

En 1962, Raúl Zambrano Camader era proclamado obispo de la recién creada Diócesis de Facatativá. Aunque no había nacido en la región ni tenía ascendencia en la capital, rápidamente fue apreciado por todos los campesinos que pudieron tratarlo o que escucharon de su misión pastoral, pues tenía un mensaje enfocado a los pobres y a tratar

de encaminarlos hacia el desarrollo. Diez años después tendría lugar su muerte en un accidente aéreo ocurrido en el Alto La Siberia en el municipio de San Francisco (algunos kilómetros al sureste del cerro El Tablazo en Subachoque, zona de alta accidentalidad aérea), después de una entrega de tierras a campesinos en Repelón (Atlántico). Al enterarse de la noticia, los campesinos afirmaban: se nos mató nuestro obispo, se nos mató el santo.<sup>84</sup> ¿Por qué se pensaba en el Obispo como un santo? ¿Cuáles fueron las razones por las que los habitantes se sintieron tan representados en su discurso y sus prácticas hasta llegar a canonizarlo de manera popular?

Nacido en Popayán en 1921 en una familia de clase media, hizo sus estudios de primer nivel y seminario en dicha ciudad, para luego trasladarse a Bogotá a estudiar derecho canónico donde se doctoró en 1944. Con una carrera religiosa ya en marcha, se interesó por la economía y los problemas agrarios, llevándolo a estudiarlos de manera académica en Estados Unidos en la década de los cincuenta. A pesar de no tener fuentes sobre su necesidad de salir a estudiar economía agraria, es posible que su interés se debiera a la violencia rural manifiesta del país durante su periodo como seminarista y los problemas de desigualdad en la tenencia de la tierra que eran evidentes para cualquiera que tratara de entender la sociedad colombiana de la época. Además, debido a las funciones desempeñadas dentro de la iglesia católica, era muy probable que conociese las luchas territoriales en el suroccidente del país, pues fue obispo auxiliar de la ciudad de Popayán.

En 1960, cuando ya era conocido en el mundo eclesial por sus escritos sobre el papel de la iglesia para con los pobres, Raúl Zambrano concluía que para que una reforma agraria fuese exitosa en el país esta debía:

1º - (...) emprenderse simultáneamente con otras medidas favorables de desarrollo del sector campesino y para la economía general. El bienestar del agricultor en zonas superpobladas depende, en mucho, de la absorción por la industria de la mano de obra sobrante, y esto a su vez es requisito para el progreso de mecanización y desarrollo técnico de la agricultura.

Por su parte, el desarrollo industrial es el mejor estímulo para el agrícola, por el mercado que le ofrece y el crecimiento en la demanda de alimentos y materias primas. Ese proceso de industrialización, que suele comenzar con la elaboración de productos agrícolas obliga al agricultor a normalizar su oferta en calidad y regularidad de suministro.

---

<sup>84</sup> El Tiempo, «Sólo le faltaban 4 minutos», 20 de diciembre de 1972, <https://news.google.com/newspapers?nid=N2osnxbUuuUC&dat=19721220&printsec=frontpage&hl=es>.

2° - La reforma agraria debe ser técnicamente planeada y económicamente sana para que se produzcan todos los efectos benéficos que de ella se esperan; no pueden ser, pues, una bandera de agitación política por más que para su aplicación sea menester la acción ordenada de estadistas y políticos.

3° - Debe ser una transformación paulatina de las estructuras, con medidas ponderadas en sus efectos, para evitar la catástrofe de una revolución total.

4° - Pero debe ejecutarse con suficiente rapidez, pues que en una sociedad cristiana no se puede permanecer indiferente a los males sociales.

5° - La asesoría moral del sacerdote se hace indispensable en ella, desde su planeación, en que ya hay problemas de orden moral, hasta su ejecución, donde es menester evitar o por lo menos suavizar los conflictos de intereses, crear conciencia de la justicia y equidad y de la necesidad de la reforma; pero aun en el caso de la colonización, particularmente, acompañar al hombre del campo con la asistencia espiritual, en esa magna empresa de incorporar a la producción nacional las vastas extensiones marginadas aún de toda función social.<sup>85</sup>

Su posición sobre la necesidad de una reforma agraria se dio en el marco de los debates que le darían vida al INCORA (Instituto Colombiano de Reforma Agraria) a finales de 1961. Aunque el proyecto de ley que institucionalizó la Reforma tuvo algunos de los elementos que demandaba el entonces Obispo auxiliar de Popayán, la necesidad que veía de que la iglesia católica y sus miembros fuesen los árbitros del proceso no fue puesta en marcha, por lo menos no en términos formales. Zambrano hizo parte del consejo directivo del INCORA desde 1968 hasta diciembre de 1972, fecha en la que precisamente en el vuelo de vuelta de la entrega de tierras a campesinos en Repelón (Atlántico), la avioneta en la que volvía cayó a tierra con la mayoría de los miembros del INCORA en San Francisco, municipio perteneciente a la zona de su diócesis.

Su propuesta de reforma era de lejos muy diferente a lo que exigían los sectores populares en su momento. Las consignas de *la tierra para el que la trabaja* estaban en boga, pero él desmarcándose de esa opción planteaba una entrega de tierras ágil pero de manera pacífica para evitar una revolución. Sentía que debían ser los estadistas quienes realizaran el proceso para que no se contaminara de intenciones de sectores políticos que veían en la reforma un medio para adquirir poder más que un fin en sí mismo. Además, aunque reconocía el problema de la tierra en los campesinos, no señalaba a quienes la poseían o tenían en función de la usurpación de un baldío: solicitaba una reforma sin argumentar que era la solución a la lucha de clases, al contrario, era una salida económica a la situación de pobreza en el campo que debía acompañarse de desarrollo industrial en las ciudades.

---

<sup>85</sup> Raúl Zambrano Camader, «Reforma Agraria», *Revista Policía Nacional de Colombia*, 1960.

Dos elementos contribuyeron a su argumentación: la visión de una iglesia interesada por los pobres y los análisis hechos desde la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). En materia religiosa, más que apoyarse en las encíclicas clásicas sobre una iglesia que debía atender los requerimientos de una clase popular para evitar una revolución (*Rerum Novarum*) utilizaba otros que de manera transversal ocupaban el problema del hombre católico y su necesidad integral de vivir dentro de una labor de evangelización. Así, utilizaba los argumentos de Pío XII en beneficio de la expropiación de bienes por parte del estado, con previa indemnización, para dar lugar a un bienestar de la mayoría:

Cuando la distribución de la propiedad es un obstáculo para este fin —lo que no necesariamente ni siempre viene originado por la extensión del patrimonio privado— el Estado puede, en el interés común, intervenir para reglamentar su uso o incluso, si no se puede proveer equitativamente de otro modo, decretar la expropiación, dando la indemnización conveniente. Para idéntico fin deben ser garantizadas y fomentadas la pequeña y mediana propiedad en la agricultura, en las artes y oficios, en el comercio y en la industria; las uniones cooperativas deben asegurarles las ventajas de la gran hacienda; donde la gran empresa (agrícola) aún hoy se manifiesta más productiva, debe ofrecerse la posibilidad de suavizar el contrato de trabajo con un contrato de sociedad.<sup>86</sup>

Su utilización no solo suponía por Zambrano una preocupación por adentrarse en los temas más sociales dentro de la iglesia católica, sino un interés de que su necesidad de justicia en tema territorial se acompañase de una voz autorizada para hacerlo, y de la mano de un reformismo que era a la vez una misión religiosa. En otras palabras, buscaba una justificación de la reforma agraria dentro de las máximas papales de la época desmarcándola de una intención laica; la reforma debía hacerse en virtud de apoyar el pueblo cristiano.

Pero la reforma no podía ser solamente una entrega de tierras justificada en términos espirituales. Además de esta medida, los campesinos debían tener la posibilidad de acceder a créditos flexibles y a innovaciones técnicas. Sumado al informe Le Bret que hablaba de la injusticia territorial en el país, Zambrano se apoyaba en los análisis realizados por la CEPAL para el caso latinoamericano. Estos le proporcionaban una mirada mucho más especializada del problema, y le permitían señalar que no era suficiente la titulación, sino que para que la tierra en manos de campesinos fuese productiva, eran necesarias vías de comunicación, educación, crédito y mecanización que

---

<sup>86</sup> PÍO XII, «RADIOMENSAJE EN EL V ANIVERSARIO DEL COMIENZO DE LA GUERRA», 1 de septiembre de 1944, [https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1944/documents/hf\\_p-xii\\_spe\\_19440901\\_al-compiersi.html](https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1944/documents/hf_p-xii_spe_19440901_al-compiersi.html).

era utilizada en otros países del primer mundo. Empero, sin una creciente industria estas medidas quedarían en el limbo. En suma, su idea de entrega de tierras justificada en términos espirituales debía llevarse de la mano con el acercamiento del estado al campesino, a la vez que suponía una industrialización de fondo que funcionara como receptora de la producción agrícola.

Zambrano no participó en la asamblea general del Congreso Episcopal Latinoamericano celebrada en Medellín en 1968.<sup>87</sup> Posiblemente porque para la época ya era miembro de la junta directiva del INCORA, y los deberes de la institución más los de la Diócesis no dejaban mucho tiempo libre al entonces Obispo. Sin embargo, no transitó el camino de radicalización que después de ese año muchos miembros de la iglesia católica tuvieron. A pesar de que tuviese una vocación de sacar a los pobres de su estado de postración y miseria alejándolos de la *lucha de clases*, esto no significaba que debía tomar las armas por el ideal o que debía entablar un conflicto para que un sector tomase el poder. La suya era una propuesta desde los cauces institucionales, que reconocía el problema del acceso de la tierra de los campesinos y la pobreza, pero que a su vez trataba de evitar cualquier revolución. Mediaba entonces entre las posturas conservadoras que creían que la labor cristiana sólo se interesaba en la salvación del espíritu, y las más radicales que asumían la lucha armada como una forma válida de un mejoramiento del nivel de vida de los menos favorecidos.

Como vimos, en la Sabana de Bogotá a mediados del siglo XX había dos sectores sociales cada uno con una tenencia particular de la tierra. Por un lado, los hacendados poseían la mayor parte del territorio bajo un modelo de producción de granos o papa en grandes extensiones con un mercado laboral relativamente reducido, y, por otro lado, existía una pequeña clase de microfundistas que compraron pequeñas parcelas a los hacendados con préstamos de estos o con el ahorro. No había un cuestionamiento a los títulos de las grandes propiedades pues como señalamos, estas habían transitado desde la colonia, o fueron el primer botín de recompensa que el reciente estado republicano dio a quienes pelearon en las guerras de independencia. Bajo esta realidad, el discurso del Obispo Zambrano tuvo mucho poder de persuasión en la región.

---

<sup>87</sup> Un estudio sobre las condiciones sociales y capacidades de acción de los miembros de la iglesia católica durante la celebración del Congreso general del CELAM en 1968 es: Óscar Iván Calvo Isaza y Mayra Parra Salazar, *Medellín (rojo) 1968: protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Bogotá: Planeta // Alcaldía de Medellín, 2012).

Raúl Zambrano conocía de primera mano el problema de la tierra en el país, y además sabía que el fenómeno de frontera abierta para colonización agraria no era igual en todo el territorio nacional. Por ello, aunque continuó su labor de entregar la tierra a los campesinos por medio del INCORA en zonas donde aún se disputaban los títulos, también les inculcaba que debían acceder a la tecnificación que traía la institución y el acceso a créditos por parte del estado colombiano. Este énfasis fue especial para los campesinos de la Sabana de Bogotá, pues como vimos buscaban una movilidad social basada en una idea individual de progreso, y el discurso de Zambrano se acogía no sólo a ese ideal, sino a una expectativa de no confrontación para ascender socialmente. Los campesinos de la sabana tuvieron entonces a un representante de la iglesia católica que trataba de encaminarlos por las vías del desarrollo sin recurrir a discursos que intentaban la confrontación. En este sentido, la labor de Zambrano se acercó mucho al interés de ACPO en educar a los campesinos para sacarlos de su nivel de miseria. Por ello, en 1972 hizo parte del Consejo de dicha institución.

Ser un miembro de la iglesia foráneo en la región también ayudó a su canonización popular. Evidentemente, la iglesia católica había funcionado como un poder más en la región y las grandes familias siempre intentaron mantener buenas relaciones con esta, bien sea con miembros dentro o en redes de reciprocidad con los sacerdotes que transitaban de un lugar a otro. Así, las élites intentaban siempre tener una vida religiosa activa dentro de la región casándose en sus iglesias y tratando de vincular su imagen como devotos. Iban el domingo a misa como todos, pero a su vez se reunían con los sacerdotes o curas para hablar de intereses comunes.

Esto generó un extrañamiento de los campesinos con las autoridades eclesiales. En muchas ocasiones, como demandaban los corresponsales de ACPO, era difícil que se atendiera su llamado porque los campesinos eran rebeldes y rehuían a aprender sobre los *misterios del evangelio* como el director de Radio Sutatenza sostenía: ...en esas veredas (de Chocontá) necesitan unión, entusiasmo y trabajo; por lo poco que conozco tengo la impresión de que los hombres son perezosos para estos trabajos comunitarios.<sup>88</sup> Evidentemente esto no obedecía a que se interesasen por otras vertientes del cristianismo, o que se hicieran ateos o agnósticos, como señaló Fals Borda, las prácticas católicas

---

<sup>88</sup> Carta de José Antonio Rodríguez a Eliécer Castro, líder de Escuelas Radiofónicas en Chocontá, 10 de julio de 1964. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

sentaban la identidad de la región y marcaban los tiempos alrededor de éstas. El problema obedecía más a que bajo sus experiencias, los campesinos conocían de primera mano cómo los representantes de la Iglesia Católica eran un poder más que buscaba unos intereses particulares, muchas veces asociados con las mismas élites. Así, aunque podía rechazar algunos discursos del cura o negarse a participar en algunas labores misionales, su credo y fe nunca fueron cuestionadas.

Al no ser parte de las relaciones entre iglesia y élites regionales, y que su discurso religioso intentaba poner en primera plana a los pobres y representaba un cambio en términos reformistas frente al estado, posiblemente tenía todos los méritos para ser considerado por los sectores populares como un santo. Raúl Zambrano Camader comprendió profundamente a los campesinos de la región en la que ofició como Obispo desde 1962, y bajo sus sermones y prácticas el sector popular de la sabana de Bogotá se sintió representado. Así como los campesinos no veían en la confrontación con las élites una posibilidad de mejorar sus niveles de vida, Zambrano planteaba que esta debía darse con una reforma agraria que los llevase a la tecnificación más que a la disputa por las tierras con los terratenientes. Con los microfundios y el proceso de modernización, todo lo que debían hacer los campesinos era trabajar duro como lo mandaba Dios, e incorporar nuevas técnicas en la producción tanto de su pequeño huerto como en la gran plantación del hacendado.

Además de ofrecer unas demandas que eran completamente compatibles con su experiencia cotidiana, Raúl Zambrano Camader representaba una mediación que los campesinos habían tenido con el estado. Además de practicar las identidades políticas bipartidistas, hasta antes del establecimiento del Frente Nacional el estado colombiano era muy débil institucionalmente en la zona. Las pocas escuelas que existían en la región eran estacionales, y los maestros duraban muy poco tiempo en función del interés de las élites regionales.<sup>89</sup> Los centros de salud eran muy pocos y precarios,<sup>90</sup> y sólo hasta la década de los sesenta se planteó la electrificación de la región de la mano de las recién creada CAR (Corporación Autónoma Regional).<sup>91</sup> Así, el discurso de Zambrano planteaba una relación con el estado más allá de las redes clientelares existentes con las élites, y le facilitaba al campesino la capacidad de intermediación de las demandas,

---

<sup>89</sup> Entrevista a Alfonso López. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>90</sup> *Ibíd.*

<sup>91</sup> Corporación Autónoma de Cundinamarca, *CAR, 45 AÑOS DE COMPROMISO CON LA REGIÓN* (Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, 2006).

porque si eran ellos quienes lo hacían debían enfrentar la pérdida de favor de los hacendados y el prejuicio social de revoltoso.

El primer obispo de la diócesis de Facatativá y sus discursos fueron completamente compatibles con las necesidades y marco de normas y expectativas que tenían los campesinos de la región. A la par que manejó un discurso desarrollista para los pobres, los integró dentro de una mirada religiosa e hizo visibles sus necesidades para con el estado, a pesar de que ellos mismos no la hicieran por intereses individuales. Entender su pensamiento y su relación con las demandas de los campesinos de la región es fundamental para comprender por qué su agencia transitó unos caminos reformistas y no unos contestatarios.

## **2. No se trabajaba solo por dinero. Hacia la interpretación del favor como necesidad.**

Una forma de examinar cómo funcionaba la agencia social de los hombres en la Sabana de Bogotá puede ser a través del relato de Don Alfonso López. Podríamos pensar que su experiencia es subjetiva y que de ninguna manera podemos acercarla a una generalidad, sin embargo, sus deseos, ambiciones y sentidos de vida no eran únicos: muchos de los trabajadores y campesinos los tenían y actuaban acorde a ellos. Don Alfonso pues no fue una isla, sino un sujeto que compartía con muchos el sentido de vida y de las relaciones sociales en la región.

En la década del cincuenta, cuando era adolescente, Don Alfonso López le ayudaba a Miguel de German Ribon en su principal fuente de diversión: la cacería en las montañas y praderas cercanas a la hacienda La Conchita. No solamente le cargaba la escopeta y los cartuchos, sino que le ayudaba a divisar en dónde se encontraban los grupos de aves y a agrupar los cadáveres después de terminada la cacería. Como Miguel de German Ribon no gustaba comerse los animales cazados, don Alfonso atendía a los lugares en los cuales se dejaban los animales muertos para después avisarle a sus familiares que pasaran por ellos y poder comer después de la jornada.<sup>92</sup> Así, la relación entre los dos fue mucho más allá de un mero vínculo laboral, se conocían desde el momento en que el heredero de los German Ribon volvió de Francia de estudiar ciencias políticas y se divertían juntos en las tierras cercanas a la hacienda.

---

<sup>92</sup> Entrevista a Alfonso López. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

Después de esto, en los primeros años de la década de los sesenta don Alfonso se incorporó al ejército en un batallón que se movía por el suroccidente del país. Aunque una amiga suya hacendada de la región le había dado la posibilidad de traficar sus influencias para que no fuese, uno de los proyectos de don Alfonso era prestar el servicio militar y adquirir la disciplina que allí se solicitaba. Después de cinco años en los que combatió algunos restos de guerrillas liberales en la zona y unas que ya entraban en transición a las tesis marxistas foquistas, volvió a la sabana de Bogotá a trabajar y a tratar de ser propietario de un pequeño lote. Así, en 1968 retornó a trabajar con la familia German de Ribon, aunque la producción de la hacienda se había dividido en dos y aceptó laborar en la zona especializada en flores de exportación, dejando de lado su conocimiento en el manejo de los cultivos de grano tradicionales.

Como había mantenido una relación cercana con el entonces gerente de la empresa, Miguel de German Ribon decidió hacerle cargo de un grupo de alrededor de 25 hombres que se dedicaban al corte de rosas.<sup>93</sup> Como supervisor del grupo, don Alfonso debía estar al tanto de la cantidad de cajas de flor que debían ser entregadas a la zona de poscosecha. Además, debía moverse en diferentes sectores de la finca en la búsqueda de las herramientas necesarias para el trabajo de su cuadrilla: tijeras, azadones, tractores, cajas etc. Todo lo que hiciese falta debía pedirlo a las otras zonas de producción o solicitarlo directamente al dueño de la empresa. También debía exigir el rendimiento de sus subordinados y llamarles la atención en el caso en que éstos no estuviesen haciendo al trabajo que les encomendaban. Durante cuatro años mantuvo los mismos oficios, en los que además aprendió y enseñó a practicantes universitarios la injertación de rosas, tarea que había sido explicada por David Cheever en los momentos mismos de la creación de la empresa.

En 1972 a Alfonso López lo despidieron de su puesto. Mientras que él buscaba algunas herramientas para el siembro e injertación de las rosas, un grupo pequeño de trabajadores a su mando había decidido guardar algunas de las cajas para robarlas y posteriormente venderlas en el mercado local. Al percatarse del hecho el capataz de la

---

<sup>93</sup> Don Alfonso no recuerda que se le asignaran mujeres a su grupo de labores, aunque el trabajo femenino era mucho más apreciado por la idea de buen trato que estas tenían al manejar las flores. Es muy posible que debido a las experiencias posteriores, Don Alfonso no recuerde trabajar con mujeres, pues aún guarda algunos restos del marco de normas de género que lo hacían pensar que el trabajo era para los hombres. También, es posible que en la entrevista haya ocultado algún trato de dominación con mujeres en particular.

hacienda, decidió llamar a Don Alfonso en la búsqueda de explicaciones a la vez que comunicaba al dueño de la empresa el hecho y solicitaba su presencia. Con una estatura cercana a los dos metros, una voz potente y grave y un látigo que servía para espantar a los perros que se acercaban, Miguel de German Ribon regañó al grupo de obreros y a su supervisor. Golpeaba el piso con el látigo, les gritaba por su falta de responsabilidad y les notificaba que hasta esa hora eran empleados de Flores la Conchita S.A. Además del robo, el empresario se enfureció por el intento de burlarse de él y de su *buena confianza*; no era sólo una falta de honestidad sino una ausencia de la norma del buen trabajador y una burla a su persona lo que condenaba con el despido de los trabajadores.

Al otro día todos tuvieron que ir a la oficina principal de flores don Eloy ubicada en la calle 26 con carrera sexta en Bogotá, cerca de la plaza de toros La Santamaría. Don Alfonso López fue el último en salir del lugar. Miguel de German Ribon le informaba que su despido, a diferencia de los otros, no se debía a una falta de honestidad pues él no había cometido el hurto, sino porque él debía aprender que el trabajo como supervisor traía sus consecuencias, y que cuando lo pusiese a supervisar otros grupos eso no tenía que volver a pasar. Así, lo despidió con la idea de que en un año volviera a trabajar en Flores la Conchita después que el escándalo se hubiese disipado, Alfonso hubiese aprendido la lección y el empresario hubiese salvado su honor como dueño de la empresa. Hizo que su secretaria le pagara la indemnización obligada por la ley y le comentó que lo esperaba luego en otra área de cultivo.

Sin embargo, don Alfonso no quiso volver a trabajar en la producción de flores. Como se desenvolvía con cierta soltura entre los hacendados de la región, rápidamente empezó a laborar en la finca de un señor Cubillos -familia que tenía una buena porción de las tierras en el occidente de Bogotá- en la producción de trigo, papa, alverja y demás productos que se vendían en el mercado local. Además de tener un buen puesto con el nuevo jefe, este le pagaba más que el salario de un obrero normal en las empresas de flores, aunque no se preocupaba por la afiliación a su pensión en CAJANAL ni tampoco a salud del ISS. Entre las décadas de los setenta y ochenta don Alfonso laboró con el señor Cubillos con un salario mayor al percibido por su esposa, que laboraba en el sector de producción de flores en la hacienda la Conchita.

Después de 1976 las empresas de flores empezaron un crecimiento en la producción que estuvo acompañado de una mayor demanda de mano de obra.<sup>94</sup> Producto de este cambio, la Sabana de Bogotá empezó a recibir población migrante y quienes trabajaban en dichas empresas ya no eran exclusivamente personas de la región, sino que ya se sumaban trabajadores de otros sectores del país que por violencia o falta de oportunidades migraban hacia el interior.<sup>95</sup> Así, con un mercado laboral mucho más competido la necesidad de asegurarse una vivienda se hizo mucho más imperiosa. En ese contexto, don Alfonso quería cumplir su sueño de ser el dueño de una pequeña parcela en la que construir su casa y tener algunos cultivos de subsistencia. La oportunidad se le presentó cuando la hija de un pequeño propietario de la región decidió dividir su herencia en tres partes y venderlas para poder trasladarse al barrio Galán en la Capital.

Aunque había ahorrado muy poco durante sus trabajos anteriores, resolvió intentar negociar con la dueña del predio para rebajar un poco el precio del lote de siete metros de ancho por veintiséis de largo cerca al parque principal del municipio de Bojacá. Don Alfonso le pidió un anticipo a su jefe y lo cambió en las tiendas cercanas por billetes de baja denominación. Así, a pesar de ser solamente el trabajo de una quincena, la cantidad de billetes era tal que daba la impresión de ser mayor. Con el fajo preparado, fueron al barrio Galán a hablar con la dueña del predio para tratar de persuadirla para que recibiera ese dinero como cuota inicial y una promesa por el resto de dinero. Se logró llegar a un acuerdo: en un plazo de tres meses debía pagar el restante del lote para que se fuese suyo en propiedad. Evidentemente, el señor Alfonso carecía con la suma para zanjar el resto del trato y acceder a un crédito por parte de las entidades financieras de la época era casi que imposible debido al objetivo de construcción de vivienda, y lo pequeño del lote.

Días después decidió hablar con su jefe, el señor Cubillos, para que le prestase el dinero restante. Después de mucha persuasión, este accedió a prestarle el dinero considerando lo buen trabajador que había sido don Alfonso, y que la futura cosecha auguraba una buena producción. Así, le pidió que lo acompañase al banco ubicado en la

---

<sup>94</sup> Como se puede evidenciar en el estudio hecho por Andrea Gonzáles, desde 1976 empezó un incremento en la producción que sólo se vería interrumpido en los años noventa. Ver: Gonzáles Cárdenas, «Intercambio de información en las cadenas de suministro internacionales. El caso de la cadena de suministro de flor fresca cortada colombiana para la exportación». Marta Vargas también ha situado en los setenta un momento de quiebre, específicamente en 1978 debido en los avances en la tecnificación, ver: Martha Cecilia Vargas Torres, «Esbozo histórico de la floricultura en la Sabana de Bogotá.», *Inédito*, 2013.

<sup>95</sup> Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

ciudad de Mosquera (también en la Sabana de Bogotá), donde le pidió a una de las trabajadoras del lugar que le ayudase al señor Alfonso con lo que solicitara, y una vez realizado el cheque solamente tuviera que firmar. Don Alfonso pudo pagar el dinero restante de la cuenta, y aunque tuvo que pagar durante años la suma que el señor Cubillos le había prestado, ya había cumplido el sueño de muchos: tener una casa propia en las tierras en las que siempre había sido un jornalero.<sup>96</sup>

Esta narración que ha salido de la entrevista realizada a don Alfonso López demuestra su necesidad por tener un lugar en el que vivir sin depender de a quién le trabajase ni en dónde. Aunque pareciera exclusivamente subjetivo, muchos campesinos de la Sabana de Bogotá accedieron a pequeñas parcelas o lotes para casas familiares de la misma forma desde mediados de siglo. El objetivo de ser propietario, así fuese de un pequeño terreno daba sentido a muchos de los campesinos y obreros de la región. En efecto, desde el sentido y análisis de la narración de su experiencia podemos acceder a la forma en que los trabajadores floristas de la Sabana de Bogotá moldearon su agencia según sus posibilidades y dentro del marco de normas y expectativas ya mencionado.

La primera posibilidad que tenía don Alfonso era si iba a prestar el servicio militar obligatorio o no. Debido a sus trabajos en la adolescencia y a su fama de *buen trabajador*, podía permitirse el que una hacendada intercediera por él ante las autoridades militares locales para que no prestase el servicio. Durante el periodo en el que era hábil para ser militar los objetivos de la institución estaban transitando entre el combate de guerrillas liberales, hacia la violencia en contra de civiles y guerrillas de corte comunista inspiradas en el voluntarismo después de la Revolución Cubana. Por iniciativa propia, don Alfonso decidió comenzar con las carrera militar. Sus motivos no eran ideológicos, radicaban en *disciplinarse* dentro las filas más que combatir a un enemigo interno, además de ganar respeto por el acto de *servir a la patria*. Así, a pesar de que tuviese la posibilidad de evadir la responsabilidad de prestar el servicio por haberse ganado el favor de una hacendada,

---

<sup>96</sup> Además de la memoria de Don Alfonso, la necesidad de la propiedad de una casa fue un deseo generalizado. En la correspondencia de ACPO, los representantes de las Escuelas Radiofónicas demandaban siempre aumentos en los salarios, toda vez que estaban pagando una casa para su esposa o sus hijos, u otros adquirían el inmueble junto con sus padres. Ver: Correspondencia de Aníbal guerra a José Ramon Rodríguez. 30 de mayo de 1964. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

decidió irse a *conocer el mundo* en el suroccidente colombiano combatiendo a su vez protestas populares y movimientos insurgentes.

De vuelta en la Sabana de Bogotá, la relación paternal entablada con la familia German de Ribon, pero especialmente con el heredero Miguel, fue importante para empezar su trabajo como supervisor en la recién creada Flores La Conchita S.A. Allí no solo tenía un puesto mejor que el de la mayoría de obreros, sino que el trabajo era menos fuerte que el de sus subordinados. Don Alfonso entonces tenía un trabajo asegurado con una afiliación a seguro médico y pensión, cosa poco común en la región durante la época, y estas condiciones fueron a su vez ganadas por su buena fama como trabajador. Aunque era relativamente joven para el puesto de supervisor, ya había tenido la oportunidad de servir a la hacienda y demostrar su desempeño en las labores encargadas.

El caso del robo de rosas de corte es particular, pues demuestra que había compradores del producto a los que no les interesaba la procedencia del mismo, aunque era vendido en el mercado local. No obstante, el hecho parece ser particular, pues fue la producción misma la que resultó afectada y no los materiales empleados para esta. En algunas ocasiones, los empresarios se quejaban de los continuos robos de herramientas por parte de sus trabajadores, aunque nunca daban con el responsable.

Estos hechos podrían verse dentro de una agencia activa en lo que Scott llamó un *discurso oculto*,<sup>97</sup> como estrategias que manejaban los obreros en la búsqueda revertir y cuestionar por unos instantes el orden social, a pesar de que manejaran un *discurso oficial* en el que aceptaban la dominación. Sin embargo, no constituyeron la puesta en marcha de una conciencia política en contra de los empresarios. Al contrario, constituían una forma de intentar legitimar la misma estructura de dominación: el hecho de que fuesen herramientas de trabajo que podían utilizar los obreros en trabajos posteriores y en virtud del mantenimiento de ser buenos trabajadores lo demuestra. Esto se refuerza con el bajo perfil en que se cometían los hurtos, pues en la mayoría de casos, el autor del robo quedaba indeterminado y las herramientas que fuesen hurtadas debían ser asumidas por la misma empresa. Al robar herramientas los obreros no podían quedar expuestos pues su buen nombre quedaba en duda. Después de cometido el hurto, podían trabajar en las haciendas de la región con un valor adicional a su sólo trabajo, pues tenían palas, tijeras,

---

<sup>97</sup> James C Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, trad. Jorge Aguilar Mora (Ciudad de México: Editorial Era, 2004).

cintas y demás que habían sacado a escondidas de la empresa y que ahora funcionaban alrededor de su trabajo en un nuevo cultivo. Aunque los robos eran constantes, no tuvieron como objeto la producción misma sino las herramientas con las que los obreros podían mantener su imagen como buenos trabajadores. No era pues una puesta manifiesta de conciencia política soterrada, sino una expresión para ganar una mejor posición dentro de la misma estructura paternal.

Después del robo don Alfonso salió a trabajar con otro hacendado, pero no en una nueva empresa de flores. El trabajo con el señor de apellido Cubillos le significaba seguir laborando con alguien que tenía mucho poder en la región. Como lo demuestra la anécdota en la que narró la compra de su casa, fue su patrón el que le prestó el dinero para que terminara de pagarla. Casos como éste no son aislados, como el hijo de don Alonso lo recuerda, durante la misma época otro obrero florista quería que el acueducto municipal le instalara el agua para su vivienda. Tras el lento trámite realizado en la alcaldía de Bojacá, decidió pedirle a Miguel de German Ribon para que este intercediera por él en el trámite con el ejecutivo local. Tras hablar con el dueño de Flores la Conchita S.A, al otro día llegaron los tubos con el agua a su vivienda, él sólo debía instalar internamente los pasos de agua y poner el contador afuera para que llegasen los recibos de pago mensual por el monto del acueducto.<sup>98</sup>

Lo que demuestran estos dos hechos es la importancia del patrón. Tanto de intermediario en trámites como prestamista de último momento, el patrón funcionaba como un enlace o fin para que los trabajadores y campesinos alcanzaran sus objetivos de mediano plazo, o los que significaban su vida como el hecho de tener una casa. No era solamente quien daba el empleo, era con quien se podía hablar cuando inconvenientes se presentaban y se quería acceder a una solución rápida sin la necesidad de apelar a las instituciones -por demás débiles- del estado. Evidentemente, el obtener el favor del patrón no era fácil: el sujeto que quería acceder a esta herramienta debía contar con el estatus de *buen trabajador* para que se considerase apto para recibirlo, y como vimos, debía cultivarlo tanto entre sus semejantes como con sus superiores para que fuese efectivo.

El señor Cubillos le pagaba a Don Alonso un poco más de lo que recibía en Flores la conchita, sin embargo, no le costaba ni el concepto de seguro médico ni la afiliación a pensión. Esto no parecía un problema para la época, pues la pensión parecía muy lejana

---

<sup>98</sup> Conversación con Nelson López. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

y la salud más que ser vista como un sistema integral activo, era una actividad pasiva a la que se recurría sólo en casos extremos. No obstante, Don Alfonso no volvió a Flores la Conchita porque le pagaran más -aunque así lo recuerda- sino porque además del salario, tenía el favor de otro hacendado de la región; tenía acceso a lo mismo que podía darle el dueño de la empresa de flores en términos de tráfico de influencias. Ese favor le permitió acceder a un pequeño lote en el que hoy vive, y aunque recuerda con tristeza que no tiene pensión, el sentido de una vida realizada se concluye al hablar de su casa y cómo poco a poco la fue construyendo.

Así, a pesar de que el salario fuese importante, era fundamental que el trabajador laborara en una empresa en la que pudiese acceder al favor del patrón. Como vimos, las élites y los empresarios pertenecían al poder político local y nacional, y parte de su capital económico se trasladaba al simbólico y con éste podían tener injerencia en decisiones particulares. Además de la retribución salarial, el trabajador debía sentir que se podía hablar con el empresario acerca de sus demandas individuales, y si había tenido cierto prestigio como buen trabajador podía acceder a las redes de tráfico de influencias que el patrón tenía. En un caso distinto don Alfonso habría vuelto a laborar en Flores La Conchita como el mismo Miguel de German Ribon se lo solicitó al momento de su despido y tiempo después, sin embargo, el trabajo con el hacendado Cubillos le significaba el salario y el favor que tenía en la empresa de flores, con el agregado que éste le pagaba un poco más por no incluirlo dentro de la seguridad social de la época.

La agencia masculina en los obreros floristas de la década de los sesenta y setenta del siglo XX debe verse dentro de la estructura misma en la que experimentaron. Tenían más posibilidades de elevar su nivel de vida si además de un salario, salud y pensión, accedían a las redes de influencias que sus patrones tenían. Aunque este fenómeno fue anterior al establecimiento mismo de las empresas de flores pues obedece a la estructura de la hacienda, era vigente para la época y definía la capacidad de acción de los sujetos en demandas personales -aunque familiares- y cotidianas. En suma, su agencia no estaba mediada por la capacidad de organización colectiva con sus semejantes y la puesta de demandas en común en sindicatos, al contrario, esta se desarrollaba de forma individual y se ataba a las redes que tuvieran los empleadores y hacendados.

Pero la agencia masculina y la femenina fueron muy diferentes. Mientras que los hombres buscaban la ganancia del favor, a las mujeres les interesaba superar la

dominación que tenían con su compañero de hogar. Así, idearon otras formas de renegociar la relación de género desde estrategias utilizadas con anterioridad, como nuevas en el marco de un trabajo asalariado en el que ellas se incorporaron y que demandaban el manejo de su retribución económica, así como las labores del hogar.

### **3. Una renegociación femenina: de señoritas y madres a trabajadoras**

Como vimos, la principal experiencia de dominación que tenían las mujeres en la Sabana de Bogotá era con sus compañeros de hogar. Fuesen estos esposos, hermanos, tíos, padres o abuelos, siempre intentaban controlar sus ciclos vitales y decidir sobre lo que debían o no hacer y actuar. La norma de la *buena mujer* operaba bajo la función de ser la organizadora del hogar, y servir como el primer punto de apoyo para las labores que el hombre no debía hacer como las tareas domésticas. Por ello, una vez incorporadas al trabajo asalariado en las empresas de flores, esto se vio más como una posibilidad de ganar independencia y renegociar las relaciones de género que una explotación directa de una clase sobre otra. A pesar que la experiencia de clase existía, primaba la necesidad inmediata de reestructurar la dominación en la que habían vivido desde pequeñas, que las maltrataba y no las dejaba disfrutar de su salario. Las mujeres en la Sabana de Bogotá en las décadas de los sesenta y setenta no estuvieron en contra de los hacendados, ni del establecimiento de las empresas de flores, y mucho menos del capitalismo, como planteó Friedemann-Sánchez, lo que ellas querían era la renegociación de su posición de subordinación dentro del hogar.<sup>99</sup>

Es claro que existieron estrategias para mejorar la vida que tenían al lado de los hombres antes de su inserción dentro del mundo laboral asalariado. Estas eran practicadas desde décadas atrás y para los sesenta y setenta eran muy comunes. Una de ellas, como vimos, era alargar el periodo de solteras. Esta era una estrategia que era practicada por las mismas mujeres o secundadas por tías, abuelas o madres. Consistía en tratar por varios medios que las adolescentes no se casaran tan pronto, pues eran comunes los matrimonios a temprana edad -13 o 14 años-. Mediante la demanda de becas a instituciones eclesiales como ACPO o la pedida de continuidad de estudios a otras, las mujeres intentaban a la par que estudiar para mejorar su nivel de vida, evitar incorporarse a la vida marital y quedarse de *lavanderas* de algún campesino de la región. Aunque era atractiva la vida

---

<sup>99</sup> Aunque esta es una tesis planteada para las obreras de los años noventa, es perfectamente aplicada para las mujeres que laboraron en el establecimiento mismo de las empresas de flores veinte años atrás. Ver: Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

como monjas, no era tan común que una mujer aceptara serlo pues representaba un dinero que la estructura familiar popular no podía costear. La educación religiosa para ellas no era entonces una forma de incorporarse a la iglesia católica, sino una manera de alargar su periodo como estudiantes para huirle al matrimonio y tratar de tener una mejor vida que la de sus madres o abuelas.<sup>100</sup>

Una vez establecida la vida marital, eran comunes -aunque veladas- las golpizas por parte de sus esposos. Aunque la violencia física también era dirigida contra otros miembros del hogar como los hijos del matrimonio, era contra ellas que adquiría una mayor dimensión. Probablemente era algo rechazada por la sociedad en general en términos políticamente correctos, pero dentro de los hombres y sus redes era aceptable y hasta demandable que se hiciera sentir como el *varón de la casa*<sup>101</sup> golpeando a su mujer. Una de las soluciones extremas a las que llegaban las mujeres víctimas de este abuso era el abandono del hogar. Como recuerda don Alfonso López, debido a la violencia extrema de su padre, su madre los dejó solos cuando él era muy pequeño. Esta era una práctica común entre las mujeres que experimentaban una violencia física por parte de sus esposos, como la misma Doña María nos confirmó.<sup>102</sup> Generalmente, las mujeres se iban con otros hombres y el abandonar la región era una salida fácil al desprestigio consecuente. Al irse, no tenían que lidiar con el peso de ser una mala mujer, y en todo caso, la expectativa de un futuro lejos o con otro hombre era mucho mejor de la violencia que ya experimentaban. Como consecuencia de este fenómeno y la negación de los hombres de cuidar de los hijos, eran comunes los orfanatos católicos que funcionaban de la caridad o con dineros departamentales o municipales.<sup>103</sup>

La infidelidad era otra de las estrategias que las mujeres tenían para el mejoramiento de su vida. A pesar de ser socialmente condenada, era una de las pocas salidas que quedaban para cumplir a cabalidad con sus obligaciones como buena mujer. Siendo normal el exceso en tragos por parte de los hombres cuando estos recibían el sueldo, las mujeres acudían a otras formas de conseguirlo siendo estas el suministro de dinero por parte de un hombre ajeno al hogar. Era claro que esta práctica debía ser muy

---

<sup>100</sup> Carta de Olga Marina Gonzáles al director de las Escuelas Radiofónicas. 23 de septiembre de 1962. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá

<sup>101</sup> Entrevista a María Gonzáles. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021

<sup>102</sup> *Ibíd.*

<sup>103</sup> Carta de Daniel Ferrero Tovar a las autoridades de Acción Cultural Popular. 23 de abril de 1959. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá

cuidadosa, porque de encontrarse la infidelidad ellas estaban expuestas a cualquier disposición por parte de sus cónyuges, entre ellas la continuidad de la violencia física o hasta el homicidio. Sin embargo, constituyó una de las formas en las que se mantenía monetariamente el hogar debido a la ausencia de la norma del esposo como proveedor. También es posible que se diera por revancha de las mujeres contra sus cónyuges, pues la afrenta constituía un poderoso estigma social que ellos debían llevar consigo. Así, la infidelidad constituyó una posibilidad de elevar el nivel de vida de las mujeres bien sea por la mera necesidad de sostenimiento de ellas y el de sus hijos, o por el mero desquite de una vida sujeta a una relación de género profundamente dispar.<sup>104</sup>

Estas estrategias pueden rastrearse en las fuentes observadas, aunque parecieron no ser generalizadas. No obstante, el material empírico y las normas presentes en el momento en que se generaron pueden ser un obstáculo para encontrar temas tan difíciles de tratar como la infidelidad o el abandono del hogar para las mujeres durante el periodo de estudio. Es muy probable que durante el siglo XX operasen bajo el velo de lo no normativo, pero es algo evidenciable incluso en los noventa por Greta Friedemann-Sánchez.<sup>105</sup> Sin embargo, dentro del proceso de inserción de la mujer en el mundo laboral salarial de la región, la agencia femenina transitó por lo menos por dos vías: la exigencia del uso de su salario y el cuidado de los hijos como una labor colectiva.

La primera negociación que debían abordar las mujeres era el manejo de la propia venta de su trabajo. Aunque las mujeres manejaban el dinero que ganaban producto de la economía familiar -venta de huevos, animales domésticos, producción de artesanías, etc-, al laborar en las empresas de flores empezaron a ganar dinero de manera frecuente en semanas, quincenas o meses. Los hombres cercanos a las mujeres, esposos, padres o tíos empezaron a utilizar este dinero argumentando que ellos eran quienes organizaban las finanzas del hogar y el destino de cada parte de éste. Era claro para las mujeres entonces que a pesar del trabajo que ellas estaban efectuando dentro de las *floras*, el uso de su remuneración iba a quedar en manos de sus compañeros. Sin embargo, idearon formas de utilizarlo o cuestionar abiertamente su uso en contra de los mismos hombres.

Unas de las medidas que utilizaron fue el esconder el dinero. El salario recibido por las y los obreros floristas durante la época, como vimos, fue el integral: un salario que

---

<sup>104</sup> Entrevista a Doña María Gonzáles. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

<sup>105</sup> Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*. 193 -228

debía actualizarse constantemente dependiendo de las fluctuaciones en las que la economía colombiana y la seguridad social se movían entre los sesenta y setenta. Su monto era de conocimiento público, por ello, los hombres disponían de la totalidad de este dinero. Sin embargo, las mujeres trataban de remediarlo aludiendo descuentos por nómina de los restaurantes que existían dentro de las mismas empresas, o simplemente no contaban dentro de su pago las horas extras que laboraban. Trataban de estirar al máximo los cobros o los ingresos de más, para que el dinero que le usurpaba el hombre fuese el menor posible.

Pero la disputa mayor fue por el manejo de la totalidad de su salario. Como en la mayoría de casos las mujeres se incorporaron a la vida salarial de las empresas de flores por la necesidad, era a todas luces injusto que fuesen ellos quienes además de no cumplir con su papel de proveedor, manejaran el dinero que ellas ganaban. Así, plantaron cara a la dominación exigiendo el *disfrute* de su salario como correspondía. El gasto de este salario no era por banalidades: compraban los víveres necesarios del mercado, pagaban los uniformes de los hijos y utilizaban el poco dinero restante en el mantenimiento y la adecuación del hogar.<sup>106</sup>

Esto aumentó la violencia de los hombres hacia las mujeres. Además de la prohibición de trabajar allí por el desafío que la relación salarial femenina les traía, empezaron a desarrollar discursos en los que se identificaba la obrera florista como promiscua o prostituta, como vimos en el capítulo anterior. Además de la exigencia de no laborar, se sumaban la negación de planificar o que ellas compartieran otros espacios que no fueran con su familia o dentro del hogar nuclear. Así, los hombres trataban de asegurar que la labor reproductiva de la mujer las condujera toda la vida a estar en sus hogares, bien fuese en proceso de gestación, o cuidando de los hijos que tenían. Como respuesta a esto, las mujeres obreras y las élites acordaron crear jardines infantiles, aunque cada parte con un fin distinto.

Hasta la década de los setenta las madres en la Sabana de Bogotá habían asumido el cuidado de los hijos como labor exclusiva, además obligadas por la dominación de género existente. Esto generaba un problema para las que quisieran ingresar al mundo laboral remunerado de las empresas de flores, pues si tenían niños menores a los siete u ocho años su labor como norma social era exclusiva dentro del hogar y al cuidado de ellos

---

<sup>106</sup> Entrevista a Doña María Gonzáles. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

y de los hombres con quienes convivían. Sin embargo, considerando la cantidad de hijos que tenían y la presión monetaria por la constante inflación, decidieron dejarle el cuidado de los hijos menores a sus hermanos y así poder salir a trabajar para mantener el hogar: a mí me tocó trabajar así porque usted sabe, la necesidad. Los medianitos cuidaban a los pequeños porque los grandes ya trabajaban.<sup>107</sup> Sin embargo, la presión de los hombres continuaba: argumentaban que los hijos mayores no estaban capacitados para esas labores -aunque esto era una contradicción porque a las niñas se les educaba desde muy pequeñas para que su único fin fuese su hogar y su esposo-y que debían ser ellas quienes debían dedicarse a ello. Esto generó un mercado laboral femenino muy volátil en la región. Las trabajadoras además de renunciar por el prejuicio de prostitutas o promiscuas, también dejaban sus empleos por el cuidado de los hijos pequeños.

En 1974, Laura Chiessa de German de Ribon inauguraría el jardín infantil del municipio de Bojacá. El propósito de este era brindarle un lugar a las mujeres en los que pudiesen dejar a sus hijos mientras ellas ejercían sus labores diarias independiente del sitio en donde laboraran o si no lo hacían. En el proyecto ideado por la esposa de Miguel de German de Ribon, se invirtieron tanto dineros privados de la empresa La Conchita como recursos públicos del municipio de Bojacá. Este caso no fue el único, muchas empresas de flores y sus dueños decidieron, motivados por sus empleadas, el crear jardines infantiles con el fin de que allí se cuidaran a los hijos mientras las mujeres trabajaban. Durante este periodo sólo las empresas con un flujo de trabajadoras importante pudieron crear estos jardines dentro de sus propias instalaciones como el caso de las empresas Floramérica S.A, Flores de los Andes y otras más. Empresas más pequeñas debieron intentar ampliar los jardines municipales existentes o demandar la creación de estos, todas ellas bajo el amparo de la institución estatal que trataba de regular y estandarizar el cuidado y la educación de la primera infancia: el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) creado en 1968.

El personal que cuidaba a los niños y niñas, les daba una educación preescolar y los alimentaba con el presupuesto del jardín no estaba capacitado para tal fin: muchas veces eran trabajadoras de una edad mayor que se les encargaba la tarea. Allí, los infantes permanecían desde que sus madres los dejaban a las cuatro o cinco de la mañana, hasta la hora en que eran recogidos a las tres de la tarde. En los meses de mayor trabajo por

---

<sup>107</sup> Entrevista a Doña María Gonzáles. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

demanda de flor para celebraciones especiales -San Valentín, Día de la madre etc.- como enero o abril, los niños y niñas podían permanecer desde tempranas horas de la madrugada, hasta las ocho o nueve de la noche cuando sus madres los volvían a recoger. Los jardines infantiles funcionaban dependiendo la jornada laboral y no la estudiantil en general, que era de unas pocas horas durante el día para las escuelas primarias y algunas más para los pocos colegios de bachillerato que operaban. Mientras que los niños entre seis y diez años, y los pocos adolescentes que estudiaban lo hacían durante el día, los bebés en edad de jardín infantil debían tener una jornada por fuera de sus casas y al cuidado de mujeres ajenas a su núcleo familiar durante un tiempo mucho mayor.

Durante la década de los ochenta los estudios sociológicos sostuvieron que los jardines infantiles en las empresas de flores habían sido una victoria de las mujeres y los sindicatos.<sup>108</sup> Como vimos, durante este periodo las organizaciones de base no tuvieron una incidencia mayor en los obreros de la Sabana de Bogotá, y aunque existieron, estos obedecían más a estrategias de los empresarios por controlar y negar la posibilidad de paros y huelgas que a iniciativas de los mismos trabajadores. Si bien las conclusiones de estos estudios parecen ser funcionales más a una realidad diferente en las empresas después de 1977, en los años anteriores estas ideas no parecen aplicar. A su vez, estos estudios desconocen el contexto mismo en el que fueron creados los jardines infantiles, pues debido al marco de inserción de las mujeres en el mundo laboral colombiano, desde 1962 el estado ya había regulado el funcionamiento de estos centralizándolos en una sola entidad. Lejos de ser una conquista de los sindicatos, los jardines infantiles fueron una solución al problema de la permanencia de las mujeres dentro de las empresas de flores, aunque las trabajadoras mismas solicitaron su creación.

Como vimos, las mujeres de la élite y esposas de los empresarios de las flores eran muy cercanas a las trabajadoras y en general, a las campesinas de la región. Les incentivaban a salir de *la ignorancia* con programas educativos y con grupos de apoyo en el que trataba de mostrarles *el mundo*:

La sra. Sofia Koppi de Pardo tiene en esta parroquia (Cajicá), en su bella finca de descanso, una magnífica obra sociocultural para las Sras. y Stas. campesinas. En asocio de otras distinguidas sras. de Bogotá, todo los viernes reúne a unas 150 campesinas, que distribuidas en grupos muy bien clasificados, reciben clases intelectuales y de labores manuales, que sirven extraordinariamente para elevar su nivel religioso, moral y cultural.

Ella ha acostumbrado hacerles cada año en octubre un paseo a Bogotá, para que conozcan los sitios más importantes de la Capital. En este año le ha parecido mejor llevarlas en el día del paseo a un

---

<sup>108</sup> Rojas de Vargas, «Mujeres y flores en la Sabana de Bogotá».

clima calientico, pues muchas no conocen ni siquiera la vegetación de los climas medios y calientes.<sup>109</sup>

Esto, aunque cumplía con el fin de la élite de civilizarlas, también proporcionaba unas redes de comunicación en las que las mujeres campesinas compartían sus experiencias con la dominación masculina, y en las que las señoras *distinguidas* intentaban demostrar que había una realidad diferente a la que vivían dentro de sus hogares y comunidades. Gracias a estas redes, fue normal que fuesen las mismas mujeres de los empresarios quienes crearan los jardines infantiles pues cumplían una doble función: a la par que señalaban la importancia de la labor como tarea femenina, también liberaban a la mujer del cuidado de los hijos en el momento en que las obreras trabajaban.

Claramente, esta no fue una medida que se diera por mera filantropía de los empresarios y sus esposas. La mano de obra femenina era muy estacional por la norma de la buena mujer y la presión de los hombres porque estas permanecieran en el hogar, incluso llegando a tratarlas de prostitutas en el proceso. Si los empresarios creaban los jardines infantiles, aseguraban la mano de obra femenina que hasta ese momento era muy intermitente por la presión que sentían al ser las primeras mujeres en tener un trabajo asalariado. Así, durante los primeros años de funcionamiento de las empresas de flores se crearon los jardines infantiles con dineros privados o mixtos, buscando mantener a las obreras dentro de la labor productiva.

Si bien el establecimiento de los jardines obedeció a una iniciativa de los empresarios en la búsqueda del mantenimiento de la mano de obra femenina, esto no equivale a decir que en este proceso las obreras fueran meros objetos pasivos. Estas solicitaban continuamente un jardín en el que pudiesen dejar a sus hijos para que ellas siguieran trabajando. Las redes de ayuda entre las mujeres de élite y las trabajadoras y campesinas de la región ayudaron para tal fin, y fueron la base de los primeros jardines, pues de estos grupos de solidaridad salieron las primeras directoras de jardines y trabajadoras: Si era muy necesario el jardín porque entonces ¿uno dónde dejaba los hijos? Yo trabajé en el jardín ese, pero después de Juanambú. La señora Laura iba con sus amigas y ellas trabajaban también ahí.<sup>110</sup>

---

<sup>109</sup> Carta de Carlos Huertas a José Ramón Sabogal. 22 de septiembre de 1964. Archivo Colección ACPO y Radio Sutatenza. Biblioteca Nacional Luis Ángel Arango, Bogotá.

<sup>110</sup> Entrevista a Doña María Gonzáles. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

Así, debido a la agencia femenina, aunque financiados gracias a los intereses de los empresarios y hacendados, los jardines infantiles se crearon para ayudar a las mujeres en el cuidado de los hijos mientras ellas laboraban. Con ello, redefinieron las labores del cuidado de los hijos desde una responsabilidad únicamente femenina, a una en la que debían ser las instituciones quienes ayudaran en el proceso si las empresas de flores querían su continuidad dentro de las labores de producción.

El caso de doña María parece ser sintomático en todo este proceso de agencia femenina en la transición ocurrida en los años sesenta y setentas. Nacida en 1939, Doña María vivió como una campesina en una vereda de la Sabana de Bogotá. Como muchos, recuerda trabajar desde muy pequeña y ser iniciada en las labores del hogar por las presiones de su propia madre. Aunque se desconoce cómo fue su vida de adolescencia, Doña María se casó con un hombre de la región a la edad de veinte años. Al poco tiempo del casamiento, quedó embarazada de su primer hijo. Después de este, vinieron once más en un lapso de doce años. En 1973, a la edad de 34 años, Doña María ingresaría a Flores Juanambú en el municipio de Bojacá, muy cercana a la finca La Conchita y a otras más que dividían su producción entre las flores para exportación y los cultivos de granos tradicionales.

Su ingreso a la empresa de exportación de flores se debió a la poca capacidad de abastecimiento del hogar que tenía su marido. Aunque no tomaba mucho trago, no trabajaba mucho y en su hogar -recuerda- faltaba lo necesario para ellas y sus hijos. Además, su esposo no solamente la golpeaba, sino que le prohibía que planificara o que intentara conseguir trabajo en las nuevas empresas de la región. Así, después de tener a su doceavo hijo decidió enfrentar a su marido y exigirle que la dejara trabajar por el mantenimiento de la numerosa familia. El cuidado de los hijos menores se los dejó a los de mediana edad, pues los que superaban los ocho años ya laboraban en algunas actividades rurales. Mientras sus hijos de seis o siete años cuidaban de los más pequeños, ella trabajaba extensas jornadas en Flores Juanambú.<sup>111</sup>

La relación con su marido no mejoró por su trabajo, al contrario, la violencia continuó y la presión porque ella dejara de laborar se hizo más constante. No obstante, quiso continuar en el trabajo por las facilidades que este la traía. Al rebelarse contra él en las normas de género antes de empezar a laborar, ella misma manejó el dinero que ganaba

---

<sup>111</sup> Entrevista a Doña María Gonzáles. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

en la empresa de flores, aunque recuerda que muchas de sus compañeras debían entregarle el salario a su marido porque argumentaban que *ellos sabían qué hacer con la plata*. Con su dinero ella compraba los víveres necesarios, vestía a los niños más pequeños y adquiría los elementos de aseo para el mantenimiento del hogar -pañales, toallas, jabones, etc.-. Si dejaba el trabajo no solamente estaría amenazada su estabilidad económica y el poco bienestar de sus hijos pequeños, sino que debía volver a pedirle dinero a su marido para pequeñas cosas que éste no entendía -como dulces de los hijos o las toallas higiénicas-.

A pesar de que fuese ella quien tenía un salario constante y que su marido trabajara muy esporádicamente, éste jamás asumió los oficios del hogar como su responsabilidad. Así estuviese en casa todo el día, eran los hermanos de los niños pequeños quienes les cambiaban el pañal y lo dejaban para cuando su madre llegara a lavarlos. En temporadas de alto trabajo en las que las obreras debían trabajar horas extras, ella podía llegar a las nueve de la noche a lavarlos hasta las diez u once, para luego dormir hasta las cuatro de la mañana, hora en la que debía comenzar a prepararse para el nuevo día laboral. Estaba sujeta a un régimen de doble jornada más horas extras, y los únicos apoyos en el hogar eran sus propios hijos. Cuando no trabajaba su marido éste era una carga más, pues hasta el almuerzo que ella comía a las diez de la mañana era llevado desde su casa por sus hijos mayores, y era preparado por ellos mismos en ausencia de su padre.<sup>112</sup>

Doña María trabajó en Flores Juanambú hasta 1979, año en el que renunció por un ataque de asma que los químicos utilizados en la producción de flores le produjeron. Después de su paso por la empresa de flor, rápidamente se incorporó al jardín infantil de Bojacá fundado años atrás por Laura Chiesa de German de Ribon. No obstante, este trabajo sería estacional y transitaría rápidamente hacia otros empleos como cocinera de restaurante o aseadora en diversas instituciones de la región. En la actualidad se lamenta el no haber continuado con su trabajo en las empresas de flores, pues al igual que Don Alfonso, no tiene una pensión con qué vivir de una manera digna.

Doña María vivió así durante su etapa más productiva tanto las experiencias de dominación de clase y género como las estrategias de agencia femeninas descritas hojas atrás. Desconocemos si intentó alargar su vida de soltera dentro de la educación religiosa, pues por pertenecer hoy a una religión distinta a la católica ese es un pasado que evitó

---

<sup>112</sup> Entrevista a Doña María Gonzáles. Realizada por el autor. 7 de septiembre de 2021.

hablar, pero por la edad en la que se casó al parecer ese fue el caso.<sup>113</sup> Durante sus primeros trece años de matrimonio cumplió con la norma de la buena mujer: asumió todas las responsabilidades no monetarias dentro del hogar a pesar de la violencia física y presiones de su esposo. Sin embargo, este no cumplía con su función de ser el proveedor y por ello decidió enfrentar su disposición de que no trabajase. Al hacerlo, también ganó con ello la libertad de manejar su propio dinero, cosa no muy habitual para la época. A pesar de que la violencia se mantenía, continuó con su trabajo y las labores del hogar, aunque el cuidado de sus hijos menores los encargó a aquellos infantes con una edad media que no trabajaban pero que tampoco debían tener los cuidados que los menores de cinco años sí debían tener.

En suma, la agencia femenina en las obreras floristas en la sabana de Bogotá entre 1965 y 1976 no se consolidó a través de la acción colectiva sino a través de estrategias individuales que intentaron mejorar su nivel de vida. Como su experiencia de dominación primaria era de género y no de clase, vieron a las empresas de flores como una oportunidad de conseguir el dinero y empezar a disputar con este la relación de desigualdad que llevaban con sus compañeros de hogar. Aunque los hombres intentaron manejar el salario que las mujeres estaban ganando como consecuencia de su inserción en el mundo laboral salarial, estas disputaron esta realidad y en muchas oportunidades salieron victoriosas en el proceso, no sin una reacción violenta de sus compañeros. Durante este periodo, el germen de una agencia femenina contestataria en contra de las relaciones de género se sembró, y sería después de 1976 en que las mujeres la renegociarían tras la consolidación de grupos de obreras que compartían sus experiencias individuales.<sup>114</sup>

#### **4. Moñona: identidad popular y lucha desde lo simbólico**

Si seguimos la argumentación hasta aquí, parecería que existe una sociedad corporativa entre los sectores populares y las élites en la sabana de Bogotá en los años estudiados. Aunque los obreros aceptaban la dominación clasista y las mujeres sólo

---

<sup>113</sup> Incluso llegó a reconocer que sabía de la labor del Obispo Raúl Zambrano Camader. No obstante, en el momento de la entrevista ese era un pasado que no parecía ser muy positivo por pertenecer a otro culto religioso.

<sup>114</sup> Como se observó en el estudio de Friedemann-Sánchez, las mujeres para la década de los noventa ya podían abandonar el hogar pero seguir trabajando en las empresas de flores, y exigirle a sus compañeros no solo el uso de su salario, sino que estos asumieran las labores del hogar como propias, cosa que en los setentas estaban muy lejos de ocurrir. Ver: Friedemann-Sánchez, *Ensamblar flores y cultivar hogares*.

discutían su experiencia de dominación de género, si se miran otros espacios de sentido la realidad era muy diferente a una sociedad corporativa. Desde lo simbólico y en el uso del tiempo libre los obreros reafirmaron una identidad popular en contraposición a lo que querían de ellos las élites, jugando tejo y emborrachándose hasta hartarse como veremos.

Era muy diferente el uso del tiempo libre entre las obreras y obreros. Mientras que para ellas este momento no existía o simplemente eran cosas que tenían las mujeres prestantes, para los hombres era una parte vital de su existencia y dentro de este muchas normas y expectativas se significaban. Aunque existían diferencias de género dentro de estos espacios, también eran los lugares de una afirmación identitaria popular en el que sí se posicionaban como diferentes a las élites de la región, y en muchas ocasiones su prácticas suponían una confrontación directa con éstas desde el espacio simbólico. Si bien la agencia de las y los obreros floristas no discutía la dominación de clase porque consistía precisamente en desarrollar al máximo las posibilidades dentro de la estructura, eso no significaba que asumieran una identidad conjunta con los dominantes.

Después de salir del trabajo, los hombres tenían muchas posibilidades fuera de volver a la casa, pues como vimos jamás asumieron las labores del hogar como parte de su responsabilidad. En la mayoría de casos, estos tenían otras ocupaciones como el mantenimiento de algunas reses o labores pequeñas en las haciendas de la región. Estos les permitían un flujo de dinero alterno al salario devengado, y si bien no era mucho, les daba la posibilidad de ser propietarios algún día o seguir consiguiendo pequeños bienes raíces. Como planteó Archila Neira, los obreros colombianos intentaron por varios medios resistir a la proletarización.<sup>115</sup> Si bien esta es una conclusión que se aplicó para las primeras décadas del siglo XX, sigue teniendo validez con los obreros de la Sabana de Bogotá, cuatro décadas más tarde, pero bajo un proceso de modernización similar. Pero fundamentalmente el tiempo libre se usaba para tomar trago y jugar el juego autóctono de la región: el tejo.

Como vimos, las cervecerías ocupaban un lugar muy importante dentro de la demanda por la producción de cebada y trigo en la región. Esto no era casualidad, pues debido al aumento de la población después de la violencia de mediados de siglo, la cerveza se convirtió en una de las principales bebidas consumidas en las grandes urbes, y la capital así como la sabana adyacente no fueron ajenas a este fenómeno. También se

---

<sup>115</sup> Archila Neira, *Cultura e identidad obrera*, 101-4.

tomaba chicha en menor medida, una bebida fermentada de maíz que se consumía en tiempos prehispánicos, pero que había sufrido una fuerte persecución por parte de las autoridades por *embrutecer* a la gente, obviamente bajo los intereses de políticos aliados de las cervecerías. Así, la principal bebida era la cerveza producida por la empresa Bavaria, aunque algunas otras marcas eran conocidas y consumidas en la región sin mucha dilación del sabor. Lo que importaba era tomar sin importar la marca.

Fals Borda ya había observado que eran muy común que los hombres de la región se sentaran a tomar trago durante largas jornadas, incluso días, y que esto hiciera parte de su cotidianidad. Sin ningún control, utilizaban las fiestas religiosas para la ingesta de grandes cantidades de alcohol, o simplemente lo hacían sin la presencia de ninguna festividad importante. Para los hombres, era fundamental que todos los amigos o vecinos invitaran periódicamente y quien trataba de tomar sin haber gastado en el pasado era mal visto y su reputación entre sus iguales quedaba en entredicho. Estos momentos de ingesta de alcohol funcionaban como el principal lugar de socialización entre hombres del mismo sector social y para ellos era el único momento en que disfrutaban de un instante *sabroso y diferente*.<sup>116</sup>

De lo que se hablaba, según el mismo Fals Borda y la entrevista realizada a Don Alfonso, era de la vida diaria y las experiencias dentro de ésta. Durante horas sentados o de pie en las tiendas, no hacían más que dialogar de cómo iban en sus empleos o las posibilidades que tenían con el patrón de turno. Compartir esas experiencias era fundamental pues era donde los campesinos y obreros se informaban de para quienes trabajaban los otros y cuáles eran las posibilidades que estos tenían en tráfico de influencias; les permitía conocer el favor que tenían los empleadores, y eso era esencial en su sentido de las relaciones sociales de la región. Además de visualizar los espacios de poder de las élites, también compartían entre sí de qué manera eran dominadores de sus esposas y como debían mantener la superioridad en el hogar en todos los aspectos de decisión. Así, las tiendas y la bebida no solamente era el espacio de socialización de los otros, sino el lugar en que reforzaban su marco de normas y expectativas como dominantes y dominados.

Generalmente, la bebida en las tiendas y tabernas se acompañaba de un juego popular denominado tejo. Éste consistía en el lanzamiento de unos discos de hierro

---

<sup>116</sup> Fals Borda, *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos.*, 209.

fundido de entre 500 y 1500 gramos de peso, a una distancia de 19 metros. El lugar donde debían caer estos discos eran unos cajones de aproximadamente un metro cuadrado, que tenían dentro arcilla y en el centro un aro de metal (bocín) en el que se colocaban triángulos de papel con pólvora dentro. El juego consistía en tratar de meter el disco dentro del aro metálico, estallar las mechas de pólvora o quedar lo más cercano al centro de la caja de arcilla. La puntuación era sencilla: se dividía entre manos y balazos. Tras los lanzamientos del grupo, quien quedaba más cercano al aro de metal puntuaba con una mano, si estallaba una mecha obtenía tres manos (un balazo), si el tejo quedaba dentro del aro obtenía dos balazos, y si al mismo tiempo que quedaba en el aro estallaba una mecha, obtenía tres balazos y a esta jugada se le llamaba moñona. Como señaló Greta Friedemann-Sánchez, este juego tenía unas fuertes connotaciones sexuales, pues al consistir en meter el tejo dentro del bocín, los hombres establecían la analogía con el sexo y su función dentro del placer masculino. Como en la mayoría de veces quienes jugaban se dividían en dos grupos, la penitencia del perdedor era el pago de la cerveza que era consumida por todos. En algunas ocasiones, se jugaba de manera individual y cada uno costeaba las cervezas consumidas, o le pagaban si había sido uno de los mejores durante el juego.

Aunque hacen falta estudios históricos sobre el juego, se ha establecido que era propio de la etnia muisca en el altiplano cundiboyacense. Durante la colonia, los indígenas continuaron con este y durante el siglo XIX, los sectores mestizos lo resignificaron como una manifestación popular. En el siglo XX sólo los sectores artesanales, proletarios y campesinos lo jugaban, y a pesar de que algunos políticos liberales en la década del treinta intentaron reapropiarlo dentro de la construcción de una identidad nacional,<sup>117</sup> las élites lo consideraron como una herramienta para embrutecer, así como estigmatizaron a la chicha. Para mediados de la década de los cincuenta el juego era practicado por los campesinos y trabajadores del altiplano cundiboyacense, y era repudiado por los hacendados locales que lo veían como una práctica de bárbaros.

Quizá por el contacto directo con la arcilla y por la sucios que quedaban los que lo jugaban, no era practicado por las élites. Muy pocos representantes de la política nacional lo jugaron, y cuando lo hacían curiosamente era en temporadas electorales,

---

<sup>117</sup> Eufasio Bernal Duffo, *A lo que da el tejo: el deporte nacional visto como expresión geográfica, histórica, deportiva, social y cultural: origen, leyendas, características, modalidades y reglas del deporte nacional de Colombia* (Bogotá, D.C: Sociedad Geográfica de Colombia, Academia de Ciencias Geográficas, 2016).

siendo Jorge Eliécer Gaitán el único que lo practicaba de manera frecuente en las canchas existentes en los barrios populares de Bogotá. Normalmente se le asociaba con los excesos de la bebida, pero también constituía una manifestación misma de las identidades populares y elitistas dentro de la macroregión del altiplano cundiboyacense. Así, los campesinos y sectores populares se sentían miembros de un grupo cuando lo jugaban y las élites practicaban una necesidad de diferenciación al negarlo y señalarlo como embrutecedor.

Por tanto, era normal que una vez en la tienda, los campesinos y obreros que lo jugaban se afirmaran como miembros del pueblo en contraposición a sus empleadores y a las élites. Era el momento en el que se reconocían parte de un grupo por tener prácticas que los otros no querían hacer, pero sobre todo porque a pesar del contexto peyorativo que tenía el juego y la bebida, los seguían practicando. No importaba el estigma que existiera sobre estas prácticas, ellos decidían realizarlo y eran conscientes al mismo tiempo que les significaba cumplir con el prejuicio de ser el sector más bajo de la sociedad y se sentían orgullosos de serlo.

No puede verse esto como una configuración de identidad clasista. En las fuentes consultadas no existe nunca una alusión a que fuesen una clase, pero si pertenecían a un sector social diferente a las élites, eran el pueblo se untaban de barro y tomaban hasta hartarse. Esta identidad popular se manifestaba especialmente en estos momentos de sociabilidad, fundamentalmente los fines de semana. Por ello, como señaló Fals Borda, era fundamental que dentro de la vida social los hombres fuesen a la tienda a beber y jugar, no sólo porque les suplía la necesidad de pertenencia a un grupo, sino porque los afirmaba como sujetos de un mismo sector social que recibía desde arriba el estigma de sus prácticas. Quien no jugara tejo o tomara cerveza era mal visto, porque decidía no practicar sus costumbres festivas y por ende no pertenecía a su pueblo. Esta costumbre, además de funcionar como el espacio de esparcimiento y diversión, era exigida por quienes se consideraban populares a quienes eran sus iguales para reafirmar su identidad.

Pero esto no significa que durante estos periodos de esparcimiento saliera el *discurso oculto* mantenido por generaciones de campesinos y obreros. Para Scott, los subordinados han tendido siempre a desarrollar *discursos ocultos* en los que afirmaban una confrontación con los dominantes, a pesar de que sus prácticas cotidianas y sus discursos públicos aceptasen y reprodujeran la misma dominación. Durante algunos

momentos de crisis en algunos sujetos o grupos, este discurso oculto salía y rompía con el esquema de dominación, así fuese por un breve periodo de tiempo.<sup>118</sup> Pero que los obreros y campesinos de la Sabana de Bogotá reafirmaran una identidad en contraposición a las élites no es una expresión de lo observado por Scott, sino una posición simbólica de diferencia y pertenencia al sector popular.

Como vimos, la estructura de dominación económica era aceptada, incluso era reproducida por los mismos trabajadores y campesinos. Al moverse dentro de ella, asegurarse el favor y las redes de tráfico de influencias de los hacendados y los empresarios, los trabajadores no solo afirmaban su pertenencia a la estructura, sino que la sustentaban e intentaban su desarrollo. Si bien después de la jornada laboral o los fines de semana en las tardes se reafirmaban como parte del pueblo con la ingesta de alcohol y la práctica del tejo, estos espacios no significaban una salida a flote de su discurso oculto. Era simplemente la expresión de afirmación de una identidad popular en construcción, una que hasta la fecha no reñía con la estructura de dominación salvo desde lo simbólico. En ningún caso los obreros borrachos tomaron las empresas o las haciendas en la búsqueda de mejores condiciones de vida: el hacendado merecía el respeto por la reproducción del favor. Eran sus esposas las que recibían una reafirmación de la dominación masculina, una vez que llegaban los hombres de la tienda y por cualquier razón las golpeaban.

Durante la década de los ochenta y noventa en la zona se harían normales las asonadas. Estas consistían en la reacción violenta de una turba enfurecida, en el marco de las protestas contra alzas en los servicios públicos. Curiosamente, nunca se dirigieron en contra de las empresas de flores, las haciendas u otras ramas del sector productivo. Eran las instituciones estatales, las instalaciones de las alcaldías, los consejos municipales y los juzgados quienes recibían la furia de los manifestantes y generalmente estos eran destruidos. Este comportamiento tenía una aceptación social general, y cuando se preguntaba por sus causas se señalaba el cansancio del pueblo.<sup>119</sup> La identidad popular gestada con anterioridad se dirigía entonces contra el mismo estado y no contra los representantes de la dominación, los empresarios o los hacendados. Quienes los tenían viviendo en la miseria era el estado, y no quienes se enriquecían con su trabajo. La

---

<sup>118</sup> Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, 71-135.

<sup>119</sup> «Colombia esta semana», *El Tiempo*, 22 de septiembre de 1996, <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-507777>.

construcción de una identidad popular en contraposición a las élites desde las prácticas festivas nunca supuso una confrontación contra la estructura de dominación económica. Al contrario, esta era aceptada y difundida, a pesar de que tanto las élites como los sectores populares se reafirmaran como diferentes al otro en sus prácticas y costumbres. Quién sufrió con la furia de los empobrecidos fue el estado, pero años más tarde al establecimiento de las empresas de flores en la región, y sólo cuando este asumió una posición tecnocrática y las élites locales empezaron a dedicarse de manera exclusiva a sus negocios particulares.

En conclusión, las demandas de los trabajadores y campesinos en temas agrarios encontraron en el Obispo Zambrano una forma de intermediación frente al estado, sin que ello supusiera una superación del marco de normas y expectativas. La agencia subalterna se desarrolló en dos vías. Los trabajadores y campesinos operaron dentro de la estructura de dominación sin revelarse ante ella con el objetivo de mejorar su vida con la compra de pequeñas parcelas o lotes, al mismo tiempo que las mujeres empezaron a cuestionar la dominación de género desde el control del gasto del salario que ellas recibían y con estrategias que intentaban alargar al máximo su periodo de solteras. Aunque todo esto haga parecer que estamos presenciando una sociedad corporativa de completa sumisión, si examinamos el uso del tiempo libre y los rituales más allá de los espacios laborales o familiares la idea parece ser muy distinta. Desde las prácticas del tejo y de la ingesta de grandes cantidades de licor se afirmó una identidad popular que desafiaba a las élites, a la vez que exigía para con los trabajadores y obreros una pertenencia al sector empobrecido.



## Conclusiones

Dos preguntas marcaron el camino de esta tesis. La primera, se cuestionó el por qué las y los obreros floristas no vieron como válido la creación de sindicatos y cuál fue su agencia alterna a estos. La segunda, se preguntaba por las diferencias de género existentes y bajo qué sentido relacional se desarrolló la agencia femenina en el contexto de inserción al mundo laboral asalariado. A pesar de que durante este periodo se crearon algunos sindicatos de base, su control por parte de los empresarios-hacendados y la poca cantidad en relación con el global nacional, podemos decir que su lucha institucional fue débil y casi que inexistente. Sin embargo, esto no se debió a que desconocieran el efecto de los sindicatos, sino más bien a su poca capacidad funcional; para los hombres y para las mujeres una confrontación con sus superiores no servía para ganar mayor bienestar social.

Su agencia pues fue alterna a lo ocurrido en Colombia durante el mismo periodo de tiempo. Si observamos el pensamiento de Raúl Zambrano Camader, podemos comprender cómo tenían unas demandas que buscaban una salida reformista, y que al mismo tiempo no querían protagonizar por no dinamitar sus representaciones como buenos trabajadores. Mientras que los hombres buscaron siempre bienestar de la mano de las redes clientelares del patrón, las mujeres exigieron un trato más justo en su hogar tratando de renegociar su experiencia inmediata de dominación que era de género. A pesar de tener un sentido de vida conservador, difícilmente puede tacharse la sociedad de la Sabana de Bogotá entre 1965 y 1976 de corporativa, pues existió una identidad popular que se alejó de cualquier unidad con lo que esperaban las élites de sus dominados.

El concepto utilizado de marco de normas y expectativas bajo el enfoque de género fue funcional. Permitted relacionar diferentes dimensiones de experiencia en las y los obreros floristas y comprender en qué manera las normas de buen trabajador y buena mujer se intersecaron en un solo marco. En muchas oportunidades, cuando se analizan formas de conciencia política que apelaron a sentidos tradicionales en la búsqueda de revertir cambios, el concepto de economía moral viene a servir como un gran parasol que se extiende sobre los hechos y los interpreta. A pesar de ser un concepto muy rico, las fuentes acá estudiadas no eran compatibles con este. En ningún momento las y los obreros floristas buscaron revertir el orden de la hacienda ni el establecimiento de salarios

permanentes, al contrario, se adoptaron a esta nueva realidad y desarrollaron su agencia bajo sentidos de reciprocidad generados con anterioridad.<sup>120</sup>

Cómo señaló el mismo Thompson, El oficio del historiador está en un ir y venir entre la teoría y dato empírico.<sup>121</sup> Esto no significa que los conceptos se utilicen como zapatos que calcen en una u otra realidad, pues surgen bajo contextos determinados y muchas veces son mezclados con contrapartes venidas de otros corpus teóricos en contradicción. Aquí asumimos la tarea de continuar una historia radical en la búsqueda de comprender a unos obreros que no habían entrado como sujetos en la historiografía colombiana. Al hacerlo, continuamos con la empresa del materialismo histórico, considerando el ser social como fundamental dentro de la comprensión del otro histórico, al mismo tiempo que viendo su conciencia social atada a un marco de normas y expectativas tradicional.<sup>122</sup> Las *dos caras de la moneda* son fundamentales en la explicación historiográfica, y es una empresa que debe continuar en los estudios venideros sobre obreros floristas.

En las últimas décadas se ha demandado un mayor interés dentro de la historia -y otras disciplinas- en los objetos de estudio regionales. Su interés radica en descentralizar los relatos y observar otros fenómenos que se dieron en otros espacios diferentes a lo nacional y a lo estrictamente local. El caso de la Sabana de Bogotá es muy complejo, pues la capital funciona como un gran paraguas que invisibiliza lo que ocurrió a su alrededor. Así como en la observación astronómica, cuando dos estrellas se orbitan mutuamente, para el observador en la tierra la más brillante opacará a su compañera. De la misma manera, los análisis sobre la capital asumen sobre sí una realidad que es algo diferente como la de la Sabana que la circunda. Evidentemente sus experiencias estuvieron profundamente relacionadas -como que las haciendas de la Sabana producían para el mercado de Bogotá-, sin embargo, existieron y existen especificidades que se deben observar en la búsqueda de su comprensión historiográfica.

Posiblemente este sentido tradicional en el que los subordinados se acoplaron al sistema y dentro del cual desarrollaron su agencia obedeció a un fenómeno regional. Como bien lo ha expuesto Juan Maiguashca,<sup>123</sup> muchos conceptos se fueron significando

---

<sup>120</sup> Edward Palmer Thompson, *Miseria de la teoría* (Barcelona: Editorial Crítica, 1981).

<sup>121</sup> *Ibíd.*

<sup>122</sup> Thompson, *Agenda para una historia radical*, 11.

<sup>123</sup> Juan Maiguashca, «Encuadramientos espaciales e historia conceptual: Una reflexión autocrítica», *Inédito*, s. f.

de diversas maneras en los países andinos, teniendo como eje lo regional y no lo nacional. Ese es un camino todavía por explorar, en el que la visión desde abajo debe llegar hasta arriba en el examen de sentido de lo que veían las élites como válido dentro de un horizonte de expectativas mucho mayor. No obstante, sería imprescindible realizar el examen considerando a los sectores populares como agentes de conceptos y no sólo como entes receptores de estos. Además, se debe revalorar la experiencia humana como constitutiva de las acciones y no solamente como un reflejo de lo lingüístico.

El significado de los medios y su relación con las acciones de los sectores populares en la región Sabana de occidente o en el altiplano cundiboyacense también es otra ventana investigativa que se abre con esta tesis. Doña María Gonzales recuerda con agrado que durante su trabajo en los años setenta, las baladas españolas la acompañaron a ella y a varias compañeras más en sus labores cotidianas en sus radios *transitors*. Quizás las canciones *Dama, dama* o *Un ramito de violetas* de Cecilia hubiesen sido puntos de no retorno dentro de sus experiencias de dominación y violencia de género. Lastimosamente, la labor de los medios radiales y su intención activa o pasiva dentro del sentido popular es una tarea por explorar, y que debe tener su espacio atendiendo también a las diferencias regionales. Esta tesis no pudo abordarlos por espacio y tiempo de investigación, pero es una cuestión importante si queremos entender de mejor manera cuales fueron las expectativas de las y los obreros, especialmente después de 1976 cuando llegaron desde otras regiones, otros trabajadores con nuevos sentidos de vida.

Claramente en la década de los ochenta presenciamos otras formas de entender las relaciones entre obreros y élites. Como el aumento de la producción necesitaba una cantidad de trabajadores mayor, desde 1976 el orden patriarcal afrontó una realidad distinta pues se relacionó con una mano de obra diferente. Con los informes surgidos durante dicho periodo de tiempo, y nuevas fuentes que pueden circular por la memoria y los recursos orales, podemos intentar comprender cómo transitó este sentido tradicional a uno mucho más confrontacional. Ojalá sea esta una investigación que sirva como peldaño para esos nuevos estudios. Las y los obreros floristas tienen una historia por contar, y es deber de la historia asumir la tarea de comprenderlos en sí mismo y no bajo preconcepciones utilitaristas.



## Fuentes y Bibliografía

### Fuentes primarias

#### Correspondencia

Correspondencia ACPO 1958 - 1964. Colección Acción Cultural Popular. Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá.

#### Entrevistas

Entrevista a Alfonso López sobre su vida y trabajo en Flores la Conchita durante los últimos años de la década del sesenta. Realizada por Edwin Herrera Avellaneda. Bojacá. 7 de septiembre de 2021.

Entrevista a María Gonzáles sobre su vida y trabajo en Flores Juanambú durante la década del setenta. Realizada por Edwin Herrera Avellaneda. Bojacá. 7 de septiembre de 2021.

#### Informes

Gonzáles Cárdenas, Andrea. «Intercambio de información en las cadenas de suministro internacionales. El caso de la cadena de suministro de flor fresca cortada colombiana para la exportación». COMERCIO INTERNACIONAL. Santiago de Chile: CEPAL, 2013.

Medrano, Diana. «EL CASO DE LAS OBRERAS DE LOS CULTIVOS DE FLORES DE LOS MUNICIPIOS DE CHÍA, CAJICÁ Y TABIO EN LA SABANA DE BOGOTÁ». Bogotá: Organización Internacional del Trabajo (OIT), 1980.

Rojas de Vargas, Gloria. «Mujeres y flores en la Sabana de Bogotá». BOGOTÁ: OEA - COLCIM, 1982.

#### Prensa

*El Tiempo*. Bogotá. Diciembre de 1972. Septiembre de 1996.

Gonzáles, Hernán. «David Cheever, “el mago de los claveles”». *El colombiano*. 28 de febrero de 2011.

[https://www.elcolombiano.com/historico/david\\_cheever\\_el\\_mago\\_de\\_los\\_claveles-MGEC\\_124080](https://www.elcolombiano.com/historico/david_cheever_el_mago_de_los_claveles-MGEC_124080).

**Fuentes secundarias:**

- Alape, Arturo. *Un día de septiembre. Testimonios del Paro Cívico 1977*. 2 ed.: Ediciones Armadillo, 1980.
- Arango, Luz Gabriela. *Mujer, religión e industria: Fabricato, 1923-1982*. Colección Clío de historia colombiana 2. Medellín, Colombia: Editorial Universidad de Antioquia : Universidad Externado de Colombia, 1991.
- Archila Neira, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910-1945*. Bogotá: Grupo de estudios regionales comparados Venezuela y Colombia, ULA : Oficina de planificación del sector universitario del Consejo nacional de Universidades, OPSU, 1991.
- . *Idas y venidas, vueltas y revueltas: protestas sociales en Colombia (1958-1990)*. Bogotá: CINEP / ICANH, 2018.
- Bernal Duffo, Eufrasio. *A lo que da el tejo: el deporte nacional visto como expresión geográfica, histórica, deportiva, social y cultural: origen, leyendas, características, modalidades y reglas del deporte nacional de Colombia*. Bogotá, D.C: Sociedad Geográfica de Colombia, Academia de Ciencias Geográficas, 2016.
- Calvo Isaza, Óscar Iván, y Mayra Parra Salazar. *Medellín (rojo) 1968: protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Bogotá: Planeta // Alcaldía de Medellín, 2012.
- Camacho Reyes, Karina, y Manuel Reina. «La Globalización contrariada. Trabajo, territorio y dominación en la floricultura de la sabana de Bogotá». *Revista Colombiana de Sociología* 27 (2006): 127-49.
- Corporación Autónoma de Cundinamarca. *CAR, 45 AÑOS DE COMPROMISO CON LA REGIÓN*. Bogotá: Panamericana Formas e Impresos, 2006.
- Falcon, Priscila. «Only Strong Women Stayed: Women Workers and the National Floral Workers Strike, 1968-1969». *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Gender on the Borderlands, 24 (2003): 140-54.
- Fals Borda, Orlando. *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2017.
- Friedemann-Sánchez, Greta. *Ensamblar flores y cultivar hogares: trabajo y género en Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2008.

- González, Hernán. «David Cheever, “el mago de los claveles”». *El colombiano*. 28 de febrero de 2011.  
[https://www.elcolombiano.com/historico/david\\_cheever\\_el\\_mago\\_de\\_los\\_claveles-MGEC\\_124080](https://www.elcolombiano.com/historico/david_cheever_el_mago_de_los_claveles-MGEC_124080).
- Guarín Martínez, Óscar. «De bárbaros a civilizados: la invención de los muisca en el siglo XIX». En *Muisca: representaciones, cartografías y etnopolíticas de la memoria*, editado por Ana María Gómez Londoño, 1. ed., 228-46. Colección Colonia. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Guerrero, Andrés. *La semántica de la dominación: el concertaje de indios*. Quito: Libri Mundi, 1991.
- Herrera, Edwin. «100 años de sindicalismo en Colombia: una aproximación cuantitativa», 15. Cartagena de Indias: Inédito, 2022.
- . «Todo está cambiando. Análisis del sindicalismo durante los primeros años del Frente Nacional». Universidad Nacional de Colombia, 2019.
- James, Daniel. «Escuchar en medio del frío. La práctica de la historia oral en una comunidad de la industria de la carne Argentina». En *Doña María: historia de vida, memoria e identidad política.*, traducido por Horacio Pons, 123-59. Buenos Aires: Manantial, 2004.
- Labrousse, Ernest. «1848; 1830; 1789: tres fechas en la historia de la Francia Moderna». En *Fluctuaciones económicas e Historia Social*, 463-78. Madrid: Tecnos, 1973.
- LeGrand, Catherine Carlisle. *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850-1950)*. Traducido por Hernando Valencia G. Universidad Nacional de Colombia, 1988. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/53401>.
- Maignashca, Juan. «Encuadramientos espaciales e historia conceptual: Una reflexión autocrítica». *Inédito*, s. f.
- Moncayo, Victor Manuel, y Fernando Rojas. *Luchas obreras y política laboral en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1978.
- PÍO XII. «RADIOMENSAJE EN EL V ANIVERSARIO DEL COMIENZO DE LA GUERRA», 1 de septiembre de 1944. [https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1944/documents/hf\\_p-xii\\_spe\\_19440901\\_al-compiersi.html](https://www.vatican.va/content/pius-xii/es/speeches/1944/documents/hf_p-xii_spe_19440901_al-compiersi.html).
- Rodríguez, Marta, y Jorge Silva. *Amor, mujeres y flores*. Documental, 1989.

- Roldán, Mary. «Acción Cultural Popular, Responsible procreation, and the roots of social activism in rural Colombia.» *Latin American Research Review* 49 (2014): 27-44.
- Sánchez, Ricardo. *¡Huelga! luchas de la clase trabajadora en Colombia, 1975-1981*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia*. Traducido por Jorge Aguilar Mora. Ciudad de México: Editorial Era, 2004.
- Scott, Joan W. «Gender: A Useful Category of Historical Analysis». *The American Historical Review* 91, n.º 5 (diciembre de 1986): 1053. doi:10.2307/1864376.
- Silva, Alicia Eugenia. «De mujer campesina a obrera florista». En *Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: la realidad colombiana*, editado por Magdalena León, 1:28-42. Bogotá: ACEP, 1982.
- Silva, Renan. «La servidumbre de las fuentes». En *Balance y desafíos de la historia de Colombia al inicio del siglo XXI: homenaje a Jaime Jaramillo Uribe*, editado por Jaime Jaramillo Uribe, Adriana Maya Restrepo, Diana Bonnett Vélez, y Alberto Guillermo Flórez Malagón, 27-46. Bogotá: Uniandes, Departamento de Historia / Cesó, 2003.
- Thompson, Edward Palmer. *Agenda para una historia radical*. Traducido por Elena Grau. Barcelona: Crítica, 2000.
- . *Costumbres en común*. Traducido por Jordi Beltrán Ferrer. Barcelona: Crítica, 2000.
- . *Miseria de la teoría*. Barcelona: Editorial Crítica, 1981.
- Umaña, Laura. «Análisis de la dinámica de cambio de la vereda de Canelón, Cajicá». Tesis de licenciatura, Universidad de los Andes, 1981.
- Urrutia, Miguel. *Historia del sindicalismo en Colombia, 1850-2013*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2016.
- Vargas Torres, Martha Cecilia. «Esbozo histórico de la floricultura en la Sabana de Bogotá.» *Inédito*, 2013.
- Zambrano Camader, Raúl. «Reforma Agraria». *Revista Policía Nacional de Colombia*, 1960.